VIAJE POR TRES MUNDOS

Alexander y Serguei Abramov



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

"...no ése era otro Galiadkin,
totalmente otro;
pero al mismo tiempo
totalmente parecido al primero..."
F. M. Dostoievski
¡Nil admirari!

PRIMERA PARTE

¿QUIÉN SOY?

Desde los arcos de Nikitski, regresaba a mi casa por el bulevar de Tverskói. Eran ya cerca de las cinco de la tarde; sin embargo, el bulevar no era recorrido por el tumulto callejero de los sábados; sus avenidas aledañas permanecían desiertas y silenciosas como si todavía fuese amanecer. El cielo de septiembre insólitamente despejado no presagiaba el acercamiento del otoño: ni una sola hoja susurraba bajo los pies y la hierba, sin perder su color de mayo, se extendía como una manta verde, bella, esplendorosa.

Caminaba, sin apuros, por uno de los caminos laterales del bulevar, poniendo la vista indolentemente en cada banco: ¿me siento o no me siento? Finalmente, me senté, estiré las piernas y, en ese mismo instante, sentí que todo flotaba a mi derredor, se empañaba y arremolinaba. A pesar de no haber sufrido nunca vértigos, en ese momento, tuve que agarrarme al respaldo del banco para no caer. El lado opuesto del bulevar -árboles y transeúntes- se disipaba en un vapor color lila, como en las montañas cuando las nubes se arrastran por entre las piernas y todo en derredor se fracciona y esfuma en volutas húmedas y espesas. No llovía, y la niebla, pura y seca, se deslizó por el bulevar, chupó todo su verdor y desapareció.

Desapareció totalmente, pero en un abrir y cerrar de ojos, los árboles y arbustos surgieron de nuevo, como el cuadro repetido de una cinta cinematográfica en color: el banco ancho del lado opuesto regresó a su sitio, y la muchacha con abrigo azul que se había esfumado, estaba sentada otra vez en él, con el libro en las manos. El bulevar era parecido al anterior; pero sólo parecido: alguien, en mí, dudó al instante de esto. Miré a mi alrededor para comprobar la primera impresión, luego, me dije con satisfacción:

"Disparates. Todo está como antes; justamente como antes".

"No, no está como antes" pensó otro en mí. ¿Otro?

Yo discutía conmigo mismo, como si me hubiese dualizado, y la discusión fuera un diálogo de dos "yo" completamente distintos y hasta opuestos. El pensamiento que surgía en mi mente era, en el acto, refutado por otro que se entrometía, o que inculcaba alguien, y que aparecía con agresividad y violencia. "Este es el mismo banco".

"No, no lo es. En el bulevar Pushkin son verdes y no amarillos."

"Estos son los mismos caminos."

"No, éstos son más estrechos. Además, ¿dónde están las orlas de granito?"

"¿Qué orlas?"

"¿Y dónde está el campito?"

"¿Qué campito?"

"El de la cancha. Aquí había una cancha de tenis."

"¿Dónde?"

Y volvía en mí, lleno de inquietud: el desdoblamiento desapareció. Me di cuenta que estaba en un mundo completamente distinto del mío.

Cuando uno camina por una calle donde todo es conocido y familiar, no le prestamos atención a los detalles o a las menudencias; pero basta con que desaparezcan para que se apoderen de uno la perplejidad y alarma.

El paisaje era parecido pero no igual a aquel que había conocido durante mis continuos paseos. Los árboles parecía que habían crecido con otras formas; los arbustos eran muy diferentes a los que había visto antes; y hasta al bulevar lo llamaba yo, sin saber por qué, Pushkin y no Tverskói.

Levanté mi brazo para ver la hora y... demonios... tenía un saco completamente diferente del que me había puesto a la mañana; es más: no era mío. Miré el reloj. También era otro, y por debajo de su pulsera se extendía una cicatriz, que no existía unos minutos antes. Sin embargo, ésta era una cicatriz arraigada, de hace muchos años, huella de una bala o de un casco de metralla. Bajé la vista. Tenía en mis pies unos zapatos extraños con unas ridículas, hebillas en los costados.

"¿Y si mi fisonomía es otra, así como mi edad; y si, en general, yo... no soy yo?" me pregunté.

Pegué un salto y corrí por el sendero hacia el teatro. Este estaba en el mismo sitio; pero era otro, con otra salida y otras carteleras, en cuya lista de espectáculos no veía un solo título conocido. Reconocía tan sólo el rostro que se reflejaba en los vidrios oscuros -por carecer de luz desde adentro- de las puertas. Este era mi rostro. Hasta ahora, lo único que me pertenecía en este mundo.

Me di cuenta que me dolía la cabeza. Me masajeé las sienes, pero el dolor no se atenuó. Recordé la farmacia ubicada en un lugar cercano, posiblemente, en la plaza. Quizás había quedado "intacta". La plaza se divisaba ya, a lo lejos, invadida por el centelleo de los automóviles. Yo caminaba apresuradamente, mirando con inquietud y perplejidad. No recordaba exactamente cómo eran las casas en el bulevar Pushkin; sin embargo, éstas no me parecían diferentes, tan sólo carecían de los habituales faroles sobre las puertas; además, sus números indicadores eran otros.

En la salida de la plaza, adonde afluía el río verde del bulevar, quedé estupefacto: estaba desierta, no se veía la estatua de Pushkin. Por un instante, mi corazón se detuvo. La desnuda calva pétrea, sustituto de la estatua, no inquietaba, sino que aterrorizaba. Cerré los ojos, esperanzado en la desaparición de este espejismo y, en ese instante, alguien que pasaba por mi lado me empujó, quizás sin querer, tan fuerte, que involuntariamente di una vuelta sobre mis tacones. Y... mi alucinación desapareció; allí estaba Pushkin, en lo profundo de la plaza, meditabundo y austero, con su abrigo puesto descuidadamente sobre los hombros: querida imagen de mi infancia. ¡Qué importa que estuviera en otro sitio, lo importante era que estaba allí! Hasta se respiraba con más facilidad; a pesar de que detrás de la estatua se divisaba un edificio desconocido, de construcción nueva con unas letras enormes en la fachada: "Rusia". ¿Será un hotel o un cine? Ayer en su sitio había un edificio de apartamentos de dieciséis pisos, con el restaurante "Cosmos" ubicado en el primero. Todo me parecía semejante y a la vez diferente; conocido hasta en sus más ínfimos detalles; sin embargo, justamente estos detalles modificaban el aspecto exterior de este mundo. Por ejemplo, encontré la farmacia en el mismo sitio de antes, a sus vendedoras tras el mostrador vestidas con las mismas batas blancas, la misma fila apiñada frente a la caja, las mismas monturas cursis e incómodas de las gafas en la sección de óptica; empero, cuando le pregunté a la vendedora, si tenía pirabutano para el dolor de cabeza, arrugó la cara con perplejidad e inquirió:

-¿Qué?

-Pirabutano.

-No sé qué es eso.

-Para el dolor de cabeza.

-¡Ah! ¿Piramidón?

-No -repliqué confuso-. Pirabutano.

-Eso no existe.

Mi aspecto abatido, un tanto desconcertado, provocó en ella una sonrisa de compasión.

-Tome esta troichatka -me dijo, poniendo en el mostrador un paquetito desconocido-. Cuesta veinticuatro kopeks.

En el bolsillo del pantalón encontré un puñado de monedas plateadas, casi como las nuestras, y pagué.

Sentado en un banco frente a la estatua de Pushkin, registré minuciosamente todos los bolsillos del traje ajeno que, por capricho, me concedió el destino. Lo que contenían hubiera conducido a cualquier detective a un callejón sin salida: exceptuando las monedas, encontré billetes de uno y tres rublos completamente diferentes a los nuestros; un billete arrugado de tranvía; una buena pluma fuente y un bloc de notas con las hojas exfoliadas. No había ningún documento que certificase la identidad de mi doble.

Ya no tenía miedo, solo sentía una viva e intranquila curiosidad. Me esforzaba en no pensar qué tiempo duraría mi irrupción en este mundo y cuál sería su final; aunque podía suponerme lo más terrible. ¿Qué podría hacer en los límites de mi visita a lo desconocido? En los hoteles, naturalmente, no me dejarían entrar sin documentos. Entonces, ¿dónde voy a dormir si la visita a este mundo se prolonga por mucho tiempo? Quizás en mi casa o en las de mis amigos, porque el dueño de este saco tendrá que vivir indefectiblemente en algún lugar, así como sus amigos. Lo más cómico sería que éstos fueran también mis amigos. ¿No estaré soñando? Golpearé este banco con mi mano: me duele. No, no estoy soñando.

Por un instante me pareció que había visto un rostro conocido. Un forzudo de anchas espaldas pasaba parsimoniosamente sin detenerse a mi lado, con una cámara cinematográfica en el hombro. Recordé ese copete, ese pecho masivo y esa nuca férrea. ¿Será posible que éste sea Evstáfiev, el que vive en el apartamento número cinco? Pero ¿por qué lleva una cámara cinematográfica si él nunca ha tenido en sus manos ni una cámara fotográfica?

Salté de mi asiento y corrí tras él.

-Con su perdón... -le dije, mirando los rasgos conocidos-. ¿Es usted Eugenio? ¿Eugenio Evstáfiev?

-Está equivocado.

Pestañeé asombrado: era él, hasta en el timbre de la voz.

-¿Qué? ¿Nos parecemos? -inquirió, sonriendo maliciosamente.

-Asombrosamente.

-Eso ocurre -encogióse de hombros y continuó su camino, dejándome en un estado de completa confusión.

A pesar de todo, seguía creyendo que todo era una burla del destino, una mistificación. Ahora Eugenio regresará y nos moriremos de risa. Pero no regresó.

Cuando después de unos años recordaba este día, acudían a mi mente el estado de confusión y asombro que experimenté, y la soledad insoportable que sentí en la ciudad donde cada piedra me era conocida, pero que había cambiado en unos segundos de vértigo.

Yo miraba con ansiedad los rostros de los transeúntes con la vana esperanza de encontrar a uno de mis conocidos. Pero, ¿para qué si no me reconocerá, tal como sucedió con el "gemelo" de Evstáfiev? Y en caso de que alguno de ellos me reconozca, ¿qué le podría contestar?

Esto fue lo que sucedió.

-¡Serguéi! ¡Serguéi Nikoláevich! -me gritó un individuo pequeño y canoso con una guayabera de gamuza, y a quien jamás había visto. "Sí, efectivamente él me llamó por mi nombre".

-Ven acá un minuto.

Me levanté y me acerqué a él.

-Te tengo una noticia, dijo agarrándome con confianza por el brazo. Te morirás de la sorpresa. Sichuk se quedó. En el último puesto fronterizo, el muy miserable se quedó. No sé si en Alemania o Turquía.

-¿Cuál Sichuk? -indagué asombrado.

-¿Y cuál puede ser? Sólo conocemos a un Sichuk. ¡Vaya!

Conocí a Sichuk en el frente de guerra. Ahora trabajaba como fotógrafo o como reportero, no sé exactamente. No manteníamos ninguna amistad y apenas nos veíamos.

No comprendía nada; pero teniendo en cuenta la situación en que me encontraba, fingí una

gran sorpresa.

El desconocido liberó mi brazo y me golpeó amistosamente la espalda.

-Estás raro, Serguéi. ¿Acaso te importuno? ¿Por qué? ¿Estás ideando algo... o esperando a alguien? ¿Por qué no estás en la redacción?

Yo no tenía nada que ver con redacciones. La conversación había que terminarla, pues en ella se concentraba mucho carburante.

-Tengo que hacer -le respondí vagamente.

-Estás obrando con astucia, viejo -me dijo guiñando un ojo-. Bueno. ¡Hasta la vista!

Y así, tal como apareció, desapareció de mi vida.

Yo comenzaba a orientarme en lo desconocido, como un hombre que al ser lanzado al agua por primera vez aprende a nadar. La curiosidad reprimía mi terror e inquietud. ¿Qué había averiguado? Que aquí, tanto mi nombre como mi fisonomía, eran los mismos. Que Moscú, a pesar de tener algunos pequeños detalles diferentes, era Moscú. Que existen también Turquía y Alemania. Que tengo relación con una redacción. Y que en este mundo, Sichuk resultó ser también un miserable. Después de todo esto no me sorprendió, al descender por el bulevar hacia el cine "Rusia", encontrar a Lena. Yo debía encontrar a alguien que me conociese allá y aquí.

Lena estaba vestida con elegancia, como siempre, y caminaba abstraída y ensimismada; empero, me reconoció en el acto, turbándose, según pude notar.

-¿Tú? ¿De dónde sales?

-Del cielo. Bueno, Lena, ¿cómo están tus asuntos allá?

-¿Dónde? -inquirió.

-En el hospital, por supuesto. ¿Hace mucho que saliste?

Quedó sorprendida.

-No te comprendo, Serguéi. ¿De qué estás hablando? Llegué hace tres días a Moscú.

A ella la había visto hoy por la mañana donde el médico jefe, cuando llamaba al Instituto del Cerebro. Antes de esto, cuando yo solía ir a la sección terapéutica, nos veíamos todos los días o casi todos los días.

Me callé, tratando de buscarle salida a esta situación tan crítica. El camino a lo desconocido estaba repleto de baches.

-Perdóname, Lena. Estoy completamente distraído. Además... este encuentro tan inesperado me ha...

-¿Cómo te va? -preguntó con una voz casi metálica.

-Bien -respondí animoso-. Uno está vivo, habla...

Ella, mirándome fijamente, mantenía silencio. Y, al fin, dijo con sequedad:

-¡Qué conversación más absurda!

Comprendí que si ella se alejaba ahora, desaparecería mi única oportunidad de afianzamiento en este mundo, aún por un día. No creía que esta irrupción se prolongase más tiempo. Había que tomar una decisión. Y la tomé.

-Tengo que hablar contigo, Lena. Es imprescindible. Ha ocurrido algo...

-¿Qué? -preguntó, reduciendo los ojos como en estado de alerta.

-No puedo hablar de eso en la calle... -dije, buscando las palabras que más se acomodasen a la situación-. ¿Dónde vives?

Quedó en silencio, quizás sopesando el pro y el contra:

-Por ahora, estoy viviendo en casa de Galia.

-¿Dónde?

-¿Acaso no lo sabes?

Yo no sabía nada, pero no le pregunté ni con cuál Galia vivía. Necesitaba que ella aceptara mi proposición. ¡Esta era mi última oportunidad!

-Por favor, Lena...

-Seriozha, no me es cómodo invitarte a casa.

-¡Dios mío! ¡Qué tontería! -exclamé, pensando en la Lena que conocía.

Esta Lena que me miraba recelosa y desconfiadamente, era otra Lena.

-Bueno, qué se le va a hacer, vamos -dijo, al fin.

EL SEGUNDO PASO A LO DESCONOCIDO

Caminábamos en silencio, conversando de vez en cuando. Ella, por lo visto, estaba intranquila; pero conteniéndose trataba de ocultármelo. Quizás lamentaba su aprobación a mi propuesta. A ratos, sorprendía su mirada dirigida a mí, penetrante y recelosa. ¿Qué la asustaba? ¿Y de qué sospechaba?

Reconocí en el acto la casa hacia la cual nos dirigíamos, ubicada en el callejón Staro Pimenovski. Aquí vivió en cierta ocasión mi esposa, aún antes de conocernos. A propósito, ella se llama también Galia. Mis rodillas empezaron a temblar desagradablemente.

-¿Por qué miras así? -preguntó ella cuando entramos en la habitación.

Yo continuaba callado, mirando con atención la habitación. Como todo lo de este mundo, era parecida a la otra y, a la vez, diferente. No sé, quizás me olvidé de aquélla.

-¿De quién es esta habitación, Lena?

-De Galia, pues. ¡Qué preguntas más extrañas haces! ¿Acaso no has estado nunca aquí?

Tragué saliva. "Ahora le haré una pregunta mucho más extraña":

-Pero, ¿ella no se mudó?

Me miró asustada como si yo hubiera pronunciado un monstruoso disparate, y apartóse de mí preguntando:

-¿Ustedes no se ven?

-¿Por qué no? -respondí con vaguedad-. Continuamos viéndonos.

-¿Cuándo la viste por última vez?

Me reí y le respondí sin saber:

-Hoy por la mañana. En el desayuno.

Y lamenté lo dicho.

-No mientas. Si ella desde ayer no ha regresado del instituto.

-¡Caramba! ¡Ya uno no puede ni bromear! -exclamé estúpidamente, comprendiendo que la tierra cedía cada vez más bajo mis pies.

-¡Qué bromas más raras haces!

-¿No crees que estemos hablando de diferentes personas? -le pregunté, tratando de remediar la situación.

Sin enfadarse, frunció el entrecejo como el médico que mira al enfermo sin comprender aún los síntomas de la enfermedad.

-Estoy hablando de Galina Novóseltseva.

-¿Por qué Novóseltseva? -pregunté sorprendido.

Unos ojos fríos, los ojos expertos del médico, me miraban con atención.

-Seriozha, has perdido la memoria. Te has sorprendido por el apellido que lleva. Ellos se casaron al principio de la guerra. ¿Qué te pasa?

-No, nada -farfullé, limpiándome el sudor de la frente-. Estaba pensando que...

-¿...Que por qué yo estoy aquí, donde la que nos separó? ¿eh? -dijo, perdiendo por un instante la expresiva curiosidad del médico-. Ni en aquel entonces me enfadé, Seriozha. ¡Qué importa que me hayan quitado el novio! Ahora hasta resulta cómico, después de tanto tiempo. Yo tuve otro después de él. Tú lo sabes bien... -suspiró profundamente y continuó-: No tengo suerte en el amor.

Es muy difícil presagiar cada paso en lo desconocido. Yo, sin pensar nada y olvidando dónde estaba y quién era, inquirí.

-¿Y quién te impide ahora ver a Oleg?

-¡Seriozha!

Era tanto el espanto que había en esta exclamación, que involuntariamente cerré los ojos.

-A ti te pasa algo con la memoria, Seriozha. Esas cosas no se olvidan. De su muerte se

enteró Galia en el año 1944. No podías ignorarlo.

Pero, ¿qué era lo que sabía y lo que no sabía? ¿Acaso le podía relatar lo que me sucedió?

-Si no estás fingiendo, estás enfermo. Creo que estás enfermo.

-Si crees eso, entonces pregúntame, qué día es hoy, y en qué año estamos, etc., etc.

-Aún no sé qué hay que preguntar.

-Bueno, ¡diagnostica! -le dije desafiante-. ¡Me enloquecí! ¡Y basta!

-Ese no es un término médico. Existen varias clases de anomalías psíquicas... ¿De qué querías hablarme?

Ya no tenía deseos de abrir la boca. Si yo le decía la verdad, me mandaría al hospital psiquiátrico. Tenía que salir del apuro.

-Sabes, sucede que... -empecé diciendo, tratando de improvisar- ...ha ocurrido un hecho muy doloroso...

-Ya me lo dijiste. ¿Cuál?

-Me he ido de casa, abandonando a mi esposa. No te aclararé las causas que me impulsaron a realizar este acto. Teniendo en cuenta este hecho, te pido asilo; aunque sea por un día. *"Albergus nocturnus."*

Callé; también ella, mirándose las puntas de los dedos.

-¿Es que no tienes amigos?

-Sí, pero es imposible ir adonde unos e incómodo donde otros. Tú sabes bien lo que ocurre a veces... -al hablar trataba de no mirarle el rostro.

-¿Y si no me hubieses visto?

-Pero te vi.

Ella todavía vacilaba.

-No es cómodo, Seriozha.

-¿Por qué no?

-Pero, ¿será posible que no comprendas?

-Bueno -propuse con aspereza-, llama al psiquiatra. Por lo menos tendré albergue seguro por una noche.

La miré a los ojos: el médico profesional había desaparecido, sólo quedaba una mujer asustada. Lo incomprensible es siempre horroroso.

-La habitación no es mía -empezó diciendo en voz baja-. Esperemos a Galia.

-¿Y si de nuevo pasa la noche en el instituto?

-Espera, la llamaré. El teléfono está en la antesala. Siéntate, vuelvo enseguida.

Salió, dejándome solo en la habitación donde todo me era conocido. De esta habitación salí hacia el registro civil. ¿De ésta o de otra? No, no de ésta. En algunas cosas coincidían, en otras no.

Tomé de la mesa un lápiz y escribí en la libreta de apuntes:

"Si me sucede algo, por favor, informe a mi esposa Galina Grómova. Calle Griboédov Nº 43. Informe, además, a los profesores Zargarián y Nikodímov en el Instituto del Cerebro. Muy importante."

Las palabras "muy importante" las subrayé tres veces y tan fuerte, que el lápiz se rompió, imposibilitándome continuar la nota.

Metiendo la libreta de apuntes en el bolsillo, comprendí que había cometido un gran disparate, mis Zargarián y Nikodímov no recibirían jamás esta nota; así como mi esposa Calina Grómova, pues ella tenía aquí otro apellido.

En la antesala sonó el timbre de la puerta y, a través de la puerta semiabierta de la habitación, escuché el chasquido de la cerradura al abrirse y a Lena decir:

-¡Al fin! Acabo de llamarte por teléfono.

-¿Qué ha sucedido? -preguntó una voz sumamente conocida.

-Aquí está Serguéi Grómov.

-Bien, bien. Beberemos té.

-Sabes, Galia... él está un poco raro... -musitó Lena, transformando su voz en un murmullo

ininteligible.

-¿Qué le pasa? ¿Se enloqueció?

-No sé. Dice que abandonó a su esposa.

-¡Dios mío, qué absurdo! Te está tomando el pelo, Lena. Y tú eres todo oídos. Acabo de verla hace media hora.

La puerta se abrió ante mí de par en par. Brinqué de mi asiento y quedé helado: en la puerta estaba mi mujer; el mismo rostro, la misma edad y hasta el mismo peinado. Sólo me eran desconocidos sus pendientes y su vestido, no el que había visto puesto antes. Permanecí parado en silencio frente a ella, esforzándome en contener la emoción.

-¿Para qué has inventado toda esta historia? -inquirió. Yo seguía encerrado en mi silencio.

-Acabo de ver a Olga. Se fue a su casa. Me dijo que te esperaría hacia la hora de cenar. Según ella, piensan ir a ver el ballet leningradense.

Yo seguía en silencio.

-¿Qué pasa? Sé que estás bromeando con Lena, ¿pero para qué?

No podía encontrar las palabras adecuadas para responderle. Todas mis esperanzas se habían derrumbado. ¿Qué explicación hubiera podido satisfacerla? ¿La verdad? Pero, ¿quién en mi lugar hubiese osado contarle la verdad?

-Lena dice que estás enfermo -continuó ella, mirándome con ojos escrutadores-. ¿Acaso es verdad?

-Acaso es verdad -repetí.

Yo no conocía mi voz, parecía ajena y venida desde lejos.

-Bueno -agregué-, perdónenme. Quizás me marche ahora.

-¿Adonde? -quiso saber Galia, abandonando su calma.

-No permitiremos que te vayas solo. Te llevaré a tu casa.

-Allí está todavía mi taxi. Lena, corre, quizás tienes tiempo de retenerlo.

Lena salió, y quedamos a solas.

-¿Qué significa todo esto, Seriozha? No comprendo nada.

-Yo tampoco -afirmé.

-No obstante, ¿qué sucede?

-Si no me equivoco, eres física, Galia -declaré al azar.

Ella se puso en guardia.

-Bueno, ¿y qué?

-¿No tienes ideas sobre la multiplicidad de los mundos? ¿De mundos que coexisten? ¿Misteriosamente lejanos y al mismo tiempo asombrosamente cercanos?

-Admitámoslo. Existen tales hipótesis. ¿Y qué?

-Entonces, supongamos que uno de esos mundos contiguos es semejante al nuestro. Que en él existe también Moscú, sólo que un poquito diferente; estas mismas calles, aunque con otras ornamentaciones; estas mismas casas, con otros números indicadores. Que en él existimos tú, yo y Lena, pero en otras relaciones...

Ella aún no comprendía nada. Pero, ¿de qué otra forma podía hablar? Yo ya estaba harto de seguir manteniendo esta máscara mental, por lo que decidí hablar claro.

-Supongamos que en el otro Moscú a ti te llaman Galia Grómova y no Galia Novoséltseva; que desde esta misma habitación salimos hacía el registro civil hace seis años. Y que ahora sucedió un milagro: me cambié la camisa... eché una mirada a vuestro mundo. He aquí un buen enredo para nuestra limitada inteligencia.

Ella me miraba aterrorizada, pensando, quizás, como Lena: "está loco, tiene delirios".

-Bueno, terminemos este espectáculo -farfullé torciendo la boca-. ¡Llévame adonde quieras! Me da igual. Y no te asustes, que no te voy a besar ni ahorcar. ¡Vamos! Allí está Lena llamándonos con la mano.

¿QUIÉN ES JEKILL Y QUIÉN HIDE?

También en este mundo, tenía Galia un carácter firme. Tras unos minutos, se tranquilizó.

-Espero que no nos dediquemos a hablar de ciencia ficción en presencia del chofer, -musitó a mi oído, cuando nos acercábamos al taxi.

-¿Crees que es una ciencia? -inquirí sin poder contenerme.

-¡Quién sabe!

En su rostro no había nada que pudiese inquietarme. Se conducía como cualquier mujer inteligente: ojos atentos, interés respetuoso hacia el interlocutor -cuando no aburría-, coquetería inconsciente y jocosidad.

-¿Por qué tienen ustedes la estatua de Pushkin en el centro de la plaza? -le pregunté, al pasar por delante.

-¿Y dónde la tienen ustedes? -quiso saber Galia.

-En el bulevar.

-Mientes en todo. También mentiste al hablarme del registro civil. ¿Y por qué salimos precisamente hace seis años para el registro civil?

-El destino, Galia, el destino -respondí con una sonrisa en los labios.

-¿Dónde estaba yo hace seis años? -se interrogó pensativa-. ¡Ah! Estuve en Odessa, en primavera.

-Y yo también.

-Mientes. Tú no fuiste con nosotros.

-Aquí no fui con ustedes, pero allá sí.

-¡Qué ex-tra-ño! -profirió silabeando y, mirándome ceñuda, agregó-: Sin embargo, no parece que estés enfermo.

"Qué agradable es escuchar tales palabras" quise decirle, pero no pude pues una ráfaga negra golpeó mi rostro.

Todo se oscureció.

-¿Qué te pasa? -oí el grito de Galia asustada. Y, con palabras precipitadas e inquietas, prorrumpió:

-Deténgase en cualquier, lugar, ahí en la acera. Él se siente mal...

...Abrí los ojos. En el automóvil flotaba aún la niebla. A través de ella vi el rostro de una mujer.

-¿Quién eres? -pregunté con voz ronca.

-¿Te sientes mal, Seriozha?

-¡Galia! -exclamé asombrado-. ¿Por qué estás aquí?

Ella no contestó.

-¿Te ha ocurrido algo en el bulevar? -pregunté mirándola.

-Sí -respondió Galia-. Hablaremos luego de eso. ¿Qué quieres ahora? ¿Un médico? ¿O tienes fuerzas para seguir a tu casa?

Me desperecé, y, agitando la cabeza para despejarla, me enderecé en el asiento.

Mientras recorríamos la ciudad, le contaba a Galia de mi caminata por el bulevar Tverskói, de cómo me dio vueltas la cabeza y de cómo luché mentalmente conmigo mismo en aquella niebla color lila.

-¿Y después? ¿Qué pasó después? -preguntó Galia interesada.

Yo, indeciso, me encogí de hombros.

-¿No recuerdas?

-No, no recuerdo.

A decir verdad, no recordaba nada. Sólo después, al llegar a casa, supe, por boca de Galia, lo que había ocurrido en su habitación.

-Fue un delirio -le dije.

Galia, amante de los términos precisos, enmendó:

-Fue un delirio muy consecuente y lógico, como en un papel bien ensayado. Así no se delira. Por lo demás, el delirio es síntoma de alguna enfermedad y tú no parecías estar enfermo.

-¿Y qué crees que fue el desmayo en el bulevar? -objetó Olga, entrometiéndose en la conversación-. ¿Y en el taxi?

Ella, como era doctora, buscaba una explicación medica; pero Galia seguía dudando:

-Bueno, ¿qué tenía él entre estos dos desmayos?

-Una especie de sonambulismo -respondió Olga.

-¿Qué? ¿Acaso crees que soy un sonámbulo? -dije ofendido.

-Si esto es un sueño, es demasiado real -preciso Galia burlonamente.

-Además el sueño lo vimos nosotras y no él. A propósito de sueños, ¿todavía los ves?

-Pero, ¿qué tienen que ver los sueños con esto? -rezongué-. Yo me desmayé, y no vi ningún sueño.

Sabía muy bien que Galia no trataba de mistificar. En vista de esto, su relato sobre mis aventuras en estado de sonambulismo -así explicaban mi conducta-, me intranquilizó profundamente. Yo no *podía* encontrar una respuesta lógica a todo lo ocurrido, porque nunca me había desmayado ni paseado por las cornisas de los edificios en noches de luna, y jamás había perdido la memoria.

-¿Quizás estaba hipnotizado? -dije.

-¿Y quién te hipnotizó?, -preguntó Olga, ceñuda-. ¿Y dónde? ¿En la redacción? ¿En el bulevar? ¡Es absurdo!

-Sí, es absurdo -acepté confundido.

-¿Y no escribes tú, por casualidad, aventuras de ciencia ficción? -preguntó Galia inopinadamente-. Lo que dijiste sobre la multiplicidad de los mundos me ha interesado mucho... Sabes, Olga -dijo ella riéndose-. Existen dos mundos contiguos y semejantes, en el espacio. Aquí y allá existe Moscú. Aquí y allá existe Serguéi Grómov. Pero allá, no existes tú; allá él está casado conmigo.

-¡Ah! Lo esotérico se ha vuelto claro -afirmó Olga riendo. Y, naturalmente, el sonámbulo es el huésped del otro mundo con la fisonomía de Seriozha.

-Él me lo aclaró así: Moscú es como éste, sólo que un poquito diferente. Aquí, la estatua de Pushkin está en la plaza, allá, en el bulevar. Cuando escuché esto, casi me desternillé de risa.

Olga quedó pensativa.

-¡Ah! ¿Sabes lo que podemos suponer? -dijo animada. Ella trataba de encontrar una explicación lógica, como yo-. Escuchen esto. ¿Sabía Seriozha que la estatua fue trasladada del bulevar a la plaza? Sí, lo sabía. Bueno, entonces, ¿por qué no pensar que este conocimiento grabado en su cerebro determinó el surgimiento del delirio? Vemos aquí la excitación, la señal y, como resultado, el mito sobre los mundos contiguos y semejantes.

Estos razonamientos me provocaban sólo indignación.

-Estoy harto de oírlas. Lo presentan todo como si fuera una variante de la novela de Stevenson: doctor Jekyll y mister Hide. Pero, ¿quién es Jekyll, y quién Hide?

-¿Quién?

-Está claro, quién es quién -prorrumpió Galia-. Tú mismo, por supuesto, no te vas a acusar.

-¿De quiénes están hablando? -preguntó Olga, sin comprender aún.

-Olga -le respondí-, agentes desconocidos del imperialismo internacional me lanzaron en avión.

-¡Bah! Estoy hablando en serio.

-Yo también. Hubo un escritor inglés llamado Stevenson y sus libros han sido leídos por todos los jóvenes... hasta por los médicos. Para los galenos, a propósito, este cuento del cual hablo es casi un manual de psiquiatría, pues Jekyll y Hide son en realidad una misma persona. En ella convergen la bondad elevada a la quintaesencia y la maldad rayana en lo absurdo. Gracias a su elixir, el magnánimo Jekyll se transforma en el canalla Hide. ¿Está claro? -pregunté dirigiéndome a Galia.

-Sin lugar a dudas, Seriozha. Regístrate los bolsillos, posiblemente Hide dejó algo al transformarse.

Hurgué en mis bolsillos, y lancé a la mesa un paquete de tabletas para el dolor de cabeza.

-Posiblemente esto. Yo no he comprado troichatka.

-¿No se la pusiste tú? -le preguntó Galia a Olga.

-No. Seguramente la compró él.

-Yo no he comprado nada -objeté furioso-. Hace mucho que no he visto una farmacia.

-Quiere decir, que esto lo dejó Hide. ¿Y no dejó otras huellas?

Maquinalmente introduje mi mano en el bolsillo del pecho.

-Un momento. La libreta de apuntes no está en su sitio -saqué mi libreta y la abrí-. Aquí hay algo escrito. ¿Dónde estarán mis anteojos?

-Dámela -pidió Galia, tomando de mis manos la libreta y, tras arrancarle una de las hojas, leyó en voz alta:

-*"Si me sucede algo, por favor, informe a mi esposa Galina Grómova. Calle Griboédov Nº 43. Informe, además, a los profesores Zargarián y Nikodímov en el Instituto del Cerebro. Muy importante".* Hasta señaló que era muy importante -agregó riendo-. Y yo, naturalmente, tengo el apellido Grómova. Ya les dije que el delirio era muy lógico.

-¿Y quién es Zargarián? -inquirió Galia con curiosidad-. Yo conozco sólo a Nikodímov, un físico, y, a propósito, bastante eminente. Sin embargo no trabaja en el Instituto del Cerebro sino en el de Nuevos Problemas Físicos.

-¡Pero si no fue Seriozha quien lo escribió! -exclamó de pronto Olga-. ¡Mira! ¡Mira! A pesar de tener la "ve" el mismo ganchito y la "t" la misma rayita, es una escritura completamente diferente de la de Seriozha.

Me ajusté los anteojos y, después de leer la nota, aseveré:

-Esta escritura se asemeja un poco a la mía. Así escribía cuando era estudiante. Estos papeluchos periodísticos me la dañaron, ya no tengo esa letra.

Repetí en la libreta el apunte: se diferenciaba grandemente del primero.

-Sí, son diferentes. Se nota aun sin expertos grafológicos -afirmó Galia. Y dirigiéndose a Olga preguntó-: ¿Acaso la letra cambia en estado de sonambulismo?

-No sé. Esto es un problema de la psiquiatría. Lo único que sé es que el sonambulismo es un trastorno psíquico violento. No lo puedo explicar de otro modo. Por lo demás a mí no me gusta este asunto.

-Ni a mí tampoco -afirmó Galia, quien leía y releía los dos apuntes de la libreta. En su rostro se reflejaba no sólo el trabajo concentrado de su pensamiento, sino también la inquietud contenida que la atormentaba: su intelecto claro y lógico no quería ceder ante lo inexplicable. Y agregó-: ¡Caramba! No comprendo nada. Si soy incapaz de entenderlo científicamente, ¿por qué no lo logro en base a la lógica? ¡Una persona normal, que de pronto se transforma en sonámbulo!

Los desmayos se comprenden y cualquier doctor encontraría su explicación. Pero el delirio con la multiplicidad de los mundos no es más que una cita de una novela de ficción. ¿Y los ruegos de que lo trajera a mi habitación, a pesar de tener su apartamento propio?

-Mi Hide buscaba asilo -afirmé riendo-, porque no podía alojarse en hotel alguno sin documentos.

-Es esto precisamente lo que no me gusta. La hipótesis sobre Hide lo aclara todo; pero prefiero la ciencia a la fantasía. A pesar de que... aquí sólo hay fantasía. ¿Y por qué le rogaste a Lena que te invitara a mi casa, si no sabías que ella vivía conmigo?

-No lo sé. Hace diez años vi a Lena por última vez. Ni sé cómo es ahora.

Lo que relató Galia de mi conducta con Lena me sorprendió sobremanera, pues, en realidad, no tenía ninguna clase de relaciones con ella desde hacía diez años. Posiblemente, habíamos olvidado mutuamente que existíamos.

-¿Es ésa la mujer de su pasión? -preguntó Olga.

-Escucha. Antes de la guerra, estudiábamos juntos en la escuela -empezó a relatar Galia-, y nos preparábamos para ingresar en la facultad de medicina; pero no sucedió como queríamos, porque al estallar la guerra, Seriozha y Oleg marcharon al frente, en tanto que yo decidí ingresar en la facultad de física. Tan sólo Lena estudió medicina. Si no me equivoco, estaba

enamorada de ti.

-De Oleg, repliqué.

-Todas las muchachas querían atraparlo -afirmó Galia suspirando-; pero no lo lograron. Sólo yo lo conquisté; sin embargo, fui más desdichada que ellas, porque tras conquistarlo lo perdí. -Y levantándose agregó-: ¡Que reine la paz! Me voy. El consejo de detectives levanta la sesión. Sherlock Holmes propone una excursión a los campos de la física.

-De la psiquis, querrás decir.

-No, exactamente de la física. Sería interesante hablar con Nikodímov y Zargarián y saber qué hacen en el Instituto de los Nuevos Problemas Físicos.

-Pero, ¿para qué? -inquirió Olga asombrada-. Sería mejor recurrir a un psiquiatra. Así se aclararía todo.

-No, propongo que veamos a Zargarián -continuó Galia-. ¿Quién es Zargarián? ¿Qué estudia? ¿Tiene relación con Nikodímov? Y si tiene, entonces, ¿en cuáles ramas del conocimiento? -se decía, y dirigiéndose a mí preguntó-: ¿Has oído alguna vez esos apellidos?

-Nunca.

-¿Y no los leíste en algún lugar y los olvidaste?

-Ni los leí ni los olvidé.

-He ahí lo más interesante de tu historia de sonámbulo. Es física, querido mío, física. Este es el Instituto de los Nuevos Problemas Físicos. -Y subrayó-: nuevos. Olga, llama a Zoia y pregúntale sobre Zargarián. Ella conoce a todos.

Resolvimos llamarla al otro día por la mañana.

HOJA DE LA LIBRETA DE NOTAS

Me dormí en el acto, hasta la mañana siguiente.

Mis sueños son el rasgo característico que me diferencia de otros mortales. A aquella pregunta de Galia de si veía los sueños como antes, la podría contestar así: sí, los veo, se repiten impertinentemente, invariables por su contenido y extrañamente parecidos a fragmentos de noticiario.

Como es natural, tengo también sueños corrientes donde todo es confuso y vago, y en los cuales las imágenes aparecen deformadas, desfiguradas como en un espejo oblicuo. Estos sueños nos dan recuerdos inestables y efímeros, difíciles de representar y grabar.

Pero los sueños de los cuales hablo, se recuerdan toda la vida. Los podría describir con tanta precisión como el mobiliario de mi habitación. Son siempre multicolores, con los tintes reales y armónicos de la naturaleza. Así como en la realidad, florece la pradera primaveral que surge entre las sombras de la noche, fulgura el traje de indiana de una muchacha en el soleado sueño, haciendo recordar hasta sus dibujos. En estos sueños, no ocurre nada original; no inquietan ni asustan; pero ocultan algo inefable, como si sus componentes fuesen partículas de una vida ajena mirada por casualidad. Sobre todo, esa esquina en la ciudad desconocida, esa calle que no he visto nunca; pero de la que recuerdo todos sus detalles: balcones, vitrinas, tilos y verjas de hierro, representándomelos claramente como si los hubiese visto ayer; esos transeúntes, siempre los mismos; y esa gata negra de manchas blancas que atraviesa la calle corriendo, siempre por la misma esquina y frente a la misma casa. Algunas veces, veo mi figura parada en la galería de una tienda comercial parecida al GUM. Mas no es el GUM. Esta galería se ramificaba en paseos múltiples, transversales y longitudinales. Por lo general, o estoy esperando a alguien frente al sector donde venden papeles de escribir, o estoy cruzando por delante de la exposición de telas iluminadas estrafalariamente por una luz extraña y cambiante. Yo nunca había visto, en la realidad, esta galería; sin embargo, no sólo recuerdo las vitrinas, sino hasta los tipos de artículos que hay en ella, y las altas bóvedas de cristales, y el mosaico multicolor que cubre el suelo.

Otras veces, el sueño me presentaba el interior de un apartamento en el que no he estado nunca, o un paisaje campesino idílico: ante todo ese camino serpentino entre taludes de tierra

adornados pobremente, aquí y allí, por isletas polvorientas de hierba, y que se desliza hacia la franja gris-azul de agua, donde resaltan los nenúfares áureos. Por este camino, se aleja, unas veces, una mujer vestida de blanco, otras veces, un anciano con una caña de pescar al hombro; pero ninguno se vuelve para mirarme, y no los puedo alcanzar. A pesar de que veo tan sólo la franja de agua con los nenúfares, sé inexplicablemente que es un estanque; sé que el camino torcerá a la derecha tras cruzar el estanque y que aquí pasé mi infancia. Sin embargo, en mi vida infantil, real, nunca existieron ni este camino, ni este estanque. Entonces, ¿qué misterio es éste? Justo estos sueños fueron los que hicieron dudar a Olga de mi equilibrio psíquico, instigándola a insistir en que debía dejarme ver por un psiquiatra. Yo, a pesar de todo, declinaba tales proposiciones y prefería aceptar el consejo de Galia.

La desdichada hoja de la libreta con los nombres de Zargarián y Nikodímov, me seguía martillando el cerebro: tenía la plena convicción de que nunca había oído tales apellidos. Jamás he creído que el subconsciente sea capaz de percibir excitaciones ambientales; palabras sueltas en las calles, ruidos desapercibidos, etc. Siempre he considerado que, en un cerebro normal, sólo la conciencia es capaz de ello. Y sólo en esa conciencia se conservan.

-Llamaré a Zoia -dijo Olga.

Zoia trabajaba en el Instituto de Informaciones Científicas y, según sus palabras, conocía a todos los "jefes eminentes". Si Zargarián y Nikodímov pertenecían a esta categoría, podía escuchar en un minuto decenas de anécdotas excelentes sobre su vida cotidiana. Pero yo no necesitaba esto, sino una información fidedigna que me enterara ampliamente de sus especialidades y trabajos. Debía saber si éstos eran "mis" Zargarián y Nikodímov.

Resolví primeramente llamar a Kliónov, director de la sección científica en nuestra redacción. Lo conocí en el frente.

Descolgué el auricular:

-¿Kliónov? Necesito una información, viejo, las coordenadas exactas de dos mamuts: Zargarián y Nikodímov.

Por el teléfono me llegó una carcajada.

-Ayer creí que estabas un poco chiflado.

-¿Ayer? ¿A qué hora?

-A las seis. Cuando te pillé frente a la estatua de Pushkin y te relaté lo de Sichuk.

Me relamí los labios.

Así que Kliónov vio a Hide y conversó con él y no notó nada. Muy interesante.

-No recuerdo -farfullé.

-No bromees. ¿Y no recuerdas lo que te informé sobre Sichuk?

-¿Qué?

-Que se quedó.

-¿Dónde se quedó?

-En Estambul. Te lo conté. Pidió asilo político en la embajada de los Estados Unidos.

-¿Qué? ¿Se enloqueció?

-No, el muy reptil estaba en su pleno juicio. Y nosotros estábamos durmiendo. Algunos dicen que cada persona es un barril de doble fondo; pero lo que había que hacer era ilustrarlo a tiempo. Ahora vamos a escribir una carta colectiva para que no lo dejen entrar cuando se arrastre por el suelo con intenciones de volver. Bueno, ¿qué te pasa? ¿En verdad no recuerdas nada?

-En absoluto. Ayer, desde las cinco de la tarde hasta las diez de la noche, tuve un completo vacío en mi cabeza. Me desmayé, y no recuerdo ni lo que hablé ni lo que hice. Volví en mí, después de que me condujeron a casa. Quizás todo fue consecuencia de aquella contusión que tuve en aquella ciudad del Danubio. ¿Recuerdas?

Sólo faltaba que Kliónov se hubiese olvidado de ello, tras haber cruzado el Danubio conmigo y con Oleg. A propósito, Sichuk también estaba allí, sólo que se largó prematuramente a la retaguardia, después de haber obtenido el permiso para trabajar en la redacción del periódico del frente; y allí se quedó.

Nuestro silencio, se prolongó por unos segundos; después Kliónov propuso:

-Será mejor que te hagas ver por un profesor. La consulta te la puedo arreglar sin problemas.

-No vale la pena -dije suspirando-. Dime, mejor, en qué trabajan los profesores Zargarián y Nikodímov.

-Ah. ¿Estás esperanzado en hacer un artículo sobre ellos? ¡Puf! No conseguirás nada. Nikodímov responde a tales intentos con el método Challenger. Al reportero de la revista "Ciencia y Vida" lo tiró al tacho de basura.

-No te inquietes por mi futuro y divide tu omnisciencia. ¿Quién es Nikodímov? Por favor, dímelo sin bromear, pues, en verdad, necesito saberlo.

-Es un físico con gran amplitud de intereses. Tiene un trabajo sobre la física de los campos. Se interesaba por los procesos electromagnéticos en medios complejos. Una vez, junto con Jenlichka, expuso la teoría del generador de neutrinos.

-¿Junto con quién?

-Con Jenlichka, un biofísico checo.

-¿Y en cuanto a la idea? ¿Qué me puedes decir?

-Soy un profano, como sabes, y la escuché de otras personas profanas; pero, en general, es algo así como un láser de neutrinos que abre una ventana en el antimundo.

-¿Hablas en serio?

-¡Claro! ¿Qué? ¿Te parece un disparate? Así la calificaron.

-¿Y Zargarián?

-¿Qué le sucede?

-¿No trabaja con Nikodímov?

-¡Ah! ¿Lo sabes? Te felicito.

-¿Es también físico?

-No. Neurofisiólogo o algo parecido. Es telépata.

-¿Qué? ¿Qué? -inquirí gritando.

-Te-lé-pa-ta -repitió Kliónov silabeando la palabra. Existe una ciencia que se llama telepatía.

-¿Qué estás diciendo? ¿Acaso crees que soy del medioevo? Esa ciencia no existe.

-¿Que no existe? Estás atrasado, Seriozha. Ya existe tal ciencia, así como los aparatos que sirven para desarrollarla: condensadores de la corriente biológica y otras yerbas. ¿Estás satisfecho?

-Casi -repuse suspirando.

-Si vas al ataque, te apoyaré con mi espíritu y mi cuerpo. Además publicaremos todo lo que les puedas sacar. Te aconsejo que comiences con Zargarián. Es más sencillo y accesible que Nikodímov, y un individuo como pocos...

Le di las gracias por la información y colgué el auricular.

Fue una conversación que no sobrepasaba el nivel de la de Zoia: antimundo, telepatía... Había que llamar a Galia para precisar.

Descolgué el auricular:

-¿Galia? Soy yo, el sonámbulo. ¿Estás levantada?

-Me levanto a las seis de la mañana -contestó bruscamente-. Seriozha, me interesa un detalle de tu odisea. ¿Por qué le dijiste a Lena que habías abandonado a tu esposa?

-Yo no respondo por los actos de Hide. Mi gran anhelo es aclararlos -afirmé-. Galia, escúchame con atención. ¿En qué consiste la idea del generador de neutrinos y cómo se podría eslabonar esa idea con la condensación de la corriente biológica?

-Ah. ¿Eso es Nikodímov y Zargarián? -preguntó riéndose.

-Sí. Como ves, he sabido algo.

-Disparates escuchas y disparates riegas, porque Nikodímov hace tiempo que desistió de la idea del generador de neutrinos tal como la formuló Jenlichka. Ahora, trabaja en la fijación del campo energético provocado por la actividad del cerebro... Fijación de algo así como el

complejo único de campos electromagnéticos surgidos en las células del cerebro. Ya ves, también he sabido algo.

-¿Y qué une a Nikodímov con el fisiólogo Zargarián?

-No sé. Trabajan juntos; pero su trabajo es un secreto. Desconozco su esencia y su perspectiva; sin embargo, según pude averiguar este trabajo está relacionado con cierta codificación del estado neurofisiológico.

-¿Con qué? -pregunté extrañado.

-Más bien, con el cerebro -aclaró Galia-. Con el cerebro, mi querido. La relación que hizo Hide entre estos nombres y el Instituto del Cerebro no fue casual. Aunque... depende del aspecto en que se mire... Quizás éste es un problema perteneciente sólo a la física.

Quedó pensativa. A través del auricular se oía su agitada respiración.

-Ahí está la llave del problema, Seriozha -aseveró-. Mientras más pienso en ello, más me convence. Encuéntralos y encontrarás la explicación.

Colgué el auricular.

La búsqueda científica había concluido, tan sólo quedaba en adelante la búsqueda cotidiana y simple. La empecé con Zoia.

Ella respondió en el acto a la llamada telefónica de Olga. Sí, conocía a Zargarián y a Nikodímov. A Nikodímov lo conocía tan sólo de vista: parece un pájaro de mal agüero, y no frecuenta las recepciones; empero, con Zargarián hasta había tenido amistad tras bailar con él unas cuantas veces. Según ella, a Zargarián le interesan los sueños.

Al escuchar estas últimas palabras, Olga, a mi lado y tapando el auricular con la mano, repitió:

-Le interesan los sueños. ¿Qué tal?

-¿Qué? -grité arrancándole el auricular de la mano-. ¡Zoia! Soy yo. Sí, sí, el mismo. Zoia, acabas de hablar sobre los sueños. ¿A quién le interesan? Dímelo. Esto es muy importante para mí.

-A Zargarián. Después de contarle un sueño terrible que tuve, él, con gran interés, me obligó a repetir partes de lo relatado, haciéndome preguntas sobre los detalles más ínfimos e insignificantes. Pero, ¡en qué detalles podía yo pensar tras un sueño tan espantoso! Luego, él me pidió que lo visitara todas las semanas para relatarle mis sueños. Según él, son muy necesarios para su trabajo. Pero yo, ¿comprendes? No soy ninguna tonta, sé qué trabajo es ése.

-Zoia, ruégale que me reciba -le dije suplicante.

-¡¿Qué dices?! -exclamó-. No soporta a los reporteros.

-No le digas que soy periodista. Dile, simplemente, que quiere verlo un individuo cuyos sueños son rarísimos, que se repiten todos los años como si estuviesen grabados en una cinta. Inténtalo, Zoia. Si no resulta, lo intentaré yo.

Colgué el auricular y esperé. Antes de diez minutos Zoia me llamó, agitada:

-¡Resultó! Te recibirá hoy, después de las nueve. No te atrases -dijo hablando de prisa como si estuviera en la clase de su instituto-. Le gustó tanto lo que informé sobre tus sueños, que sin esperar ni un segundo, empezó a preguntarme sobre el grado de precisión, retención, etc. Yo le contesté que tú mismo le relatarías todo. Además, le dije que trabajas con nosotros, así que no me hagas quedar mal.

LA LLAVE

Zargarián vivía en Yugo-Zapad, en un edificio moderno. Entré. El propio Zargarián abrió la puerta invitándome a entrar, y, en silencio, pasamos a su gabinete. Era alto, ágil, moreno y llevaba el pelo corto. Su aspecto tenía cierta similitud con los héroes del neorrealismo italiano. No parecía mayor de treinta años.

-Permítame que le pregunte -empezó diciendo, atravesándome con sus severos ojos-, ¿qué lo trae por acá? Sí, sí, comprendo: sueños extraños, etc., etc... Pero, ¿por qué le era necesaria

justamente mi consulta?

-Después que le relate todo, comprenderá que no hace falta responder a su pregunta.

-¿Sabe usted algo acerca de mí?

-Antes de la tarde de ayer, no tenía idea de su existencia.

-¿Y qué fue realmente lo que sucedió ayer por la tarde?

-Estoy sinceramente satisfecho de que comencemos por ahí -le dije resueltamente-. No vine porque me inquieten los sueños, ni porque usted sea especialista en sueños, como lo considera Zoia, la que trabaja en el Instituto de Informaciones, sino por otros motivos. A propósito, no trabajo en el instituto, soy periodista -aquí noté una mueca de disgusto en su rostro-. Quiero señalarle que no vine por una interviú, pues no me interesa su trabajo; más bien, no me interesaba. Le repito que, antes de la tarde de ayer, no había oído su nombre; no obstante, lo escribí en mi libreta de apuntes en estado de inconsciencia...

-¿Qué quiere usted decir con "estado de inconsciencia"? -interrumpió.

-Quizás no lo defino bien. Yo estaba consciente; pero no recuerdo nada de lo que hablé, ni de lo que hice. Yo, sencillamente, no existía, en mi lugar actuaba algún otro; y justamente ese otro fue quien escribió esto en mi libreta.

Abrí la libreta y se la entregué a Zargarián. El leyó lo escrito y, mirándome de soslayo, inquirió:

-¿Por qué lo escribieron dos veces?

-La segunda vez lo escribí yo, para comparar la letra. Como puede notar, la primera nota no la hice yo, o sea, no es mi letra. Por lo demás, no es la letra ni de un sonámbulo, ni de un lunático, ni de uno que haya perdido la memoria.

-¿Su esposa vive en la calle Griboédov?

-No. Mi esposa vive conmigo en la avenida Kutúzov. Además, en la Griboédov no hay ninguna casa con ese número, y la mujer que ahí se menciona no es mi esposa; sino una amiga, una compañera de estudio, que a su vez, no vive tampoco en esa calle.

Leyó de nuevo la nota y quedó pensativo. Luego, preguntó:

-¿Y sobre Nikodímov? ¿Tampoco ha oído nada?

-Tanto como sobre usted. Sólo he averiguado que es un físico con aspecto de pájaro de mal agüero y enemigo de las recepciones. Tenga en cuenta que son los informes del Instituto de Informaciones.

Zargarián lanzó una carcajada. En ese momento, noté que no era un individuo severo, sino bondadoso, y, posiblemente, alegre.

-En rasgos generales, es una descripción exacta -afirmó-. ¡Vamos! ¡Sigamos adelante:

Y empecé mi relato.

A pesar de que poseo la capacidad de contar los hechos de modo pintoresco y humorístico, Zargarián, en todo mi relato, permaneció impávido, mostrando apenas un leve interés. Sólo cuando dije "la multiplicidad de los mundos", levantando sus cejas, preguntó:

-¿Ha leído algo acerca de eso?

-No recuerdo, quizás...

-¡Continúe, por favor!

Concluí mi relato haciéndole rememorar a Stevenson y sus Jekyll y Hide. Y agregué:

-Pero lo más extraño es que sólo esta mística fantasmagórica puede explicarlo todo, en tanto que carezco de una aclaración razonable.

-¿Cree usted que, justamente esto es lo más extraño? -preguntó distraído, leyendo la nota de mi libreta-. Nuestros científicos se negaron a plantear este problema en el Instituto del Cerebro; pero ellos lo aceptaron.

Lo miraba sin comprender nada.

-¿Está relatándolo todo tal como sucedió? -preguntó de pronto, atravesándome nuevamente con sus ojos.

-Sí.

-¿Y me ha hablado de dos mundos idénticos, semejantes, en los que existe Moscú con otras

ornamentaciones y donde viven usted y sus conocidos? ¿No es así?

-Exacto.

-¿Y allá usted está casado con otra mujer, vive en otra calle y tiene amistad con Zargarián y Nikodímov, a los que no conoce aquí?

Asentí con la cabeza.

Se levantó y empezó a caminar por la habitación, esforzándose en ocultar su visible emoción:

-Cuénteme ahora sobre sus sueños, porque considero que todo tiene cierta relación.

Le conté mis sueños. Ahora, sus ojos me miraban con evidente interés.

-Quiere decir que una vida ajena, ¿eh? Una calle, un camino que se desliza hacia un río, una galería comercial... Y todo esto surge con precisión, como en una fotografía. -Hablaba lentamente, sopesando cada palabra, como si razonara en voz alta-: ¿Y lo recuerda todo? ¿Claramente? ¿Con todos sus detalles?

-Sí, hasta los mosaicos del suelo.

-¿Y lo conoce todo, hasta las cosas más menudas?

-Sí.

-¿Y le parecía que había estado allí cientos de veces y que hasta posiblemente había vivido allí; a pesar de que, en realidad, no ha sucedido tal cosa?

-A pesar de que, en realidad, no ha sucedido tal cosa -repetí.

-¿Y qué dicen los médicos? Ellos seguramente le habrán aconsejado -dijo, con cierta picardía.

-¿Y qué es lo que pueden decir? -repuse, eludiendo la respuesta-: Excitación... inhibición. Eso lo sabe cualquiera: de día, la corteza cerebral se encuentra en estado de excitación; de noche, en estado de inhibición: y los sueños nacen del montaje de las impresiones del día...

Fui interrumpido por la carcajada de Zargarián:

-Un montaje de atracciones, igual que en el circo, ¡ja, ja, ja!

-¡Pero si yo no creo en eso! -exclamé rabioso-. ¡Si yo recuerdo todos los detalles, desde las hojas de los árboles hasta el clavo de una ventana. ¡Y los sueños se repiten como si fuesen una misma película! Cada semana vuelvo a ver algo ya visto. Se dice que en los sueños se ve sólo aquello que se vio en la realidad. Entonces, ¿a mí qué me pasa?

-Sobre lo que acaba de afirmar escribió Séchenov. Él, después de interrogar a un grupo de ciegos, comprobó que soñaban solamente con aquello que vieron en su estado vidente.

-¡Pero si yo no he visto nunca nada de eso! -exclamé-: ¡Ni en la vida, ni en el cine ni en los cuadros! ¡En ninguna parte! ¿Comprende? ¡En ninguna parte!

-¿Y si lo ha visto? -preguntó riendo maliciosamente.

-Pero, ¿dónde? -le grité.

No respondió. Tras tomar en silencio un cigarrillo y darle dos chupadas, me dijo en tono de excusa:

-Perdóneme, olvidé invitarlo. ¿No fuma?

-Todavía no me ha respondido -repuse intrigado.

-Responderé a su debido tiempo. Tendremos conversaciones interesantes y extensas. No se imagina qué grandes descubrimientos haremos con este encuentro. Los científicos esperaban este minuto desde hacía años. ¡Soy un hombre feliz, sólo esperé cuatro años! -exclamó, y agregó preguntando-: ¿Está usted libre? ¿Me podría regalar un par de horas más?

-Con mucho gusto -contesté desconcertado, sin comprender nada.

Su brusca transformación, su excitado y palpable interés, me turbaron. ¿Qué tenía de raro mi relato? ¿Tendría Galia razón al decirme que aquí estaba la llave de lo sucedido?

En tanto que estos pensamientos me daban vueltas por el cerebro, Zargarián se esforzaba en comunicarse con alguien por teléfono.

-¿Pável Nikítich? Soy yo, Zargarián. ¿Te quedarás en el instituto por mucho tiempo? Maravilloso. Ahora mismo te llevaré a un compañero. Sí, está aquí conmigo. ¿Que quién es? Ni te lo imaginarías. Es aquél con quien soñábamos durante todos estos años. Con lo que me

contó, se corroboran todas nuestras conjeturas. ¡Todas! Difícil es figurárselo. La cabeza me da vueltas. No, no estoy borracho; pero pronto lo estaré. Por ahora vamos para allá. Espéranos.

Colocó el auricular y se volvió hacia mí:

-¿Sabe usted lo que representa un refractor para un astrónomo? ¿O un microscopio electrónico para un virólogo? Eso mismo es usted para mí. Más bien, para nosotros, para Nikodímov y para mí. Le haré a Zoia un regalo suntuoso, pues ella me regaló a usted. ¡Vamos!

Me quedé sentado sin comprender nada:

-Espero que usted no me inyecte, ni me opere -balbuceé, como el paciente frente al cirujano-: ¿No me va doler?

Zargarián, con satisfacción, se echó a reír. Luego, con el acento de un comerciante oriental, apuntó:

-¿Por qué le va a doler, querido amigo? Solo se sentará en un sillón, dormirá unas horitas y mirará sus sueños, como en el cine. -Y agregó en otro tono-: Vámonos Serguéi Nikoláevich! ¡Lo llevaré al instituto!

EL LABORATORIO DE FAUSTO

El instituto estaba al lado de la carretera, en un robledal que parecía un bosque de cuento de hadas en la noche oscura y huérfana de estrellas. Los arbustos que parecían gnomos, los árboles copudos, y los tocones negros tras la cuneta, sobresalientes entre la hierba como fierecillas insólitas, formaban una sombra romántica y algo siniestra. Pero en lugar de la isla de las fábulas, al final de la avenida de asfalto se levantaba una torre cilíndrica de diez pisos, cuyas ventanas parpadeaban como si tras ellas alguien estuviese conectando y desconectando proyectores.

-Es Valerka Mlechin -apuntó Zargarián al atrapar la dirección de mi mirada-. Pero no es en nuestro laboratorio. El nuestro se encuentra del otro lado.

Un ascensor veloz nos condujo hasta el décimo piso y, al salir, el piso movible de un corredor circular nos arrastró hacia delante, lenta y silenciosamente, a la velocidad normal de un elevador.

-Se conecta automáticamente, cuando uno sale al corredor -aclaró Zargarián-, y se desconecta al apretar con los pies estos reguladores mates.

Las losetas blanco mate, sobresalientes e iluminadas por dentro, estaban diseminadas cada dos metros a todo lo largo del corredor, encima de una cinta plástica. Pasamos flotando ante puertas blancas de dos hojas con grandes números indicadores. En la puerta número doscientos veinte, Zargarián presionó el regulador, deteniendo el piso movible. Abrimos la puerta y entramos a una habitación grande muy iluminada.

Zargarián, empujándome a un sillón, aconsejó:

-Abúrrase durante diez minutos, mientras hablo con Nikodímov. Así evitará repetirlo todo de nuevo, y, al mismo tiempo, me dará la oportunidad de contárselo a Nikodímov de un modo más profesional.

Se acercó a la pared; ésta se dividió por el medio dejándolo pasar y se cerró. "Células fotoeléctricas" -pensé-. A mi entender, la instalación del instituto llenaba las exigencias actuales relativas al confort científico. Kliónov se extasiaría con sólo la descripción de uno de estos corredores; no en vano me prometió toda clase de ayuda; "pon mi espíritu y mi cuerpo".

En la habitación donde esperaba a Zargarián, no había nada que llamase la atención, a excepción de las paredes corredizas. En ella veíanse una mesa de escribir moderna con patas niqueladas, con tapa de plexiglás; una caja fuerte abierta incrustada en la pared semejante a un horno eléctrico; una luz de origen desconocido; y un diván esponjoso. "Aquí pasan la noche cuando se retrasan" -me dije-. A lo largo de la pared se amontonaban las pilas de cintas amarillas y semitransparentes, en las que se notaban líneas gruesas y dentadas, como en los cardiogramas. El suelo plástico y de color le daba a la habitación una elegancia superflua; y

los estantes hechos del mismo plástico, abarrotados de libros y diagramas, le devolvían su seriedad y austeridad perdidas. En un diagrama de la corteza policromada del cerebro salían flechas metálicas terminadas con inscripciones en latín y griego. Otro diagrama mostraba simplemente un haz de líneas metálicas incomprensibles, donde se leía: "Corriente biológica de un cerebro durmiente". Adjunto a él, había una hoja de papel escrita a máquina con el texto: "Duración y profundidad de los sueños. Investigación realizada en el laboratorio de la Universidad de Chicago".

Los libros de los estantes estaban en desorden, amontonados unos sobre otros en anaqueles movibles. "Por lo visto los utilizan mucho" pensé. Tomé uno en mis manos: era una obra de Sorojtin dedicada a la atonía de los centros nerviosos. A su lado se encontraban folletos y libros en diferentes lenguas. Según pude notar, todos informaban sobre la irradiación de la excitación e inhibición. En otro estante mis ojos chocaron con un libro del propio Nikodímov. Había sido editado en Inglaterra y llevaba como título: *Los principios de la codificación de los impulsos distribuidos en la cabeza y en la región cortical del cerebro.* Y, nunca como ahora, lamenté tanto la insuficiente preparación de los periodistas, incapaces de comprender, aún aproximadamente, los grandes procesos que se desarrollan en las ciencias.

En este instante, la pared se corrió y, a través de la rendija, llegó la voz de Zargarián:

-¡Serguéi Nikoláevich! ¡Por favor, pase!

La habitación en la cual entré era un laboratorio de fulgurante acero inoxidable y níquel. Cuando mi mirada empezaba a buscar objetos, Zargarián, activo e impaciente, me presentó a un individuo maduro de barbita castaño y plata a lo mosquetero. Los cabellos, del mismo color, excedían del largo normal en nuestros científicos, dándole cierto parecido a un profesor de violín o de piano. Tan sólo por su encorvada nariz podía confundírsele con un pájaro de mal agüero; sin embargo, este rasgo me hizo recordar más bien al Fausto de Goethe, tal como lo vi hace años en un espectáculo de provincia.

-Mucho gusto, soy Nikodímov -me dijo y sonrió al atrapar mi mirada escudriñadora hacia todos los lados-. No mire tanto, de todas maneras no comprenderá nada. Además, aquí no hay nada interesante, sólo condensadores y conmutadores. Esto que ve aquí, es una pantalla para fijar los campos; naturalmente, en sus diferentes fases. Podrá notar que esto es un embrollo de enchufes, palancas y manivelas. Tal como en Maiakovski, ¿no es así?

Miré de soslayo el sillón situado tras la pantalla, sobre el que pendía algo parecido al casco de un cosmonauta y hacia el cual convergían cables multicolores.

-Lo asustó -afirmó Nikodímov, guiñándole un ojo a Zargarián-. ¿Y qué tiene de raro? Es un sillón como otro cualquiera.

-Espera -prorrumpió Zargarián regocijado-. No le expliques nada, déjalo pensar. Se parece al sillón de una barbería; pero no hay espejos alrededor. ¿Y no es el de un dentista? No, porque no está el torno. Pero, ¿dónde puede encontrarse un sillón así? ¿En un teatro? No. ¿En un cine? Tampoco. Entonces, ¿en un avión, en la cabina del piloto? ¿Pero dónde está el timón?

-Se parece a una silla eléctrica -le dije.

-¡Por supuesto! Es una copia exacta.

-¿Y el casco? ¿También me lo pondrán?

-¿Por qué no? La muerte le llegará a los dos minutos -afirmó con malignidad en sus ojos-. La muerte clínica. Luego, lo resucitaremos.

-No lo asustes -le dijo Nikodímov, y se volvió hacia mí-: ¿Es usted periodista?

Afirmé con la cabeza.

-Entonces -agregó-, le ruego que no escriba ningún artículo relacionado con nuestros experimentos. Todo lo que usted aprenderá aquí, todavía no ha madurado para la publicación. Por lo demás, los experimentos pueden resultar un fracaso, en cuyo caso, ni usted vería nada, ni nosotros sabríamos nada. Pero cuando hayamos terminado, le haremos participar de nuestro trabajo. Se lo prometo.

"¡Pobre Kliónov! La información con la que soñaba esfumóse como humo".

-¿Tiene este experimento una relación íntima con mis relatos? -pregunté con osadía.

-Sí, una relación geométrica directa -aseveró Zargarián lacónicamente-. Sin embargo, Pável Nikítich lo duda. Yo sigo insistiendo en que no puede haber ningún fracaso, pues los indicios existentes son muy claros.

-Sí-í-í-í -afirmó Nikodímov meditabundo-, los indicios son muy claros-. Y, dirigiéndose a mí, preguntó-: ¿Así que a usted le ocurrió la historia de Stevenson? ¿Y usted la explica refiriéndose a Jekyll y Hide, no es así?

-No, de ningún modo. Yo no creo en transmutaciones.

-¿Y entonces?

-No sé. Estoy buscando una explicación. Por eso los busqué.

-Muy sensato.

-Quiere decir que, ¿hay una explicación?

-Sí.

Al oír la respuesta, brinqué de mi asiento.

-Siéntese -pidió Zargarián-, aquí, en el sillón que le asustó. Le aseguro que es mucho más cómodo que el de Voltaire.

Modestamente hablando, me levanté inseguro de la silla: ese sillón demoníaco me asustaba.

-Las explicaciones vendrán después del experimento -apuntó Zargarián-. Siéntese. ¡Vamos! ¡Vamos! Más rápido, que no le sacaremos los dientes.

Al sentarme en el sillón, me hundí como en un colchón de plumas. En el acto, empecé a notar una sensación de ligereza, casi de imponderabilidad.

-Estire las piernas -me rogó Zargarián.

Por lo visto, él era quien dirigía el experimento.

Las suelas de mis zapatos tocaron unos tornillos de goma. El casco, descendiendo silenciosamente, cubrió mi cabeza con facilidad, como si fuese una gorra blanda.

-¿Está demasiado libre?

-Sí.

-Permanezca tranquilo, ahora vamos a regular los aparatos.

El casco se ajustó más en mi cabeza, pero yo no sentía nada: su cinta flexible confundíase con mi piel. A pesar de tener mi cabeza cubierta por el casco y la seguridad de que la ventana de la habitación estaba cerrada, un viento vespertino, como si hubiese irrumpido a través de una ventana abierta, enfrió mi frente y removió mis cabellos.

De repente, se apagó la luz, y una tiniebla insondable empezó a flotar en el ámbito, rodeándome.

-¿Qué sucede? -inquirí.

-Nada anormal, simplemente lo aislamos de la luz.

¿Con qué me aislaron? ¿Una pared? ¿Un gorro? ¿Un capuchón? Toqué mis párpados: el casco no cubría mis ojos. Extendí los brazos pero sólo encontraron el vacío.

-Baje los brazos y no se inquiete. Ahora empezará a dormir.

Me acomodé en el sillón y relajé mis músculos. Y, en realidad, comencé a sentir la llegada del sueño, el acercamiento del nirvana, apagando todos los pensamientos, recuerdos, palabras y estrofas surgidas en mi mente extemporáneamente. Sin saber porqué, recordé un poema: "*El sueño es sólo tiniebla, inatención e inconstancia, una alusión a lo animado y, por lo general, no es una mentira malvada".* De improviso, surgió en mi mente un pensamiento que se esfumó tan de prisa como su llegada: *"¿Cómo me mentirá este sueño que se avecina?"* Mis oídos zumbaban, como si en un lugar cercano hubiera un mosquito. Y, en este momento, me llegaron voces claras cuya localización fui incapaz de precisar.

-¿Cómo está el aparato?

-Algo borroso ha surgido en la pantalla.

-¿Y así?

-Aún.

-Prueba la segunda graduación.

-Está bien.

-¿Y la luminosidad?

-Bien.

-Lo conectaré por completo.

Las voces desaparecieron. Me sumergí en la nada silenciosa y sosegada, inundada por la espera de lo extraordinario.

UN SUEÑO LLENO DE SORPRESAS

Entreabrí mis ojos y al momento los cerré: todo daba vueltas en una niebla color de rosa. Las luces de unas lucernas extendíanse por el techo en una parábola resplandeciente. Un corro de mujeres en trajes negros y con los rostros imperceptibles, me rodeaba, gritándome con la voz de Olga: ¿Qué te pasa? ¿Te sientes mal? Abrí lo posible mis párpados. La niebla se desvaneció. Las lucernas se hicieron una: ahora era un punto que pendía en el techo. El corro de mujeres, aplastándose, se fundía en una sola mujer con la sonrisa y la voz de Olga.

-¿Dónde estamos? -le pregunté.

-En la recepción.

-¿Dónde?

-¿Será posible que lo hayas olvidado? En la recepción de la embajada de Hungría. En el "Metropol".

-¿Y para qué?

-¡Dios mío! ¡Pero si nos mandaron la invitación al banquete hoy por la mañana! Yo tuve tiempo hasta de ir a la modista. Y tú lo has olvidado todo.

Yo tenía la seguridad de que no nos habían mandado por la mañana ninguna invitación. O ¿quizás por la tarde, cuando regresé de donde Nikodímov? ¿Qué me pasa? ¿Me está fallando de nuevo la memoria?

-¿Y qué pasó?

-Bueno, como en la sala nos sofocábamos, propusiste salir al aire libre. Vinimos acá, al hall, y empezaste a sentirte mal.

-Qué raro.

-No, no tiene nada de raro. En aquella sala no se puede ni respirar y tú tienes un corazón muy débil. ¿Quieres beber algo?

-No sé.

Olga me parecía verdaderamente extraña con este traje nuevo que veía por primera vez. Pero, ¿a qué hora pudo haber salido de casa, si yo estuve allí todo el tiempo y no lo noté?

-Espera un minuto, te traeré narzán.

Se alejó, desapareciendo tras una puerta. Continué mirando confuso el conocido hall del restaurante. Lo conocía, mas esto no aligeraba mi situación. No podía recordar, cuándo los húngaros nos mandaron los billetes. Además, ¿por qué razón; si yo no era un individuo famoso, ni académico, ni un deportista conocido? Sin embargo, a pesar de esto, Olga lo tomó como algo corriente y lógico, que cae por su propio peso.

Cuando Olga apareció con el narzán, yo aún permanecía parado en el hall. Ella tenía la impresión de desear con vehemencia regresar a la reunión.

-¿Y qué? ¿Viste personas conocidas?

-Están todos los jefes -repuso ella animada-: Fiódor Ivánovitch, Raisa y hasta el viceministro.

Si yo no conocía a Fiódor Ivánovich y a Raisa, tanto menos al viceministro. Pero sin osar hablar de esto pregunté tan sólo:

-¿Por qué el viceministro está aquí?

-Fue él quien nos envió la invitación, pues nuestra policlínica es del ministerio. Seguramente sobraban invitaciones.

Olga no trabajaba en la Policlínica de un ministerio sino en una de las tantas policlínicas de la región. Esto lo sabía con exactitud, pues en un tiempo la habían invitado a trabajar en la policlínica de un ministerio, a lo que se negó.

-Olga, vuelve allá -le insinué-. Yo pasearé un poro: respiraré aire fresco.

Salí a la calzada y empecé a fumar. En el asfalto nadaban revolcándose las luces amarillas de los faros. Por mi lado cruzó un trolebús de dos pisos, rojo como los de Londres, de un tipo que nunca había visto por nuestras calles: en su costado, arriba y abajo de la línea de ventanas, un letrero anunciaba: Vea la nueva película francesa "*El hijo de Montparnasse*". No había oído hablar de esa película. ¿Qué es lo que le pasa a mi memoria? Me olvido de todo.

A lo lejos, a la izquierda del teatro Bolshói. brillaba un cuadrado gigantesco de neón, por el que corrían, en el aire, letras luminosas con noticias: "...Terremoto en la India... Un gruño de médicos especialistas vuela a la India...". Era un periódico luminoso. Y, de nuevo, ignoraba cuándo lo habían instalado.

-¿Estás tomando el fresco? -me preguntó una voz conocida.

Al darme vuelta, vi a Kliónov, quien había salido del restaurante.

-Sí -le contesté.

-Yo me voy -afirmó-. No puedo beber a causa de mi úlcera. Lo saludé, y es suficiente.

-¿A quién saludaste?

-A Kemenesh, el que nos invitó... El nuevo agregado de prensa.

Tibor Kemenesh, un estudiante húngaro que hablaba ruso, fue nuestro cicerone en Budapest. Recorrí con él la desconocida ciudad, después que me dieron de alta en el hospital donde estaba convaleciente. Pero, ¿cuándo Kemenesh había sido nombrado agregado de prensa de la embajada húngara en Moscú? ¿Y por qué sólo ahora me enteraba de esto?

-La gente progresa y nosotros nos estancamos, viejo -aseveró Kliónov suspirando-. Estamos siempre en un círculo vicioso.

-A propósito de círculo vicioso. No podremos escribir el artículo -le dije.

-¿Cuál artículo?

-El artículo sobre Nikodímov y Zargarián.

Kliónov lanzó una carcajada tan fuerte, que los transeúntes se volvieron para vernos.

-¡Pero qué tipo más original! ¡Ya encontró sobre quién escribir! Viejo, pero si Nikodímov encadenó en su casa de campo una pantera en lugar del perro, y en Moscú lanza a los periodistas a la basura.

-Ya me lo dijiste.

-¿Cuándo?

-Hoy por la mañana.

Kliónov me tomó por los hombros, mirando mis ojos escrutadoramente.

-¿Qué bebiste hoy? ¿Tokai o palinka?

-No bebí nada.

-Se nota que bebiste, porque desde el sábado he estado en mi casa de campo, en Zhávoronski, y regresé hoy hacia las cinco de la tarde. Seguramente conversaste conmigo en sueños.

Kliónov me dijo adiós con la mano y se alejó. Y quedé impávido, profundamente conmovido por sus últimas palabras: "Seguramente conversaste conmigo en sueños". No, ahora converso con él en sueños, en un nirvana irreal. De repente, recordé la charla en el laboratorio de Fausto, el sillón con los alambres y las palabras de Zargarián desde las tinieblas: "No se inquiete; ahora empezará a dormir". Posiblemente aquel sillón era una máquina para producir artificialmente los sueños.

Todo sucedía como en la realidad, pero como si la vida real estuviese al revés. No había por qué asombrarse: todo era más simple que lo simple.

Regresé al restaurante; sobre sus mesas, mezclándose con las luces eléctricas, colgaban turbias volutas de humo. Alrededor de la fuente bailaban ensimismadas las parejas. Comencé a buscar a Olga, pero, al no hallarla, me dirigí a una sala colateral y entré en ella. Los restos

del entremés, en las largas mesas, evidenciaban que unos minutos antes había habido un convite. Seguramente se servirían a lo europeo: parados alrededor de la mesa con sus platos o congregados junto a las ventanas encortinadas. Ahora los retrasados, buscando postres y bebidas sin tocar, se hartaban. Un individuo muy dueño de sí mismo que estaba sentado en el borde solitario de una de las mesas, giró hacia mí y gritó:

-¡Ven acá, Serguéi! ¡Acércate! ¡La palinka es estupenda, como en Budapest!

Era Sichuk, quien, según las versiones, había huido al extranjero. Quizás en este sueño tuvo tiempo de regresar a través del espacio-cero, o con la ayuda de una alfombra mágica. Traté de no pensar en esto, pues los milagros ya no me inquietaban; simplemente, me serví de la botella de Sichuk palinka de damasco y bebí. Este sueño, respetuoso de las sensaciones deliciosas de la realidad, comenzó a gustarme.

-Por los amigos y compañeros -exclamó, y bebió.

-¿Y tú, por qué estás aquí? -le pregunté con diplomacia.

-Por la misma razón que tú. Soy héroe de la liberación de Hungría.

-¿Tú eres héroe?

-Todos somos héroes -afirmó bebiendo el último trago de la copa, y agregó-: La prueba es que sobrevivimos a la guerra.

-¿Para después traicionar? -inquirí furibundo.

Sichuk, poniendo la copa en la mesa, se puso en guardia.

-¿De qué hablas?

Yo, por supuesto, reconocía no sólo mi falta de lógica, sino el absurdo de mis acusaciones en esta situación; pero ya no podía detenerme.

-Te fuiste en el "Ucrania"... como todas las personas. Y con un pasaje soviético... ¡canalla!

-¿Y cómo lo sabes? -indagó musitando.

-¿Qué? ¿Que te quedaste?

-No, que yo quería salir y había gestionado el pasaje...

-Si hubieran sabido, no te lo hubiesen dado.

-¡Pero si no me lo han dado!

Como presidente del Comité Sindical, yo mismo le había arreglado a Sichuk el pasaje: pero en este sueño todo ocurría al revés. ¿Y si fui yo quien viajó en lugar de Sichuk? Yo había insistido en conseguir un pasaje; pero no había sitio. ¿Y si había?

El sueño me lanzó hacia la puerta y avancé hacia ella como un tronco a la deriva. Cuando caminaba hacia la gran sala, alguien, agarrándome por el brazo, inquirió:

-¡Siéntate, Serguéi! ¿Qué te pasa? ¿Me estás huyendo? -Al mirar el rostro del interrogador, quedé helado, sumido en el terror.

-¡Siéntate! ¡Siéntate! ¡Y bebamos tokai! No hay otro como él en Europa.

Mis piernas se doblaron, y no me senté, sino que caí en la silla. Unos ojos tristes y conocidos me miraban: los había visto -lo había visto: solamente uno- por última vez en el año 1944, en una carretera cercana al Danubio. Oleg estaba tendido en el suelo, boca arriba, con el rostro cubierto por la sangre eme salía del ojo derecho; en el otro evidenciábase paradójicamente la tristeza y el terror.

Ahora me miraban ambos ojos. Desde el ojo derecho, por la sien, se extendía una cicatriz oblicua y rosada.

-¿Qué miras? ¿Envejecí?

-Yo recordaba el año 1944, cuando te... te...

-¿Cuándo qué?

-Cuando te mataron, Oleg.

Me miró y sonrió:

-La bala falló por un milímetro. Quedó tan sólo una cicatriz. Si hubiera pegado un poco más a la izquierda, hubiese sido el fin. Me hubiera quedado sin ojo y sin vida -se sonrió y agregó-: Da risa. En aquel entonces no tenía miedo y ahora sí.

-¿Miedo a qué?

-A la operación. El casco de la metralla se alojó en un lugar del pecho: es el recuerdo de una herida más. Había vivido con este casco de metralla durante todos los años transcurridos desde aquel día; sin embargo, los médicos me dicen ahora que no debe permanecer más tiempo dentro del pecho y que debo operarme.

Los conocidos ojos de Oleg con sus largas pestañas casi femeninas, sonreían. Su frente estaba despejada y parecía más grande. Por sus mejillas corrían profundas arrugas. Sin embargo, en este rostro inconmensurablemente querido había una cosa ajena y extraña: la marca del tiempo. Así hubiera sido Oleg, caso de haber seguido vivo; pero sólo vivía en el mundo artificial de este sueño. Si Fausto creó este modelo de mundo, es un Dios.

Comencé a dudar: ¿y cuál de los dos mundos es el verdadero? De pronto, me hice una pregunta: ¿y si se daña algo en el laboratorio de Fausto y me quedo aquí para siempre? ¿Lo lamentaría? No sé.

Pellizqué mi mano con fuerza.

-¿Por qué haces eso? -preguntó Oleg asombrado.

-Pensaba que todo era un sueño.

Oleg sonrió y, lentamente, empezó a desaparecer en la niebla color lila. Era una niebla conocida. Tragándoselo todo, ennegreció.

La voz de Zargarián, desde las tinieblas, preguntó:

-¿Está vivo?

-Sí, estoy vivo -respondí.

-Levante los brazos. ¿Los movimientos son libres?

Agité los brazos, en la oscuridad.

-Arremánguese y desabróchese el cuello.

Sentí objetos fríos en el pecho y la muñeca.

-No se asuste, es para auscultar su corazón. No hable.

Pero, ¿cómo podía ver en esta oscuridad, en la que no brillaba un solo rayo de luz? Y, sin embargo, veía.

-Todo normal -dijo con voz satisfecha-, a excepción del pulso que se ha acelerado un poco.

-¿No crees que debemos terminar? -preguntó la voz de Nikodímov en las tinieblas.

-¿Por qué? Serguéi Nikoláevich tiene unos nervios de acero. Lo haremos soñar de nuevo.

-¡Ah! Entonces era un sueño -dije como liberado de un gran peso.

-Quién sabe -exclamó Zargarián con malicia- ¿Y si no lo es?

Antes de que pudiese contestarle, la oscuridad me devoró como un mar.

EL SUEÑO HISTÉRICO

Un haz de luz, surgiendo de las tinieblas, cayó sobre la blanca mesa de operaciones, inundándola.

En ella, cubierto hasta la cintura por una blanca sábana, estaba tendido el cuerpo de un hombre. Su tórax abierto tenía al descubierto los sangrantes tejidos internos y la blancura de las costillas. Los ojos estaban cerrados y el rostro inmóvil y exangüe. Este rostro tenía algo de conocido: las profundas arrugas en las mejillas y la cicatriz oblicua que corría por la sien derecha.

La sonda que sostenía en mis manos estaba hundida en la profunda herida. Yo estaba vestido con una bata y un gorro blanco, en tanto que una máscara de gasa cubría mi boca y mi nariz. Los que me rodeaban vestían igual. No conocía a ninguno de ellos, a excepción de la mujer parada a la cabecera del paciente; su mirada estaba clavada en mis manos como una cuerda rígida e invisible mientras la sonda se hundía en la herida.

De pronto, a mi memoria llegaron los recuerdos de lo sucedido antes: el chirrido displicente de los frenos del automóvil al parar frente a la entrada del hospital; los escalones de granito aún húmedos a causa de la lluvia anterior; la calle conocida, en la que había soñado

muy frecuentemente; la reverente sonrisa del guardarropa al atrapar mi abrigo en el aire; el despegue lento del ascensor y la fulgurante blancura de la sala de operaciones, donde me vestí con la bata blanca y me lavé las manos lentamente a despecho de mis deseos. Recordé además cómo empecé esta operación, cómo abrí con el escalpelo el tórax, corté y suturé con la destreza de un profesional. Todo esto cruzó por mi mente a la velocidad de la luz, y desapareció. Ahora, lo había olvidado todo. La agilidad habitual de mis manos se había transformado en un temblor. Y, poseído por un terror inefable, llegué a la conclusión de que, carente de conocimientos médicos, mi acción se convertiría en un asesinato.

Saqué la sonda de la herida y la dejé caer al suelo, produciendo un ruido sordo. En los ojos fijos en mí, por encima de las máscaras de gasa, se insinuaba una sola pregunta: "¿qué sucede?".

Con las piernas temblorosas y blandas, me encaminé hacia la puerta; allí me di vuelta y miré cómo una espalda desconocida ocupaba mi lugar y le pedía a la enfermera con voz de bajo:

-¡La sonda!

"Huye -me decía el pensamiento-, para que no te vea nadie, y para que no leas más de lo que leíste en aquellos ojos enormemente abiertos, asombrados y acusadores". Sin sentir las piernas, me lancé como un bólido a través del quirófano hacia un espacio ubicado en el ángulo de dos corredores. Había un sillón: caí en él.

"Acabo de matar a Oleg con estas manos" me dije, y, apretando mis sienes con las palmas heladas, empecé a gemir.

-¿Qué le pasa... Serguéi Nikoláevich? ¿Qué le sucede, mi amigo? -indagó una voz asustada.

Frente a mí había un hombre alto, calvo y vestido de blanco.

-¿Qué pasó? ¿Cómo quedó la operación?

-No sé -le respondí.

-¿Cómo es posible?

-Dejé todo... me fui -proferí con trabajo-. Me sentía mal.

-Entonces, ¿quién opera? ¿Asáfiev?

-No sé.

-¿Cómo?

-¡Yo no sé nada! ¡No lo conozco! ¿Quién es usted? ¿Cómo se llama? ¿Dónde estoy? ¡Demonios! -grité desaforadamente.

Se quedó petrificado en su sitio; sus ojos, sin comprender nada, me miraban absortos, y, tras unos segundos, echó a correr hacia la puerta por la que yo había salido. Lo seguí con la mirada y me levanté. Al tirar de los faldones traseros de mi bata atada en la espalda, los cordones se rompieron; me limpié las manos con ellos y los lancé al suelo, e hice lo mismo con el gorro.

Por el corredor que se extendía al frente, apareció una muchacha vestida de blanco -médico o enfermera- haciendo ruido por el entarimado con los tacos, y desapareció luego por una de las puertas del pasillo. Maquinalmente, me dirigí en esa dirección, pasando por delante de las puertas blancas que conducían a los gabinetes de los médicos y cuyos nombres estaban escritos en tarjetas cuadradas de plástico. "Doctor Grómov S. N." -leí en una de las tapetas. "Este era mi gabinete". ¡Qué se le va a hacer! ¡Adentro!

Frente a una gran ventana italiana, detrás de "mi" mesa de escribir, estaba sentado Kliónov, leyendo un periódico.

-¿Ya? -preguntó parco, pero con inquietud y miedo.

Yo no contesté.

-¿Vive?

-¿Y por qué estás aquí? -inquirí en vez de responder.

-¡Si tú mismo me pediste que te esperara aquí! -exclamó colérico-. ¿Cómo está?

-No sé.

-¿Por qué no sabes? -preguntó saltando de la silla.

-Me sentí mal... Casi perdí el conocimiento.

-¿Durante la operación?

-Sí.

-¿Quién opera, entonces?

-No sé -repuse, tratando de no mirarlo.

-¿Y por qué estás aquí y no en la sala de operaciones? -censuró gritando.

-Porque no soy cirujano, Kliónov.

-Estás loco -exclamó lanzándose sobre mí y tras golpearme con el hombro, como en una batalla de hockey, siguió como un relámpago hacia el corredor. Estúpidamente, me senté en una silla en el medio de la habitación, sin poder siquiera arrastrarme hasta "mi" propia mesa de escribir.

"No soy cirujano" -le dije a Kliónov-. Pero, ¿cómo pude entonces empezar la operación y conducirla hasta su momento crítico sin despertar sospechas? Posiblemente en los sueños es factible. Y si esto es un sueño, ¿por qué estoy aterrado por lo sucedido? ¿No son, acaso, Oleg, la operación, Kliónov y yo, partículas de este mundo ilusorio de sueños? Sí, lo son. ¿Y si esto no es un sueño, como dijo Zargarián?

El teléfono de la mesa empezó a sonar. Le di la espalda. Sonaba y sonaba intermitentemente. Finalmente, cuando su ruido me fastidió, lo descolgué:

-Serguéi, ¿eres tú? -preguntaron por el auricular-. Bueno, ¿qué noticias?

-¿Quién habla? -pregunté vociferando.

-No grites. ¿Acaso no me conoces?

-No, no la conozco. ¿Quién es usted?

-Soy yo, Galia.

”Galia está intranquila. Es natural -pensé-. Pero, ¿por qué me llama por teléfono? Debía aguardarme en mí gabinete, como hizo Kliónov".

-¿Por qué callas? -indagó asombrada-. ¿Pasa algo grave?

-Pues... -balbuceé-, Galia, no te puedo decir nada concreto. Me sentí mal durante la operación y continuó el asistente...

-¿Asáfiev?

"De nuevo este Asáfiev. Pero, ¿acaso sé yo si es él el asistente? Aunque, ¿no da lo mismo si todo es un sueño?"

-Seguramente era Asáfiev. No lo noté. Todos tenían mascarillas de gasa.

-Pero si no le tienes confianza a Asáfiev. Hoy mismo, por la mañana, dijiste que él era un cirujano de dispensarios.

-¿Cuándo dije eso?

-Cuando desayunábamos. Antes de que llegara por ti el automóvil.

Tenía la plena convicción de que no había desayunado con Galia. Por la mañana estuve en casa y no tengo ningún automóvil. Empero, ¿para qué discutir si todo esto es un sueño?

-¿Qué fue lo que te sucedió? -inquirió ella.

-Debilidad. Vértigo. Pérdida de la memoria.

-¿Y ahora?

-¿Qué ahora? ¿Estás hablando de Oleg?

-¡No, no de Oleg, de ti!

Su respuesta me sorprendió: ¿cómo había adquirido tal insensibilidad? Preguntar por mi salud cuando Oleg está tendido en la mesa de operaciones.

-Mi memoria está completamente atrofiada -respondí colérico-. Lo olvidé todo: el lugar donde estuve por la mañana y donde estoy ahora, tu existencia y la mía, y el porqué soy cirujano si tiemblo sólo al mirar el bisturí.

El auricular calló.

-¿Estás escuchando? -indagué.

-Ahora mismo voy al hospital -dijo resuelta y colgó.

¡Qué venga! ¿No es lo mismo el cuándo, el dónde y el por qué? Si todos los sueños son ilógicos, ¿por qué poseo la facultad de razonar en éste?

Mi resolución de huir, que estaba madurando desde el momento en que abandoné la sala de operaciones, se agigantó. "Dejaré aquí, por educación, una nota y me iré" decidí.

En la primera página de la libreta que descansaba en la mesa encima de unos papeles, leí el siguiente texto tipográfico: *"Doctor en Medicina, profesor Grómov Serguéi Nikoláevich".*

Esto me trajo a la memoria la hoja de mi libreta, donde mi supuesto Hide escribió aquella nota secreta, misteriosa; pero indicadora, y que resultó ser una llave para la solución del problema. Naturalmente, yo todavía no había resuelto el enigma; sin embargo, la llave ya estaba dentro del candado. ¿Y si no es un sueño? -había dicho Zargarián-. ¿Y si soy para el Doctor en Medicina Grómov S. N. exactamente el mismo invisible agresor que fue para mí Hide? ¿No debería seguir su ejemplo y escribir otra nota indicadora?

Y escribí en la libreta del profesor:

"Somos «gemelos», a pesar de vivir en dos mundos diferentes y quizás en diferentes tiempos. Por desgracia, nuestro «encuentro» ocurrió durante la operación. No pude terminarla, pues en mi mundo tengo otra profesión. Busque, en Moscú, a dos científicos: Nikodímov y Zargarián. Ellos, posiblemente, le podrán explicar lo que le sucedió en el hospital".

Sin releer lo escrito, me dirigí a la puerta con un solo deseo: "adonde sea, pero lejos de esta aventura diabólica a lo Hoffmann". Y, antes de que tuviese tiempo de abrir la puerta, entró Lena. Estaba vestida de blanco con el gorro pero sin mascarilla. Di un paso atrás y, con el mismo temblor en la voz que aquellos que me interrogaron, inquirí:

-Bueno, ¿qué ocurrió?

Casi no había envejecido. Era la misma de hace diez años, cuando la vi por última vez. Sin embargo, aquí yo estaba íntimamente relacionado con esta Lena, pues nos unía una misma profesión.

-Le sacaron el casco de metralla -dijo, pegando a duras penas los labios.

-¿Y él?

-Va a vivir -respondió, y, después de un momento de silencio, agregó-: ¿Acaso esperabas lo contrario?

-¡Pero, Lena!

-¿Por qué lo hiciste?

-Porque ocurrió una desgracia. Perdí la memoria. Olvidé de pronto todo lo que sabía; hasta mis costumbres profesionales. En esas circunstancias, no debía, ni tenía derecho a continuar la operación.

-¡Estás mintiendo! -exclamó ella, mordiéndose los labios con furia.

-¡No! No miento.

-¡Estás mintiendo! ¿Improvisas o lo pensaste de antemano? ¿Piensas que habrá una persona que dé crédito a tus palabras? Exigiré expertos especiales en la investigación.

-¡Exige! -le respondí suspirando.

-Ya hablé con Kliónov. Escribiremos una carta en el periódico.

-No, no la podrán escribir. No estoy engañando a nadie.

-¿A nadie? Yo sé muy bien por qué lo hiciste: por celos.

-¿Celos de quién? -pregunté riendo.

-¡Hasta te ríes, canalla! -exclamó.

Y, antes de que pudiera agarrar su mano, me golpeó en la cara con tal fuerza, que a duras penas me mantuve de pie.

-Canalla -repitió ella, ahogándose en lágrimas; y en el paroxismo de su cólera, empezó a gritar desenfrenada e histérica-: ¡Asesino! ¡Asesino! ¡Si no hubiera sido por Asáfiev, Oleg hubiese estado ahora muerto! ¡Muerto! ¡Muerto! ¡Muer...!

Una oscuridad súbita cortó sus gritos.

EL SUEÑO RABIOSO

Quedé ciego y sordo, mientras mi cuerpo paralizado caía al piso. No podía moverme, ni sentía nada, sólo el frío de la madera pulida en la sien. Ignoro las horas, minutos, quizá segundos, que se prolongó esta sensación. Perdí la noción del tiempo.

De pronto, la oscuridad se aclaró, como la tinta china en papel watman. Se veía un estrecho corredor, iluminado por una débil lámpara eléctrica, que terminaba bruscamente en una escalerilla escarpada conducente a. la luz diurna.

Permanecí parado, apoyando la cabeza en la pared pulida y agarrado al pasamanos que se extendía a todo lo largo del corredor.

Lena, parada ante mí, me miraba de otro modo, con una compasión incomprensible.

-¿Te mareaste? -inquirió-. ¿Tienes náuseas?

En realidad estaba mareado y sentía el suelo moverse como un columpio.

-Es por el cabeceo -aclaró ella-. Ya estamos entrando al puerto.

-¿Adonde? -indagué intrigado.

-Al puerto de Estambul, profesor. Despabílese.

-¿Qué dices?

Rió. Y yo , como antes, no podía atrapar el recuerdo de lo pasado. Esto era otra metamorfosis diabólica. Pasaba de un sueño a otro. ¡Era una función en colores!

-Salgamos a la cubierta. Allí, al viento, te sentirás mejor. -Diciendo esto, me arrastró consigo, agregando-: Además, miraremos cómo es la ciudad, aunque ya empieza a llover.

La lluvia no caía, sino que pendía en el cielo como una niebla. El panorama de la orilla, a través de la red de agua, parecía una mancha abstracta y amorfa donde fulgían, aislados y nebulosos, los minaretes y cúpulas azul y verde. Sobre nosotros se empujaban las nubes.

-Habrá que ponerse el capote -aseveró frunciendo el entrecejo y tapándose los ojos con la mano para evitar las pequeñas gotas de agua-: Espero que no bajes sin abrigo. ¿En qué camarote estás? ¿En el siete? Bueno, entonces espérame en la escala o en tierra. ¿Bien?

Ahora sabía el número de "mi" camarote. ¡Qué se le va a hacer! Buscaré mi capote. Las travesías por mares y países son siempre curiosas; hasta con lluvia y en sueños.

En el camarote, encontré a Sichuk agitado frente a su litera y metiendo apresuradamente en los bolsillos papeles y paquetes. Al verme, se turbó, y preguntó:

-¿Está lloviendo?

-Sí -respondí maquinalmente, preguntándome por qué los sueños me hacen tropezar con los mismos personajes-: ¿De qué te estás llenando los bolsillos?

Sichuk se desconcertó:

-No es nada... son souvenires para cambiar... ¡Así que está lloviendo! -musitó bajando la vista-. Qué malo. Nos agruparemos en el montón... sosteniéndonos mutuamente. Pero a pesar de esto, nos podríamos perder...

En este momento, recordé lo que Sichuk había hecho en la vida real en Estambul. En la realidad y no en sueños.

-¿Cómo se llama nuestro barco? -pregunté curioso.

-¡Qué! ¿Lo olvidaste? -inquirió a su vez, mirándome intrigado.

-No sé por qué no puedo recordarlo.

-Se llama "Ucrania". ¿Por qué? -indagó inquieto.

Todo coincidía. Este sueño tenía un mes de atraso. Mucho mejor, así podré cambiar el desarrollo de los acontecimientos.

Y, bostezando para darle confianza, repuse:

-Por nada. -Y diplomáticamente propuse-: Mejor no vamos: está lloviendo.

-¿A dónde no vamos?

-A tierra. Si vas, te harán recorrer bajo la lluvia museos, mezquitas y monumentos. Es aburrido. Sentémonos mejor en el bar y bebamos cerveza.

-¿Qué te ocurre? -exclamó riéndose-. ¡Estamos atracados en el último puerto extranjero y él quiere sentarse en un bar a beber!

-¿Por qué el último? Todavía faltan Varna y Constanza. Son ciudades muy bonitas.

-Y democráticas -dijo con sorna.

-¿Y sólo te gustan las de los países capitalistas?

-Yo pagué el pasaje y haré lo que quiera.

-Traicionarás por treinta monedas como Judas -le dije.

En el "Metropol", también en sueños, hablé sin rodeos con este Sichuk. Sin embargo, disparé al vacío, pues él, de todas maneras, no pudo conseguir el pasaje, ni realizó la travesía. Ahora lo sorprendía *in fraganti.*

-Sé muy bien lo que te traes entre manos -le dije-. En la primera parada del autobús hablarías con un policía y te irías a la embajada de los Estados Unidos. Sí, ¡no te agites, tranquilízate! Y allí, en la embajada, pedirías asilo político.

En el acto, Sichuk se transformó en una estatua de sal, como la mujer de Lot en la Biblia. Pero su inmovilidad fue efímera. El terror de saber que alguien conocía su más recóndita idea, brilló en sus ojos y desapareció. Como actor era excelente.

-Estás bromeando -dijo con aparente indiferencia, y alargó su mano hacia el capote.

-Sichuk, no estoy bromeando -le advertí.

-¿Qué significa esto?

-Que conozco tu intención y estoy dispuesto a impedirla.

-Qué interesante. ¿Y cómo? -preguntó con descaro.

-Muy simple. Te quedarás en este camarote hasta que zarpe el barco.

-El hipnotismo no influye en mí, así que, ¡largo de aquí! -gritó con insolencia y empezó a vestirse.

Me senté en el borde de la litera, cerca de la puerta, y envolví mi mano izquierda con el pañuelo.

Como soy zurdo, golpeo con el puño izquierdo, con la tensión de todos los músculos del brazo y el pecho. Cada golpe adquiere la carga complementaria de mi cuerpo. Así me había enseñado Sazhin, campeón de peso pesado de la URSS por los años cuarenta. En aquel entonces yo era muy joven y, con satisfacción, escuchaba sus consejos en la sala de entrenamiento adonde llegaba después del trabajo en la redacción. Allí le enmendaba los errores que cometía en las noticias que escribía: él quería ser periodista, y a cambio me enseñaba "algunos golpes". Él me decía: "Tú no serás un boxeador, naturalmente; estás un poco viejo y, además, te faltan muchas dotes... Pero en cualquier pelea te defenderás bien; sólo cuídate las manos". Sichuk, notando mis movimientos, preguntó:

-¿Para qué te envuelves la mano con el pañuelo?

-Para no golpearme los nudillos.

-¿Qué...? ¿Estás bromeando?

-Ya te afirmé, que no estoy bromeando.

-Sólo necesito gritar y...

-No gritarás -le interrumpí-. Te iría peor, pues les contaría todo lo que tramas y, adiós.

-¿Y quién te creerá?

-Creerán. En todo caso, en cuanto aparezca la duda, pensarán el cómo y el porqué... y no te dejarán bajar a la orilla.

-En ese caso yo también podría decir lo mismo de ti.

-Entonces nos quedaríamos los dos y resolveríamos todo en casa.

Sichuk se sentó frente a mí en su litera. Tenía puesto el capote y el quepi.

-Estás loco. Pero, ¿de dónde se te ha metido en la cabeza que quiero quedarme?

-Lo vi en mis sueños.

-Te estoy preguntando en serio.

-¿Y qué importancia tiene el saber cómo lo supe? Lo fundamental es que no me equivoco. En tus ojos veo que tengo razón.

-¡Serguéi, soy un ciudadano soviético!

-Tú eres un canalla. Ya lo sabía en el frente de guerra, pero no te pude desenmascarar a

tiempo.

En su cuello aparecieron manchas rojas; los dedos jugaban nerviosamente con los botones del capote, abrochando y desabrochándolos, quizás comprendiendo que su plan, tan meticulosamente calculado, podía frustrarse.

-No gritaré, por supuesto; no haré un escándalo -apuntó con tono lloroso-. Pero te doy mi palabra, que todo lo que piensas es absurdo, un absoluto absurdo.

-¿Qué tienes en los bolsillos?

-Ya te dije que recuerdos, tarjetas postales, etc.

-¡Enséñalos!

-¿Y por qué te los debo enseñar?

-Entonces no los enseñes y acuéstate en la litera.

Se levantó y dio unos pasos hacia la puerta, pero yo me apoyé en ella impidiéndole el paso.

-¡Déjame salir! -gritó entre dientes y me agarró por los hombros. Era mucho más fuerte que yo, aunque era tanto el miedo que tenía, que no reparaba en ello. Pero ahora se lanzó sobre mí sin titubeos.

-¡Déjame salir! -gritó de nuevo, tirando de mí hacia sí.

Le golpeé con la rodilla y retrocedió, luego, enconado, arremetió contra mí, tratando de pegarme con la cabeza; pero no lo logró, porque al pegarle en la mandíbula con el puño izquierdo, se tambaleó, desplomándose al suelo entre la litera y el lavabo. De su labio roto brotaba un hilillo colorado. El se lo tocó con los dedos y, al ver la sangre, lanzó un aullido lastimero-: ¡Socorro!

Y se paró en seco.

-¡Grita! -le dije-. ¡Grita más fuerte, si crees que me aterrarás!

Sus ojos se estrecharon destilando odio.

-De todas maneras, ¡huiré! -balbuceó-. La próxima vez, ¡huiré!

-Ten por lo menos el coraje de decirlo oficialmente, en alta voz. Di ante todos que no te gusta nuestro sistema y mendiga la visa en cualquier embajada. ¿Acaso crees que te detendremos? No, no lo haremos. Te dejaremos ir con satisfacción: no necesitamos basuras.

-Si es así, ¿por qué no me dejas salir ahora?

-Porque lo haces subrepticiamente, con engaños. Porque le juegas una mala jugada a los que creyeron en ti.

Sichuk saltó de su sitio y, enseñando los dientes, se precipitó de nuevo sobre mí: se lanzó, no porque intentara salir del camarote de cualquier manera; sino porque un odio ciego, enfermizo, lo había privado de la razón. Y de nuevo lo golpeé con la rodilla. Después de todo, las lecciones de Sazhin me fueron útiles. Esta vez, él cayó en una de las literas, golpeándose fuertemente en la pared del camarote. Creí que había perdido el conocimiento; mas él, tras moverse un poco, empezó a gemir. Tomé una toalla, la mojé en el lavabo y se la puse en el rostro.

En la puerta se oyeron unos toques. Miré de soslayo a Sichuk: permanecía inmóvil. Le quité el seguro a la puerta y bajé el picaporte... Ante mí estaba un hombre desconocido con el capote empapado.

-¿Irá usted a tierra, Serguéi Nikoláevich? -preguntó.

-No, no iré -respondí-. Mi compañero se siente mal. Quizás esté mareado. Me quedaré aquí con él.

Sichuk seguía inmóvil; ni levantó la cabeza. El hombre se alejó. Esperé un rato y, cuando sus pasos cesaron en el corredor, advertí a Sichuk:

-Me voy al bar y cerraré la puerta. ¡Perdón!

Cerré la puerta y eché a caminar hacia el bar; pero no llegué, porque otra vez la inesperada niebla me hizo regresar al conocido sillón del casco y los captadores.

Lo primero que escuché, fue el final de una conversación: los interlocutores evidentemente ignoraban mi despertar.

-No, "viajero por el tiempo" es anticuado. Yo diría mejor por la quinta dimensión.

-¿Y si es por la séptima?

-¿Cómo está ahora?

-Está sin conocimiento.

-No, ya tiene conciencia nuestra "rana viajera".

-¿Y el encefalograma?

-Está grabado por completo.

-Ya te dije que era un talento genuino.

-Enchufa el aislador.

-Querrás decir: desenchufa. Pon cero-tres, después, cero-diez. Deja que sus ojos se acostumbren.

La oscuridad se aclaró un poco, como si en algún lugar hubiesen hecho una ranura dejando pasar a través de ella un diminuto rayito de luz. Y comenzaron a surgir los objetos invisibles que me rodeaban. Cada segundo, hacíanse más visibles. Y luego, ante mis ojos, apareció el semblante de Zargarián.

-*Ave homo, amici te salutant.* ¿Hay que traducir?

-No, no es necesario -repuse.

El laboratorio estaba completamente claro. El casco de cosmonauta se desprendió con facilidad de mi cabeza y voló hacia arriba. El respaldo del sillón me empujó, como incitándome a levantarme. Me levanté. Nikodímov estaba sentado en su sitio de siempre invitándome a la mesa.

-¿Muchas emociones?

-Muchas. ¿Quiere que se las cuente?

-No, de ninguna manera. Está cansado. Cuéntelo mañana. Ahora necesita descansar y dormir como se debe: sin sueños.

-¿Lo que vi era un sueño?

-La información mutua la postergaremos hasta mañana -afirmó riendo-. Hoy, ni en su casa cuente nada. Lo importante es dormir y dormir.

-¿Dormiré? -inquirí dudoso.

-¡Vaya la pregunta! Después de la cena beba estas tabletas y mañana, de nuevo, nos encontraremos aquí, a las dos. Zargarián lo buscará.

-Yo lo acompañaré hoy también. Iremos a la velocidad del rayo -dijo Zargarián.

-Y no piense, ni recuerde nada. No se emocione -siguió diciendo Nikodímov-. Y a *urbi et orbi,* ni una palabra. ¿Hay que traducir?

-No, no es necesario.

AVANCE HACIA LA SOLUCIÓN DEL ENIGMA

Manteniendo mi palabra, solo en rasgos generales le relaté a Olga lo sucedido. Por lo demás, por mi parte no tenía ningún deseo de experimentar otra vez, aunque de reflejo, todo lo que había sufrido en los sueños artificiales. Así, ni le pregunté a Olga sobre lo que tenía cierta relación con lo ocurrido en mi nirvana. Sólo a la madrugada, sin poder contenerme, pregunté:

-¿No has recibido una invitación de la embajada de Hungría?

-No -repuso ella con asombro-: ¿Por qué?

No respondí. Y, tras pensar un rato, le pregunté de nuevo:

-¿Alguno de tus amigos se llama Fiódor Ivánovich? ¿Y quién es una tal Raisa?

-No sé -repuso ella mucho más asombrada-. Yo no tengo tales amigos. Aunque... espera... Ahora recuerdo. ¿Sabes quién es Fiódor Ivánovich? El director de la policlínica. No, no de la nuestra, sino de la del ministerio donde me invitaron a trabajar. Y Raisa es su mujer. Ella fue quien me propuso el trabajo en la policlínica. ¿Los has conocido en algún lugar?

-Mañana te contaré, porque ahora tengo sueño. Perdóname -le dije y me dormí.

Me desperté tarde, cuando ya Olga había salido al trabajo dejándome el desayuno sobre la mesa con el termo lleno de café. Yo, sin deseos de levantarme, permanecía recostado en la cama rememorando tranquilamente los sucesos del día anterior. Los sueños aparecidos en el laboratorio de Fausto se recordaban con facilidad y con una exactitud asombrosa. No eran sueños, sino una realidad concreta, viva, de la que se recordaban todos los detalles: el papel de la libreta en el gabinete del hospital; el color de los botones en el capote de Sichuk; el ruido de la sonda al caer al suelo y el sabor de la palinka de damasco. Recordé este enredo de Hoffmann y, después de pesar estos y otros factores, llegué a la extraña, pero convincente conclusión de que...

El timbre del teléfono interrumpió mis pensamientos y me hizo levantar de la cama. Era Kliónov quien llamaba, después de enterarse por medio de Zoia de mi encuentro con Zargarián. Tuve que cambiar de táctica:

-¿Sabes lo que es "tabú"?

-Por supuesto. ¿Por qué?

-Pues Zargarián es "tabú", así como Nikodímov y la telepatía. Todo es "tabú".

-¿Sí? Entonces, haré jirones mi ropa.

-Hazla jirones. A propósito, ¿tienes una casa de campo en Zhávoronki?

-Pero no en Zhávoronki, sino en Kupavna. Antes me habían propuesto uno de estos dos sitios, y yo elegí a Kupavna.

-Pero, ¿hubieras podido elegir a Zhávoronki?

-Naturalmente que hubiera podido. ¿Y por qué te interesa saber sobre esto?

-Me interesan muchas cosas. Por ejemplo: ¿quién es ahora el agregado de prensa de la embajada de Hungría en Moscú? ¿Kemenesh?

-¿No tienes encefalitis, por casualidad?

-Estoy preguntando en serio.

-Kemenesh es agregado de prensa de la embajada de Hungría en Belgrado. A Moscú no lo han enviado nunca.

-Pero, ¿lo hubieran podido enviar?

-¡Ah!, comprendo. Estás escribiendo una tesis sobre el modo subjuntivo.

Quedé pensativo. Kliónov casi había adivinado. Yo tropezaba muchas veces con el modo subjuntivo en mis intentos por desentrañar el enigma que me rodeaba: ¿qué hubiera pasado si... si... Oleg no hubiese muerto cerca del Danubio? ¿si yo me hubiese casado con Galia, en su lugar? ¿si, después de la guerra, hubiera ingresado en la facultad de medicina y no en la periodística? ¿Si Olga hubiese aceptado el trabajo en la policlínica del ministerio? ¿Si Tibor Kemenesh hubiera llegado a Moscú como agregado, en vez de a Belgrado? ¿Si, si... si...? Yo hubiese podido estar en la recepción de la embajada de Hungría, hubiera podido viajar alrededor de Europa en el. barco "Ucrania", hubiese podido ser Doctor en Medicina y operado a Oleg vivo y hubiera hecho otras cosas, sí... De este modo subjuntivo provenían todas las diabluras a lo Hoffmann.

Y aún otro "si". Si lo que vi donde Zargarián no fue un sueño, sino el desarrollo hipotético de la vida. Si el periodista Grómov hubiera podido ser en un tiempo determinado el cirujano Grómov, ¿por qué el cirujano Grómov no hubiese podido ser el periodista Grómov? Lo era cuando estaba en el bulevar de Tverskói: en un instante lleno de nieblas color lila.

En aquel momento Hide irrumpió en el cuerpo de Jekyll desde el sillón muelle de algún laboratorio, ya que posiblemente él tenía también sus Nikodímov y Zargarián.

En este caso, Zargarián, Nikodímov y yo, por igual, participábamos en vidas paralelas, sin puntos de intersección, que se desarrollaban simultáneamente. ¿Y cuántas eran? ¿Dos? ¿Cinco? ¿Seis? ¿Cien? ¿Miles? ¿Y dónde transcurrían estas vidas? ¿En cuál espacio y qué tiempo? Aquí recordé la conversación sostenida entre Galia y Hide sobre la multiplicidad de los mundos. ¿Y si ésta no es una hipótesis fantástica, sino un descubrimiento científico, la solución de uno de los secretos de la materia?

Pero, si el intelecto de los genios se niega a aceptar tales explicaciones, tanto más el mío, carente de entrenamiento en las ciencias exactas. Tan sólo debía quejarme de nuestra limitada cultura humanista: me faltaba cabeza hasta para pensar y meditar sobre el problema que se abría ante mis ojos.

Así, pensativo, me encontró Galia al entrar en mi habitación de paso hacia el trabajo. Ella, informada por Olga de mi visita a Zargarián, no pudo soportar la curiosidad de saber si había encontrado la llave del enigma.

-La encontré -le dije-; pero aún no puedo darle vueltas en la cerradura.

Después, le hablé del sillón en el laboratorio de Fausto y de mis tres "sueños". Ella mantuvo un largo silencio y luego preguntó:

-¿Y envejeció?

-¿Quién?

-Oleg.

-¿Y qué quieres? Ya han pasado veinte años.

Quedó meditabunda. Y en mi mente surgió la duda de que lo personal podría en ella imperar sobre la curiosidad científica; mas, me equivoqué.

-Lo interesante es lo otro -afirmó, y calló; luego agregó-: Me dices que lo viste más viejo, con arrugas y una cicatriz que no existía. Pero, ¡eso es imposible!

-¿Por qué?

-¿No has leído a Pávlov? Tú no puedes ver en sueños lo que no has visto en la realidad. Los ciegos de nacimiento no ven sueños. ¿A cuál Oleg conoces? Al niño, al joven. Entonces, ¿de dónde han surgido las arrugas de un hombre de cuarenta años y la cicatriz en la sien?

-¿Y si esto no es un sueño?

-¿Acaso tienes la explicación? -quiso saber inquieta.

Al verla creí que ella sospechaba la explicación que me parecía más factible y terrorífica.

-Por ahora -repuse-, sólo intento explicarlo. Todos tratan de confrontar mi historia con los "sueños..." si Hide le hace tal broma a Jekyll, entonces, ¿por qué no pueden trocarse los papeles?

-¡Bah! Mística.

-¿No recuerdas tu conversación con Hide sobre la multiplicidad de los mundos? ¿De las vidas y mundos paralelos?

-Eso es absurdo -replicó, tratando de eludir la pregunta.

-Tú, simplemente, no quieres pensar en serio -le reproché-. Es mucho más simple decir: "es absurdo". Así también hablaban sobre la hipótesis de Copérnico.

No intenté abrumarla con la hipótesis de Copérnico; pero la obligué a pensar en mi hipótesis.

-¿Mundos paralelos? -se preguntó-: ¿Y por qué paralelos?

-Porque no tienen puntos de intersección.

Galia se echó a reír franca y desdeñosamente:

-No escribas libros de ciencia ficción. Para eso no tienes dotes. ¿Mundos sin puntos de intersección? ¿Y Zargarián y Nikodímov encontraron el punto de intersección? ¿La ventana al antimundo?

-¡Quién sabe! -repuse.

De esto supe sólo dos horas más tarde, en el laboratorio de Fausto.

¡SÉSAMO, ÁBRETE!

Entré al laboratorio de Fausto, nervioso, asustado, como en los exámenes. Recordaba una y otra vez los "sueños" -por costumbre, así los llamaba, aunque tenía la plena convicción de que no eran sueños-, y sopesaba cada una de sus circunstancias y detalles, y llegaba a conclusiones.

-¿Ya lo tiene preparado? -preguntó Zargarián alegre al recibirme.

-¿Qué?

-El relato, por supuesto.

Me miraba de soslayo, con burla. Y, en el acto, mi desconcierto fue reemplazado por la rabia:

-Su tono no me gusta.

Una larga risa fue su respuesta:

-Desembuche todo lo que no le guste. El grabador aún está desconectado.

-¿Cuál grabador?

-"Yauza-diez". Tiene un sonido maravillosamente limpio.

No me sentía preparado para esto. Una cosa es hablar simplemente y otra hablar frente a un magnetófono. Me turbé.

-Siéntese y comience -me animó Nikodímov-. Deje, pues, un vestigio en la ciencia. Imagínese que frente a usted hay una linda estenógrafa.

-Pero sin relatos inverosímiles -agregó Zargarián con escarnio-: la cinta es supersensitiva y se apagaría en el acto.

Como un niño, le saqué la lengua: mi embarazo había desaparecido como por arte de magia.

Comencé mi narración, y, mientras más la prolongaba, se hacía más pintoresca. No solamente relataba, sino que, mirando el pasado, aclaraba y comparaba, parangonando la realidad con lo visto, y mis emociones con las imágenes posteriores. La afectada ironía de Zargarián se disipó *ipso facto*: escuchaba apasionadamente, interrumpiéndome sólo para cambiar el carrete del grabador. Yo resucitaba todo lo vivido en el sillón: el odio de Lena en el hospital; el rostro de Sichuk contraído por la rabia; la sonrisa mortecina de Oleg, en la mesa de operaciones; todo lo que recordaba, lo que me había estremecido y me estremece al grabar en la cinta esos recuerdos vivos.

-O sea, que no ha visto todavía la galería -apuntó Zargarián, meditabundo y acongojado. Ni el camino hacia el lago. ¡Qué pena!

-Espera, Rubén -prorrumpió Nikodímov-. El asunto no está ahí precisamente. Observa cómo las fases son casi idénticas: la misma época, las mismas personas.

-No por completo.

-Existen, por supuesto, desviaciones insignificantes.

-Pero existen.

-Matemáticamente, no existen.

-¿Y la diferencia en los signos?

-¿Acaso eso cambia al hombre? Sólo el tiempo, quizás. Si se lograra la fase negativa, posiblemente se realizaría un tiempo de encuentro.

-No estoy convencido. Quizás exista sólo otro sistema de referencia.

-De todas maneras exclamarán: ¡Eso es una ficción! Pero, ¿y dónde dejaremos el raciocinio?

-Si no pecas contra la razón, no lograrás nada en el mundo. ¡¿Sabes quién lo dijo?! Einstein.

La conversación seguía siendo incomprensible para mí. Tosí.

-Perdone -dijo Nikodímov turbado-. Nos apasionamos demasiado. Sus sueños no nos dejan tranquilos.

-¿Son sueños? -indagué dudoso.

-¡Ah!, ¿duda? Eso quiere decir que ha pensado en ello. ¿No cree que sería mejor empezar a aclararlo con su explicación?

Recordando la carcajada de Galia y sin temor a escucharla de nuevo, repetí obstinado el mito sobre los Jekyll y Hide que se encuentran en los cursos del espacio-tiempo. En mi relato imperaba el antimundo, la multiplicidad de los mundos y la mística; porque no tenía otra explicación. ¿Y en qué otra cosa podría creer?

Nikodímov ni se rió, sólo preguntó:

-¿Ha estudiado física?

-Sí, pero apenas un curso elemental -repuse mientras pensaba: "ahora empezará lo terrible". Sin embargo, Nikodímov sólo acarició su barbita y afirmó:

-Buena preparación es ésa. Y con la ayuda de esos conocimientos, ¿cómo se imagina la multiplicidad de los mundos? Digamos, por ejemplo, en las coordenadas cartesianas.

Escrutando mi memoria, encontré la utopía de Wells, donde mister Barnstaple recorre un camino sin doblar hacia los lados. Así se lo relaté a Nikodímov.

-Excelente -apuntó Nikodímov-, empezaremos desde ahí. ¿Con qué compara Wells nuestro espacio tridimensional? Con un libro en el cual cada página es un mundo de dos dimensiones. Siendo así, sería posible suponer la existencia en nuestro espacio multidimensional de mundos vecinos tridimensionales que se desarrollasen paralelos, relativamente, en el tiempo. Esto es según Wells. Cuando él escribió su novela, después de la Primera Guerra Mundial, el genial Dirac era aún muy joven. Dirac logró fama en los años treinta, al exponer su brillante teoría. Usted, naturalmente, se imagina lo que es "el vacío de Dirac".

-Más o menos -afirmé con cautela-. En general no es un vacío, sino algo así como una papilla neutrina-anti-neutrina, como el plankton en el mar.

-Muy metafórico; sin embargo, no deja de tener sentido -aceptó Nikodímov-. Así, este plankton formado por partículas elementales y este gas neutrino-antineutrino, forman como si fuera una línea divisoria entre el mundo con el signo de "más" y el mundo con el signo de "menos". Hay científicos que buscan el antimundo en otras galaxias; yo prefiero buscarlo aquí, junto a nosotros. Y no sólo busco la simetría mundo-antimundo, sino lo infinito de esa simetría. Así como en el ajedrez hay una variedad infinita de combinaciones, aquí también hay una variedad infinita de mundos y antimundos coexistentes. ¿Y cómo me imagino tal coexistencia? ¿Cómo una existencia geométricamente aislada, estable? No, de un modo completamente distinto. De una forma simple, pienso en lo ilimitado de la materia, en la eternidad de su movimiento capaz de crear todos estos mundos por una coordenada desconocida, o más bien, por cierta sucesión de fases...

-Entonces, ¿dónde está el movimiento corriente? -interrumpí perplejo-. Yo también soy una partícula de materia; sin embargo, me muevo en el espacio independientemente de vuestro cuasimovimiento.

-¿Por qué "cuasi"? Simplemente uno no depende del otro. Usted se mueve en el espacio independientemente de su propio movimiento en el tiempo; envejece por igual, ya en su casa, como en la calle. Pues, esto mismo ocurre aquí. Por ejemplo: en un mundo usted puede viajar en barco, y en otro, al mismo tiempo, puede jugar al ajedrez o comer en su casa. Además, en la repetición ilimitada de mundos, usted puede viajar, trabajar, enfermarse; aunque en otra cantidad incontable de mundos semejantes puede no existir, ya sea a causa de un accidente o por el hecho de que no nació. Espero que me haya comprendido.

-Sí, he comprendido.

-Necesita un ejemplo vivo para comprender, afirmó Zargarián. -Y, mirándome fijamente, agregó-: Imagínese un film. En un cuadro usted vuela en un avión, en otro dispara con una pistola, en otro es matado; en uno crece un árbol y en otro fue cortado; en uno la estatua de Pushkin está en el bulevar de Tverskói y en otro en el centro de la plaza. En una palabra, una vida en cuadros moviéndose, digamos, verticalmente, de abajo hacia arriba y al revés. Ahora, imagínese esta vida en cuadros, pero moviéndose horizontalmente desde cada cuadro, ya sea a la derecha o a la izquierda. He ahí un modelo aproximado de la materia en el espacio multidimensional. ¿Y cuál es la diferencia esencial entre el modelo y el objeto modelado?

No respondí. ¿Para qué adivinar?

-En que no hay cuadros idénticos; pero sí mundos.

-¿Mundos parecidos?

-No sólo parecidos -prorrumpió Nikodímov-. Aún no conocemos la ley por la cual se mueve la materia en esta dimensión. Tomemos como ejemplo la ley sinusoidal, la más simple, una sinusoide corriente: la variación más ínfima de la curva nos da la correspondiente

variación de la función; o sea, otro mundo. Pero dentro de un período obtendremos aquel mismo valor del seno y, en consecuencia, aquel mismo mundo; y así sucesivamente hasta lo infinito.

-¿Quiere decir, que yo hubiera podido caer en un mundo como el nuestro? ¿Exactamente igual?

-Sí, y no hubiese notado la diferencia -respondió Zargarián.

-¿Y cómo se explica mi caso en el bulevar?

-Como lo explica usted: Jekyll y Hide.

-¿O sea, que Grómov llegó de otro mundo?

-Justamente. Posiblemente otros Zargarián y Nikodímov le cambiaron la conciencia a su "gemelo". Esto sucedió lentamente, no al instante. Su conciencia se opuso a la de Hide, luchó -aquí surgió ese dualismo de los primeros momentos-, después se sometió al agresor.

En el transcurso de la conversación, expresé la opinión de que mi desdichado episodio en el hospital fue un cambio de visitas. Nikodímov, dudando, dijo:

-Es posible, pero poco probable. Este era un Grómov parecido en muchos aspectos a su agresor: la misma profesión, el mismo grupo de conocidos, la misma situación familiar...; pero, ya le hablé sobre la posibilidad de identidad...

-Metafóricamente hablando -interrumpió Zargarián-, estuvimos en mundos cuyas fronteras tocan la nuestra, la rozan interiormente. Los llamaremos -convencionalmente por supuesto-: mundos cercanos. Pero son más interesantes aquellos mundos que cruzan el nuestro o que no tienen ningún roce con nuestro mundo. Allá, el tiempo o se atrasó o se adelantó. ¡Y quién sabe cuántos años! -Se detuvo; luego agregó como hablando consigo mismo-: "*Tras cualquier abedul conocido desde hace tiempo..., en la oscuridad, surge de pronto lo misterioso, lo ignorado, lo raro y desconocido...*"

-No calle, continúe -repuse con malicia, recordando esos mismos versos-: Luego, dice: *"...qué triste es el viaje a lo desconocido. No todos llegan allá, a lo ignorado..."*

En la mesa empezó a sonar el teléfono.

-No todos... -repitió Nikodímov pensativo-: Nuestro jefe no llegará allá.

El teléfono seguía sonando.

-Hablando de Roma... ¡No te acerques!

-De todas maneras nos encontrará.

El viaje a lo desconocido fue postergado hasta el encuentro de la tarde en el restaurante "Sofía", donde estaba asegurada una libertad completa, lejos de los jefes.

NOSCE TE IPSUM

No había nadie para conversar sobre lo ocurrido. Olga se retrasaba en la policlínica y Galia todavía no llamaba. A Kliónov, por su insoportable didáctica, lo evitaba cautelosamente. A causa de esto, huí también de las reuniones de la redacción.

Vagaba por la ciudad, para no llegar demasiado temprano al restaurante y esperar tontamente frente a su entrada. Me senté frente a la estatua de Pushkin esforzándome en concentrar mis pensamientos; pero lo oído por la mañana era tan nuevo y asombroso, que no podía meditar. Al fin, mi pensamiento empezó a valorar mi encuentro con los científicos: ¿qué encuentro era éste? ¿un éxito para un periodista o una amenaza para su vida, amenaza que encierra lo incógnito? Creí que era un éxito o, más bien, una suerte para un periodista. Si los conejos de experimentación pudieran razonar, seguramente se enorgullecerían de su contacto con los científicos. Me enorgullecía también yo. Yo había leído que los científicos se dividen en dos clases: románticos y clásicos. Clásicos son aquellos quienes desarrollan lo nuevo en base a lo viejo que ha sido afirmado y corroborado por la ciencia. Los románticos son los soñadores: los que se interesan por las ramas cercanas y lejanas del conocimiento. Desarrollan lo nuevo, no sólo con la ayuda de lo viejo; sino, frecuentemente, con la ayuda de asociaciones completamente inesperadas. Mi admiración por este último tipo de científicos, la

expresé en el artículo que publiqué en una revista. Sólo los románticos son capaces de pecar contra la razón así, tan brillante e irrazonablemente. Y confieso que quisiera seguir tomando parte en este pecado.

Tales fueron los pensamientos que me acompañaron hasta la cita, a la que llegué un poco retrasado. En la puerta del restaurante me esperaban ya, el sonriente Zargarián y el modesto Nikodímov, opacado ante él, con un saco severo y pasado de moda. A Nikodímov le hubiese quedado muy bien el cuello alto almidonado que usaban a principios de siglo, pues poseía una severidad antiquísima. Por el contrario, Zargarián era sin lugar a dudas irresistible con su traje de dacron y su corbata juvenil.

Entramos y nos sentamos en una mesa solitaria que ocupaba un ángulo de la sala.

Después de comer, Zargarián, vertiendo coñac en las copas, dijo:

-Mi primer brindis será por los encuentros casuales.

-¿Por qué casuales? -inquirí.

-Usted no puede imaginarse el papel que juega en mi vida la casualidad. Casualmente conocí a Zoia y, por casualidad, por medio de ella, a usted. Hasta a Pável Nikodímov lo conocí de modo ocasional. Sucedió hace años, cuando leí un día su artículo sobre la concentración de biopolos sub-cuánticos, en el "Boletín de la Academia de Ciencias". Resultó ser, que nos acercábamos al mismo problema por diferentes caminos.

Recordé las palabras de Kliónov, las cuales afirmaban que ambos trabajaban en diferentes ramas de la ciencia. Quise preguntárselo, mas Zargarián, como comprendiendo mi pensamiento, agregó riendo:

-¡Qué extraña unión de física y neurofisiologia!

-¿Acaso lee el pensamiento? -pregunté inquieto.

-¿Y por qué no? Soy telépata. He estudiado profundamente mi especialidad; sin embargo, lo que más me atrae son los sueños. ¿Por qué vemos en los sueños, frecuentemente, aquello que no hemos visto en la realidad? ¿Cómo podríamos vincular este hecho con la doctrina de Pávlov, la que afirma que el sueño es un reflejo de la realidad? ¿Qué excitaciones ejercen influencia, en estos casos, sobre las células del cerebro? ¿Acaso las habituales: táctiles, sonoras, visuales, olorosas y auditivas? Si no es así, entonces debe existir una nueva variedad de excitación, desconocida hasta ahora...

En este momento comprendí, por qué mis sueños le habían llamado la atención: no eran reflejos de la realidad. Tales sueños eran vistos por muchas personas; pero les faltaba estabilidad: se olvidaban, se volatilizaban en la conciencia -como dijo Zargarián-, y, principalmente, no se repetían...

-Razonaba de este modo -continuó él-: según Pávlov. los sueños reflejan la realidad; mas si la persona sometida a prueba no la ha visto, entonces la ha visto otro. ¿Pero quién? ¿Y quién? ¿Y de qué modo lo visto por otro se graba en su conciencia?

Aquí le interrumpí:

-¿Entonces la galería, la calle y el camino hacia el lago con los que soñé, son sueños ajenos?

-Sin lugar a dudas.

-¿De quién?

-En aquellos años aún lo desconocía. Tenía la suposición de que era a causa de una transmisión hipnótica. Pero, el hipnotismo no existe de un modo fortuito, mágico, sino que es producto de una relación entre individuos, siempre dirigida del hipnotizador al hipnotizado. Sin embargo, en algunos casos no es así. Hice conjeturas sobre la transmisión telepática -en parapsicología, llamamos inductor al cerebro transmisor de señales y perceptor al que las recibe-, y, no pude encontrar al inductor. Como ejemplo característico están sus sueños estables. ¿Quién se los transmitió? ¿De dónde? Usted se perdía en suposiciones y conjeturas. Asimismo me perdía yo, inclinado a creer en otras existencias del hombre, en otra fase, quizás en otro mundo. Pero como todo esto era mística, me encontré ante una puerta cerrada. Me la abrió Pável Nikítich, o, más bien, su artículo. Cuando lo leí, exclamé: "Sésamo ábrete". ¿No

fue así, Pável Nikítich?

-Casi -afirmó Nikodímov bondadosamente-. Es una pena que hayas omitido los detalles más pintorescos. Sésamo no se abrió tan fácilmente. ¡Cuánto sufrí viviendo como un lobo y en desarmonía con la gente! Mi asistente -después huyó cuando empezaron a presionarnos- te tomó por loco. Recuerdo que hasta llamó por teléfono al psiquiatra. Sin embargo, ni esto te detuvo. Así comenzó nuestra colaboración, a partir de un encuentro casual. Por esto apoyo tu brindis.

-¿Y qué pasó después? -inquirí-: De la idea a la prueba experimental hay un largo trecho.

-Por ese trecho nos deslizamos lentamente. La idea matemática nos condujo a la física de los campos. Y empezamos desde las corrientes biológicas, ya que las corrientes biológicas del cerebro no son más que campos electromagnéticos que surgen en sus células nerviosas. En las radiaciones de estas corrientes biológicas, se forma un campo de energía único: la conciencia y la subconsciencia. Tomaremos ahora su propia analogía. Los campos de Jekyll y Hide son semejantes, pero incompatibles o, como decimos, antipáticos. Mientras usted está en vela, mientras su cerebro está ocupado, la antipatía de los campos permanece constante y sin cambio; pero en cuanto usted se duerme, el cuadro cambia, la antipatía se debilita y los campos de los "gemelos" se encuentran mutuamente y su sueño repite involuntariamente lo visto por la otra persona. Y para que Jekyll pueda transformarse en Hide se necesita una completa unión de los campos, posible sólo en caso de una actividad excepcional del campo inductor. Y he aquí que, esta actividad excepcional, la hemos encontrado en usted.

Aunque mi mente no podía comprender todas las ideas de Nikodímov, las escuchaba embelesado. Algunas veces me perdía en su laberinto diabólico de campos "gemelos", frecuencias y ritmos; pero, haciendo un gran esfuerzo, atrapaba el hilo de la conversación, obteniendo como resultado un discurso roto por puntos suspensivos.

-...por los experimentos, hemos llegado a la conclusión de que cuando existe una transmisión recíproca de campos, se activan las ondas de frecuencias mucho más amplias que el habitual ritmo alfa. Esta nueva clase de frecuencia la llamamos ritmo kappa. Y mientras más grande es la frecuencia de las ondas kappa más claro es el sueño captado por el receptor durmiente. En consecuencia, no era difícil ya deducir cierto desarrollo conforme a una ley: la superposición completa de los campos está relacionada con el aumento brusco de las frecuencias. Así surgió el transformador de corriente biológica. Creando una corriente dirigida de irradiación, nosotros mezclamos su conciencia con la conciencia idéntica a ella encontrada tras los limites de nuestro mundo tridimensional. Como es natural, estamos en la primera etapa del camino. El movimiento del campo por la sucesión de fases, hasta ahora es caótico, y carecemos del poder de dirigirlo, por lo tanto no podemos señalar con exactitud dónde usted volvería en sí: en el presente, el pasado o en el futuro. Son necesarias decenas de pruebas más...

-Estoy a su disposición -lo interrumpí.

Nikodímov no respondió.

La voz ronca e infantil de un cantante, rodaba por el sonoro salón, sobre las cabezas hirsutas o calvas de los clientes, sobre los cristales ennegrecidos de vino; sorprendía por su fuerza y limpieza de sentimiento, en este restaurante lleno de humo.

-Como el tema de la canción -dijo Zargarián, obligándome a prestarle atención *a* la letra de la melodía.

"Tú eres mi destino -cantaba el joven-, tú eres mi felicidad..."

-Usted es nuestro destino -repitió Zargarián, serio y con solemnidad-, y quizás nuestra felicidad.

Turbado, desvié la vista hacia otro lado. Ser la felicidad o el destino de alguien, es sin lugar a dudas agradable.

Nikodímov, en el acto, atrapó mi movimiento nervioso y el pensamiento vanidoso que se ocultaba detrás de él:

-Pero, posiblemente también nosotros seamos su destino. No debe olvidar que sabrá mucho

más aún y, ante todo, de sí mismo, pues usted es sólo una parte de la materia viva que es "usted" en el eterno y complicado espacio-tiempo. En una palabra, repito la sentencia de los antiguos romanos: *nosce te ipsum* (conócete a ti mismo).

Estaba preparado para conocerme a mí mismo en todo el conjunto de dimensiones, fases y coordenadas; pero no le comuniqué a Olga esta resolución, sino que en pocas palabras la informé sobre la conversación con los científicos, prometiendo relatarle todo con más detalles al día siguiente. Era el día de su cumpleaños. Ese día, por lo general, lo festejábamos a solas; mas esta vez invité a Galia y Kliónov. Quise convidar a Nikodímov y Zargarián, a los culpables de que apareciera en mi vida lo inesperado -si no lo maravilloso-, hasta hice alusión al cumpleaños cuando todavía estábamos sentados en el restaurante; mas Nikodímov se mostró frío al escuchar mis palabras, porque no comprendió o por estar distraído. Zargarián, al notar mis intenciones, musitó: "Déjalo, de todas maneras no irá; es huraño; él mismo lo reconoce. Yo, en cuanto pueda escaparme, iré, pues no hemos terminado nuestra conversación sobre el autoconocimiento, ¿eh? Debo advertirle que posiblemente me retrase, así que no se desespere".

El día del cumpleaños de Olga, y en presencia de Galia y Kliónov, relaté lo vivido durante la prueba en el sillón, así como la conversación posterior sostenida con los científicos. Este relato provocó en ellos un delirio maniático. Kliónov, indeciso, carraspeó.

Galia, ruborizada, y excitada, exclamó:

-¡Yo no creo eso!

-¿Qué no crees?

-No creo nada. Eso es un disparate. Te están engañando simplemente.

-Bueno, ¿y para qué lo harían? -prorrumpió Kliónov-. ¿Con qué objeto? Sabemos que Zargarián y Nikodímov son individuos muy serios. No andan detrás de la propaganda. Por lo demás, tampoco son hombres capaces de lanzar ideas cuasicientíficas.

-Todo lo nuevo en las ciencias, todos los descubrimientos, nacen de la experiencia del pasado -afirmó Galia con calor-: ¿Y dónde ves tú aquí la experiencia?

-Lo nuevo frecuentemente refuta lo viejo.

-Existen diferentes clases de refutaciones.

-Exacto, estoy de acuerdo. Pero, ni a Einstein le creían: "¡No faltaba más! ¡Refutar a Newton!"

Olga, obstinada en permanecer callada, no intervenía en la discusión, hasta que Galia le llamó la atención:

-¿Y tú, por qué callas?

-Por miedo.

-¿Miedo a qué?

-Ustedes discuten sobre concepciones abstractas; sin embargo, Serguéi tomó parte directa en el experimento. Y, por lo que sé, no se detendrá ahí. Y si es verdad todo lo que cuenta, es poco probable que el cerebro de una persona corriente lo soporte.

-¿Y tú estás convencida de que soy una persona corriente? -inquirí bromeando.

No contestó. Galia y Kliónov retomaron la conversación. Me vi obligado a responder decenas de preguntas, repitiendo una y otra vez mi relato sobre lo sucedido en el laboratorio de Fausto.

-Si Nikodímov prueba su hipótesis -dijo Galia vencida-, hará una revolución en la física. Si la prueba, naturalmente -agregó con testarudez-, pues el experimento de Serguéi no es aún una prueba convincente.

-A mí me interesa otra cosa -dijo Kliónov, pensativo-. Si *a priori* tomáramos como verdadera la hipótesis, entonces surgiría la pregunta no menos importante: ¿cómo se desarrolla la vida en cada fase espacial? ¿Por qué estas fases son semejantes? Yo no hablo de su aspecto físico, sino social. ¿Por qué en cada transformación de Serguéi, Moscú es el Moscú actual, o de la postguerra, y no de Rusia zarista? Porque si la hipótesis de Nikodímov resulta verdadera, ustedes comprenderán, que lo primero que preguntarían en el occidente, históricos,

políticos, sacerdotes y periodistas, sería: ¿Es o no es obligatoria la semejanza social en todos los mundos? ¿Es o no obligatorio un desarrollo histórico idéntico?

-Nikodímov habló sobre mundos con otros tiempos, y, quizás con tiempos contrarios. Teóricamente, se podría caer en el período de neanderthal o en el del primer cohete terrestre interestelar. No hablo de eso -objetó Kliónov-. Por más genial que sea el descubrimiento hecho por Zargarián y Nikodímov, no puede dejar pasar por alto la importancia del aspecto social de cada mundo. Para la ciencia marxista todo es claro: la semejanza física presupone semejanza social. En todas partes, el desarrollo de las fuerzas productivas determina el carácter de las relaciones de producción. ¿Te imaginas qué dirían los apologistas de las personalidades y casualidades? Siendo así, los bárbaros no hubiesen llegado a Roma, ni los tártaros a Kalka. Washington pudo haber perdido la Guerra de Independencia en EE.UU., y Napoleón ganar la batalla de Waterloo. Lutero pudo no haber sido quien encabezó la Reforma, y Einstein no hubiese descubierto la teoría de la relatividad. Este desarrollo histórico dependiente de la casualidad, ha sido llevado por Bradbury hasta el absurdo. Un viajero en el tiempo, por casualidad, aplasta una mariposa en el período antediluviano y esto es suficiente como para que cambie el cuadro de las elecciones presidenciales en EE.UU.; en vez del progresista y radical, es elegido un fascista y oscurantista. Nosotros sabemos que a Goldwater no lo hubiesen elegido de todas maneras, aun si hubieran aplastado a todos los dinosaurios de la era proterozoica. Y si Napoleón hubiera triunfado en Waterloo, lo hubiesen derrotado en cualquier otro sitio. Y en lugar de Lutero, otro hubiese encabezado la Reforma. Y si no hubiese existido Einstein, otro de todas maneras hubiera descubierto la teoría de la Relatividad. Hace más de cien años, Belinski, aún sin llegar hasta el materialismo histórico, escribió: "En la naturaleza y en la historia, domina una necesidad interna, severa e irrevocable, y no la ciega casualidad".

Kliónov hablaba con el tono sentencioso de un conferenciante, lo cual me enfureció, y, por contradecirle, pregunté:

-Bueno, imagínate que en uno de los mundos vecinos no existió Hitler. No nació. ¿Hubiera habido guerra o no?

-¿Tú mismo no te puedes contestar? ¿Y Göering, Goebbels, Keitel? A cualquiera de ellos los grandes financistas le hubiesen dado la batuta de director. Ya veo tu gran misión histórica, Serguéi. No te rías; es justamente una gran misión. No sólo demostrar la hipótesis de Nikodímov, sino fortalecer la posición de la concepción marxista de la historia de que la lucha de clases ha determinado y determina siempre el desarrollo de la sociedad, en todos los lugares, ya sea aquí como en todas las fases.

Y cuando la conversación se hubo transformado en una discusión rabiosa y testaruda, llegó Zargarián con un ramo de flores.

Atrapó el hilo de la conversación, contó quiénes posiblemente obtendrían el premio Nobel, habló de su reciente viaje a Londres; cruzó palabras con Galia sobre el futuro de la técnica del láser y con Olga sobre el papel del hipnotismo en pediatría y encomió un artículo de Kliónov en la revista "Ciencia y Vida". En diez minutos, su elocuencia y erudición subyugaron a Galia y Olga, transformando el tono sentencioso de Kliónov en la atención respetuosa del estudiante. Sin embargo, según me pareció, él tenía el propósito deliberado de llevar la conversación por un camino lejano a nuestro experimento, porque no hablaba de él, ni de mi participación. Y cuando el reloj marcó las once de la noche, comprendiendo mi mirada perpleja, me dijo con su sonrisa habitual:

-Sé muy bien, en qué está pensando: "¿por qué Zargarián calla lo del experimento?" ¿Adiviné? Bueno, callé porque no quería irme rápido a casa. Si hubiesen escuchado lo que les diré, no hubiera habido más conversación. ¿Está intrigado? -inquirió riendo-. Todo es muy claro. Mañana deseamos realizar otro experimento y deseamos su participación. "

-Estoy a su disposición -le dije.

-No se apresure -rogó con una voz seria, quizás inquieta-. La nueva prueba es mucho más larga que las anteriores. Quizás se prolongue por unas horas, quizás un día... En segundo

lugar, la prueba está calculada para fases más lejanas. Digo "lejanas", para que sea comprensible. No se trata de distancia, pues ésta no podemos determinarla, ni su concepto tiene significación para la actividad de las corrientes biológicas, sino de otra cosa desconocida aún. Como sabemos, la difusión de la radiación, en nuestro caso, es casi instantánea, no dependiendo ni de la situación espacial de las fases, ni del signo del campo. Y le debo advertir, Serguéi Nikolaévich, que ignoramos hasta qué punto arriesga su vida.

Olga quedó en silencio, aterrada.

Galia, inquieta, preguntó:

-¿Entonces, es peligroso?

-Me es difícil responder con certeza a su pregunta -repuso Zargarián, por lo visto, sin tratar de ocultar nada-: Si la puntería fallara, nuestro convertidor podría perder el control sobre el biocampo superpuesto. Ignoramos cuáles serían las consecuencias para el sujeto de experimentación. Ahora, imagínense otra cosa; en este mundo él está inconsciente, en el otro su conciencia la posee otro, digamos, que vuela en un avión. ¿Qué sucedería con su conciencia en caso de una catástrofe? Esto lo desconocemos. Desconocemos si el convertidor tendría tiempo para reconectar el biocampo, si se apagaría, o si, simplemente, morirían dos personas: en este mundo y en el otro.

A Zargarián le respondió el silencio, un silencio sepulcral.

Se levantó y dijo:

-Ya le había dicho que, después de mi declaración la conversación mundana hubiera desaparecido. Decida libremente, Serguéi Nikoláevich. Vendré por usted mañana y con respeto lo escucharé, aunque se niegue a tomar parte en nuestros trabajos.

Los acompañamos en silencio; y en silencio regresamos a la habitación. Galia, tras el largo silencio que flotaba en el ámbito, me preguntó a la cara:

-¿Estás esperando mi consejo?

Silenciosamente, me encogí de hombros: "¿qué significación podría tener su «sí» o su «no»?"

Y agregó:

-Ya creo en este delirio. ¡Imagínate! Si yo hubiera servido para esto y me lo hubiesen propuesto, como a ti... no pensaría mucho en la respuesta. En cuanto al consejo... ¡Bah! Que Olga te aconseje.

-Yo no te voy a disuadir, Serguéi -dijo Olga-. Decídelo tú mismo.

Yo seguía en silencio, sin apartar la vista de la copa vacía y esperando las palabras de Kliónov.

-Es interesante -dijo, sin dirigirse a nadie-. ¿Meditó durante mucho tiempo Gagarin cuando le propusieron viajar al cosmos?

SEGUNDA PARTE - VIAJE POR TRES MUNDOS

"Nos es muy poco todo el globo terrestre.
Nos es muy poco un tiempo determinado.
Tendré miles de globos terrestres
y todo todo el tiempo"
Walt Whitman
"Canciones de alegría".

Pero mirando hacia la lejanía,
el espejismo gris azulado.
Siento la sublime alegría
de observar por un rabillo del ojo
el comunismo.

Ilia Silvinski, *"Soneto".*

EL EXPERIMENTO

Olga y yo nos levantamos muy temprano, como cuando salíamos de vacaciones o en comisión de servicio. La singularidad de ese amanecer, nos creaba un sentimiento que oscurecía el cielo y el alma. No hablábamos sobre el inminente experimento, yo trataba inútilmente de encontrar mi cepillo de dientes, mientras Olga, nerviosa e inquieta, esforzábase en obtener la temperatura adecuada en el agua del baño. Y resolví ayudarle.

-Sale o fría o caliente. Dale más vueltas a la llave; -pidió ella.

Le di más vueltas a la llave; pero no conseguía la temperatura templada.

-¿Estás nervioso?

-No.

-Yo sí.

-Te asustas sin motivo. Te aseguro que, no sucedió nada en el sillón; tan sólo permanecí sentado durante dos horas y fue todo. Me dormí y desperté. Ni me dolió la cabeza.

-Bien sabes que ahora no será por unas horas; sino quizás hasta un día. Este experimento será mucho más largo que el anterior. No comprendo cómo pudieron permitírselo.

-Si se lo permitieron, quiere decir que todo saldrá bien. No debes dudar.

-Pues yo dudo -pronunció en alta voz-. Como médico, dudo. ¿Sabes lo que es estar inconsciente durante un día y sin observación médica...?

-Pero, ¿cómo sin observación médica? -la interrumpí-. Zargarián es médico; y allí todo está bajo control: presión, corazón, respiración, etc., etc. ¿Qué más hace falta?

Sus ojos brillaron como preguntándose algo.

-¿Y si no regresas...?

-¿De dónde?

-¿Acaso sabes de dónde? Tú no sabes nada. Un biocampo que se superpone. Mundos. Conciencia errante. ¡Si pensar eso da miedo!

-Entonces, no pienses. Olga, volar en aviones es también peligroso, sin embargo, la gente vuela y seguirá volando y nadie se intranquiliza por ello.

Su toalla cayó al suelo, mientras sus labios temblaban de emoción. Y empezó a sonar el teléfono. Me alegré, porque evitaba un tema muy desagradable. Era Galia la que llamaba, deseosa de venir a nuestra casa pero con miedo de no llegar a tiempo.

-¿No ha llegado Zargarián?

-Aún no. Estamos esperándolo.

-¿Y cómo te sientes?

-No muy bien. Olga está llorando.

-¡Vaya, qué tontería! Yo me hubiese alegrado en su lugar: ¡un hombre va a hacer una hazaña!

-Vamos, sin énfasis, Galia.

-¿Y qué? Así lo valorarán después, y no de otro modo. Es un salto al futuro. La cabeza me da vueltas al pensar en esa posibilidad.

-¿Y por qué precisamente al futuro? -dije riendo. Yo quería hacerla rabiar-. ¿No crees que podría ser un viaje a los períodos antediluvianos, a los tiempos de los pterodáctilos?

-No hables disparates -dijo bruscamente. (Tomás el incrédulo se convirtió en un fanático)-. Nadie supone tal posibilidad.

-El hombre propone y Dios dispone. Bueno, no diremos Dios, sino la casualidad.

-¿Eso es lo que estudiaste en la facultad de periodismo? ¡Vaya un marxista!

-Querida -le pedí suplicante-, no me obligues a confesar ahora mis errores políticos.

Ella se rió, y, como si mi viaje fuese un paseo al mercado, me dijo:

-¡Mucha suerte! ¡Tráeme un regalo!

Y colgó el auricular.

-Sería interesante saber qué regalo le podría traer. ¿Las uñas de un pterodáctilo o los dientes de un dinosaurio? -le dije a Kliónov, quien ya había llegado, sentándose en la mesa frente al café matinal.

Al verlo, me conmoví: había venido temprano a despedirme.

-No estaría mal echarle una ojeada a los dinosaurios, -señaló Kliónov filosóficamente-. Organiza allá un safari, dará que hablar.

Suspiré:

-Kliónov, no habrá ni ruido ni safari. De nuevo nos veremos tú y yo en una vida contigua. Iremos al cine a ver "El hijo de Montparnasse". Y beberemos de nuevo palinka.

-No tienes imaginación -replicó furioso-. No creas que te mandan a una vida contigua. ¿Recuerdas lo que te dijo Zargarián? Posiblemente, a mundos de otro tiempo. Quizás uno anterior al nuestro, pero no millones de años, sino unos cincuenta. Te despertarías en octubre del 1917.

-¿Y si fuesen cien años?

-Tampoco estaría mal. Irías a trabajar al "Contemporáneo". ¿Editarían allá el "Contemporáneo" con la misma tendencia política? Seguramente. Y allí, encontrarías a Chernishvski sentado tras su mesa. ¿No piensas que es interesante? ¿No se te hace agua la boca?

-Sí.

Ambos nos reímos tan fuerte que Olga exclamó:

-¡Yo quiero llorar, y ellos ríen!

-Nuestras glándulas lagrimales se secaron por la carencia de cloruro sódico en el organismo, -dijo Kliónov-. Olga, no es bello ver aparecer lágrimas en los ojos de la esposa del héroe. Bebamos coñac. Quién sabe si Serguéi despertará en un mundo donde impera la ley seca.

Tuvimos que omitir el coñac, pues Zargarián llamaba ya a la puerta. En sus movimientos, insinuábase cierta solemnidad.

Salimos hacia el instituto. En todo el camino no dejó escapar una sola palabra. Yo también callé.

Estacionó su "Volga" junto a la fila de automóviles y nos lanzamos hacia arriba por la escalera de granito. Y, al fin, Zargarián, llamándome por primera vez familiarmente y sin su peculiar sonrisa y sin el acento con el cual solía bromear, me dijo:

-Seriozha, no creas que tenga miedo o me sienta intranquilo. Sólo Nikodímov considera que existe algún riesgo debido a que el problema no ha sido estudiado profundamente y la experiencia es escasa. Sin embargo, yo considero que el cien por ciento de posibilidades está de nuestro lado. Estoy convencido de que será un éxito. ¡Convencido! -rugió desaforadamente, estremeciendo el bosque cercano-. Y callo, porque ante el combate no se deben hablar cosas superfluas. ¿Todo está claro, Seriozha?

-Sí, Rubén, todo está claro.

Nos dimos la mano y callamos de nuevo, hasta el laboratorio. Aquí no había cambiado nada desde el primer día de mi aparición: el mismo tono claro del material plástico; el centelleo áureo del cobre; la blancura del níquel; la ahumada opacidad de la vidriosa pantalla que hacía recordar a la de los televisores, aunque más grande. Mi sillón estaba en el sitio de siempre, en el enredo de alambres multicolores gruesos y delgados como hilos de araña: la sigilosa araña en espera de su víctima. Sin embargo, el sillón en sí, suave y cómodo e iluminado por la luz rosada de la habitación, no me provocaba inquietud o alarma, más bien me hacía recordar un corazón rodeado de arterias, preocupado por mi ausencia.

Nikodímov me recibió con su sonrisa estereotipada; su blanca bata cubría todo su cuerpo, dura y almidonada, asemejándolo a un fósil.

-Me alegra sobremanera que haya aceptado tomar parte en este riesgoso experimento, -dijo, tras cambiar las palabras de saludo-. Este puede ser el último paso decisivo hacia el objetivo. Le ruego, a pesar de todo, pensar de nuevo en su resolución y pesar el pro y el contra

antes de empezar el experimento.

-Todo ha sido pesado -afirmé.

-Espere. Lo pesaremos de nuevo. ¿Qué fue lo que le instigó a dar su aprobación en el experimento? ¿La curiosidad? A decir verdad, ese estímulo no es muy valedero.

-¿Y el interés científico?

-Usted no lo tiene.

-¿Entonces, qué es lo que incita a los periodistas a volar, por ejemplo, a la Antártida o a la jungla? -objeté.

-Ah, usted tiene ansias de saber, de conocer. De acuerdo. Y también el deseo de causar sensación, el cual, en una medida u otra, es común a todos los periodistas. Una vez, el periodista Stanley, por causar sensación, viajó al África en busca del desaparecido Livingstone, y en la hazaña de encontrarlo, adquirió una fama similar al buscado. Quizás la fama le haga dar vueltas la cabeza. No sé. Me imagino cómo conversó con usted Rubén, -dijo riéndose, y empezó a hablar con Zargarián-: ¡Sí, ésta es una gran hazaña, aún no vista en la historia de las ciencias! La fama del viajero por los mundos simultáneos es equivalente a la gloria de los primeros conquistadores del cosmos! Tengo la firme convicción de que él le llamó así.

De soslayo, miré a Zargarián. Este escuchaba con atención, sin ofenderse y con una sonrisa en los labios. Nikodímov, al atrapar mi mirada, agregó:

-Lo dijo, naturalmente. Me lo imaginé. Él presentó todo como un barril de miel. Pero yo le agregaré a este barril mi cuchara de hiel. Querido amigo, no le prometo ni la gloria del viajero por los mundos simultáneos, ni un homenaje en la Plaza Roja. Ni apenas un gran reportaje en los periódicos. En el mejor de los casos, regresará a su casa con un bagaje de sensaciones fuertes y con la conciencia de que su participación en el experimento no resultó inútil para la ciencia.

-¿Acaso esto es poco? -inquirí.

-Depende del individuo. Sólo dos personas saben del gran aporte que usted hace a la ciencia, estas dos personas somos nosotros: Zargarián y yo. Su testimonio oral sobre lo visto, no es en sí una prueba para la ciencia; siempre surgen escépticos negando la veracidad de los experimentos, y más aún en nuestro caso. Y, por desgracia, carecemos de instrumentos capaces de registrar y reproducir en imágenes visibles todo lo que surge en su conciencia.

-Podría haber una prueba convincente de todo lo experimentado -afirmó Zargarián.

Nikodímov quedó pensativo. Yo, impaciente, esperaba la explicación. ¿Qué prueba podría ser ésa, si todas las pruebas materiales de mi presencia en los mundos contiguos allí quedaron; tanto la sonda caída durante la operación, como la nota en la libreta médica y el labio roto de Sichuk? Yo no traje nada, a excepción del recuerdo.

-Le explicaré ahora todo lo que acaba de insinuar Rubén -pronunció Nikodímov lentamente, como si pesara cada una de sus palabras-. Él tiene en cuenta la posibilidad de penetrar en un mundo que nos supere en el tiempo y desarrollo. Si surgiera tal posibilidad y usted pudiera aprovecharla, su conciencia podría grabar no sólo imágenes visuales, sino abstractas, digamos, matemáticas. Por ejemplo, la fórmula de una ley desconocida de la física, o una igualdad representada en signos matemáticos universalmente admitidos capaz de ayudarnos en el conocimiento del mundo circundante. Mas todo esto es una suposición, una hipótesis, no más real que las conjeturas surgidas al "leer" una taza de café. Nos esforzaremos en trasladar su conciencia mucho más lejos de los mundos que colindan con nuestro mundo tridimensional. En cuanto a la expresión "más lejos" le quiero señalar que es convencional, ya que la distancia en esta dimensión no se calcula ni en micrones, ni en kilómetros ni en parsecs. Aquí actúa otro sistema de cálculo hasta ahora desconocido. Lo principal de todo es que no sabemos cuánto arriesga en este experimento. Nosotros, hasta ahora, no hemos perdido su campo energético; pero, ¿acaso podemos asegurarle que no lo perderemos hoy? Le doy mi palabra que no me ofendo si usted nos dice que posterguemos el experimento.

Me sonreí. Nikodímov esperaba mi respuesta: estaba tranquilo como una momia. Qué

diferentes eran ellos. He aquí, pues, en verdad: "*los versos y la prosa, el hielo y la llama".* Y esta llama, Zargarián, echó chispas a mi espalda y, haciendo un gran ruido con la silla, se levantó.

-Bueno, pues, posterguemos... -empecé diciendo lentamente, mirando de reojo a Nikodímov- ...posterguemos las conversaciones sobre los riesgos hasta después del experimento.

Todo lo que ocurrió luego transcurrió en algunos minutos, quizás segundos. No recuerdo: sillón, casco, captadores, palabras sueltas de una conversación... y, por fin, el silencio, las sombras y la niebla colorida en un remolino.

UN DÍA EN EL PASADO

El remolino se detuvo. La niebla se hizo transparente, adquiriendo el tono gris opaco de una mañana de primavera. Y surgió ante mis ojos un patio lleno de basura, con charcos cubiertos de una escarcha gris, junto a la empalizada se insinuaba la nieve sucia del desierto y casi a mi lado, un furgón verde oscuro con las puertas posteriores abiertas de par en par.

Un fuerte golpe en la espalda me lanzó al suelo. Caí en un charco, haciendo crujir la escarcha.

Alguien gritó a mi espalda, me levanté a duras penas y otro golpe en la espalda me arrojó contra el furgón, de allí se extendieron unas manos que me atraparon y me subieron. Se cerró la puerta tras de mí y escuché el motor y el chirrido de los neumáticos al arrancar.

Al caer me estrellé la cabeza contra un banco y le dolor fue insoportable. Nuevamente unas manos amigas se extendieron hacia mí, me agarraron y me colocaron en el banco..

En la semioscuridad que me rodeaba no podía ver al dueño de las manos, que estaba sentado enfrente.

-Agárrese al banco -me advirtió-. Estos caminos son horribles.

-¿Dónde estamos? -le pregunté, con voz sorda y áspera.

-En Kolpinsk, un antiguo centro de distrito. Mire por la ventanilla y lo verá.

Me acerqué a la ventanilla cuadrada y sin vidrios y cerrada por tres barras de hierro. Se veían depósitos de agua, caminos vecinales que se acercaban a la brecha de una pared; casitas bajas de un solo piso; el letrero de estera colgado en una casa de empeño escrito con pintura negra; álamos desnudos en el borde de una sucia calle desierta que se extendía hacia lo lejos carente de atractivo. Caminaban por ella transeúntes meditabundos.

-Usted perdone -le dije a mi acompañante- pero a mi memoria le ha sucedido algo.

-Aquí no sólo inutilizan la memoria, sino hasta el alma -repuso con viveza.

-No recuerdo nada, ni el año en que estamos, ni el mes, ni el día... No se asuste: no estoy loco.

-Ya no me asusto de nada. En realidad mejor es tratar a un loco que a un Judas. Sí, éste es un año difícil: mil novecientos cuarenta y tres; al final de enero o a principio de febrero. No es necesario ni imprescindible recordar el día, ya que de todas maneras no viviremos hasta mañana. ¿En cuál cámara está usted encerrado?

-No sé -respondí.

-Posiblemente en la sexta. Allá llevaron ayer a un piloto derribado, directamente del hospital urbano. Lo curaron y lo metieron en la cámara. ¿No es usted?

No contesté y empecé a recordar cómo había sucedido todo, o más bien, cómo pudo haber sucedido. En enero del cuarenta y tres, cuando volábamos desde el territorio guerrillero en el bosque Skripkin, a nuestra base, nos sorprendieron las baterías alemanas; pero nuestro avión pudo salir ileso y llegamos sin novedad. En esta fase espacio-tiempo, por el contrario, quizás no salimos ilesos. Y al hospital urbano llevaron al pasajero herido y no al piloto. Del hospital lo condujeron a la cámara sexta y de allí... a "confesar", como dijo mi acompañante. Lo que él sobreentendía por esta palabra no necesitaba explicación.

Los dos quedamos en silencio, y, tan sólo cuando el camión se paró y el picaporte de la

puerta empezó a rechinar, él me susurró al oído algo que no pude entender y que no tuve tiempo de saber, pues saltó a la calzada y, separándose de la escolta, me ayudó a bajar. Un golpe de culata en su espalda lo lanzó hacia la entrada. Tras él seguí yo.

Los soldados alemanes caminaban deprisa a nuestro lado, gritando con estridencia:

-*¡Schnell! ¡Schnell!*

Nos separaron en el primer piso, donde a mi acompañante no le vi el rostro, lo condujeron por el corredor hacia otro lugar. A mí me arrastraron por la escalera a un entresuelo; exactamente me arrastraron, pues cada puntapié significaba para mí una caída. Así, me llevaron hasta una habitación tapizada de azul donde un rubio obeso, con ojos azules infantiles, estaba sentado solemnemente tras la mesa. Su negra guerrera de S.S. le quedaba como la camisita a un escolar. Su figura misma tenía el aspecto de los chicos gorditos de los anuncios alemanes de artículos de confitería.

-Puede sentarse. *Hier* -dijo señalando un sillón de felpa situado cerca de la mesa y posiblemente sacado de algún teatro local.

Las piernas se me doblaban y la cabeza me daba vueltas. Me senté sin ocultar la gran satisfacción que experimenté, la que fue notada en el acto.

-Usted haber mejorado. Muy bueno. Ahora, ¡hablar la verdad! ¡*Wahrheit*! -gritó el de cara de niño, y se calló, a la expectativa.

Yo también callé. La sensación de alejamiento que experimentaba, desconectándome de todo lo que ocurría, me libraba del terror, con razón, porque esto no sucedía en mi vida, ni conmigo, y este cuerpo enclenque y demacrado con un chaquetón sucio y botas de soldado, no era mi cuerpo, sino el de otro Serguéi Grómov que existía en otro tiempo y espacio. Con tales pensamientos me consolaban la física y la lógica; empero la fisiología los refutaba con dolor en cada uno de mis suspiros y en cada uno de mis movimientos. Ahora, éste era mi cuerpo y debía recibir todo lo que le tuvieran preparado. Inquieto, me pregunté: ¿me bastarán fuerza, firmeza, valentía y dignidad para soportarlo?

En los días de la guerra, la cosa era mucho más simple, pues la misma existencia del conflicto bélico y la vida de aquel entonces nos había preparado espiritualmente en un espíritu combativo y severo, capaz de soportar todas las torturas. Así de preparado estaría seguramente el Serguéi Grómov, a quien sustituía. Pero, ¿y yo? ¿Acaso estaba preparado? Por un instante sentí un escalofrío agobiador y..., siento confesarlo: miedo.

-¿Usted comprender a mí? -inquirió él.

-Sí -respondí, asintiendo con la cabeza.

-Entonces hablar. *¿Wieviel Soldaten er hat,* Stólbikov? ¿Cuántos tener en el destacamento? ¿Sóldaten, guerrilleros, cuántos?

-No sé -contesté.

No mentía. En realidad, ignoraba la cantidad de guerrilleros que se encontraba bajo la dirección de Stólbikov. Esa cantidad variaba constantemente: unas veces algunos grupos salían de reconocimiento y no regresaban durante semanas, otras el destacamento crecía con el ingreso de nuevas fuerzas guerrilleras que operaban en regiones vecinas, etc. Además, el Stólbikov de mi mundo tenía una tropa guerrillera con una composición determinada y quién sabe cuál era la del Stólbikov de este espacio-tiempo; quizás diferente a la primera. Es curioso. ¿Si yo le dijese todo lo que sé, coincidiría con la realidad que le interesa saber?

-¡Hablar la verdad! -repitió, con más severidad-: Así es mejor. *Wahrheit ist besser.*

-De veras no sé nada.

Sus ojos azules se encendieron.

-¿Dónde está su documento? *¡Hier!* -chilló, lanzando a la mesa mi cartera. Yo no estaba convencido que era la mía, pero me lo suponía. Nosotros saber todo. ¡*Alles*!

-Si lo sabe, ¿para qué pregunta? -repuse tranquilo.

Antes de que pudiera contestarme, el teléfono empezó a zumbar. El gordo, con una extraña agilidad, tomó el auricular y se puso firme. A medida que escuchaba, su rostro iba adquiriendo paulatinamente el signo de la obediencia y la admiración, mientras aprobaba en

alemán, golpeando continuamente los tacos. Cuando terminó, colgó el auricular, tomó "mi" cartera, la colocó en uno de los cajones de la mesa y empezó a marcar un número en el teléfono.

-A usted lo sacarán ahora -me dijo-. *Reine Zeit.* Tres horas en la cámara -siguió diciendo, señalando hacia abajo con el pulgar. Pensar, recordar y hablar. De otro modo: mal. *Sehr schlecht.*

Me condujeron a un sótano y, allí, a empellones, me lanzaron a un henil sin ventanas. A oscuras, toqué mi derredor: piedras húmedas y pegajosas de moho cubrían toda la pared, mientras un fango líquido y viscoso extendíase por el suelo, agobiando más aún mi ánima atribulada. Mis piernas no me sostenían y, sin osar acostarme, recliné mi cuerpo en cuclillas a la pared: "Después de todo, así se está más seco".

La prórroga concedida me permitía la esperanza de un resultado feliz: el experimento podría terminar y el afortunado Hide abandonaría al desgraciado Jekyll. Pero, en el acto, me avergoncé de estos pensamientos. Galia y Kliónov, sin contemplaciones, me hubiesen llamado cobarde. Nikodímov y Zargarián no lo hubiesen dicho, pero lo hubiesen pensado, acongojados, al igual que Olga. Por suerte, recapacité, y comprendí que respondía por dos: por él y por mí. Adivinaba, o más bien, sabía cuál hubiese sido su actitud en este caso, porque él era yo; la misma partícula de materia en una de sus formas de existencia tras los límites de nuestras tres dimensiones. Este hecho, esta situación en la que estoy, pudo haber cambiado su sino, pero no su línea de conducta. Todo estaba claro. Y yo no tenía otra alternativa; no tenía derecho a desertar con la ayuda mágica de Nikodímov. Si Nikodímov me llevaba a mi mundo, le rogaría el regreso a este henil.

Quizás me dormí a pesar de la humedad y del frío, pues surgieron sueños en mi mente: el bigotudo Stólbikov con su *papuja*, una mujer madura con guerrera y el rifle colgando al pecho cortando con un cuchillo una hogaza de pan; niños desnudos sentados en una lenteja de agua a la orilla de un estanque. Reconocí en seguida este estanque y los pinos que cabeceaban en su orilla. Y vi el camino que desembocaba en el estanque, entre desfiladeros arcillosos. He aquí el sueño que veía antes. Ahora sabía su origen.

Los sueños disminuyeron mi prórroga. El gordo agente de la S.S. me llamó de nuevo. Fui conducido ante su presencia. Esta vez no se reía.

-Bueno, ¿y qué? -prorrumpió-. ¿Hablarás?

-No -repuse.

-*Schade* -dijo-. Ponga su mano en la mesa. Los dedos así -señaló, mostrándome su palma regordeta con los dedos abiertos semejantes a salchichas.

Obedecí. No negaré que tenía miedo, pero hasta ir al dentista es horrible y, sin embargo, vamos. El gordo sacó de la mesa un trozo de madera con mango y gritó:

-¡*Ruhig*!

La madera me golpeó con saña en el dedo meñique. Mis huesos chasquearon y un dolor bestial rodó hasta el pecho. A duras penas pude reprimir un grito de dolor.

-¿Te gus... tó? -musitó, prolongando la palabra, y agregó-: ¿Hablas o no?

-No, no hablaré -repuse.

La madera subió de nuevo en el aire; pero involuntariamente retiré mi mano.

El gordo se echó a reír:

-La mano retiras, la cara no retiras -y diciendo esto me golpeó con la madera en el rostro.

Perdí el conocimiento y, de inmediato, volví en mí. En un lugar cercano conversaban Nikodímov y Zargarián.

-No hay campo.

-¿Nada?

-Nada.

-Prueba la otra pantalla.

-Tampoco.

-¿Y si aumento?

Siguió un silencio. Después, Zargarián contestó:

-Ya hay. Pero la visión es muy débil. ¿Quizás duerme?

-No, no duerme. Registramos hace media hora la activación de los sistemas hipnógenos y después se despertó.

-¿Y ahora?

-No. veo.

-Ahora aumento.

Yo, entremeterme en la conversación, no podía. Mi cuerpo flotaba en el vacío ilimitado. ¿Dónde estaba mi ser? ¿En el sillón del laboratorio o en la cámara de torturas? No sé.

-¡Hay campo! -gritó Zargarián.

Abrí los ojos; más bien los entreabrí, porque hasta el pequeño movimiento de las cejas me provocaba un dolor agudo y penetrante. Una cosa salada y caliente corría por mis labios; mis manos ardían como si estuviesen dentro de un crisol.

La habitación me parecía llena de agua turbia y temblorosa, a través de la cual se insinuaban dos figuras con uniformes negros. Una era la de "mi" gordo, y la otra desconocida, más flaca y simétrica.

Los dos individuos conversaban en alemán, rápido y de manera entrecortada. No los comprendía, por lo tanto en mí no existía ningún deseo de escucharles. Sin embargo, según pude notar, hablaban de mí. Primeramente oí el apellido Stólbikov, después el mío.

-¿Serguéi Grómov? -le preguntó el flaco al obeso, asombrado, y le dijo algo incomprensible para mí.

El gordo corrió a mis espaldas y, con cuidado, me limpió el rostro con su pañuelo oloroso a perfume y sudor. Ni me moví.

-Grómov... Seriozha -repetía en ruso el otro S.S. inclinándose hacia mí-. ¿No me reconoces?

Miré su rostro, y... cuál no sería mi asombro al ver a mi compañero de clase Genka Müller, aunque un poco más viejo.

-Müller... -musité y, otra vez, perdí el conocimiento.

EL CONDE SAINT-GERMAIN

Desperté en otra habitación, incómoda, amueblada con ostentación pequeño-burguesa. En un rincón había una vitrina panzuda con objetos de cristal; en otro un armario de caoba; en el medio un diván de felpa con rulos redondos; sobre la puerta un frondoso cuerno de reno y a un lado una copia de la Virgen de Murillo en un marco ancho y dorado. Posiblemente todo esto había sido acumulado por una autoridad regional o, quizás, fue traído a este nido para alegrar el descanso de los oficiales de campaña.

El oficial, desabrochándose la chaqueta perezosamente, estaba en el diván, rodeado de revistas ilustradas. Yo lo observaba furtivamente sentado en un sillón de cordobán cerca de una mesa servida para la cena. Mi mano vendada casi no dolía. Sentía un hambre atroz, pero mantuve silencio, tratando de no denunciarme ante mi ex compañero de estudios.

Conocía a Genka Müller desde los siete años. Ingresamos juntos a la escuela en uno de los callejones de Arbat, y durante nueve años compartimos adversidades y alegrías. Su padre, Müller, especialista en máquinas de tricot, llegó a la URSS desde Alemania después del Tratado de Rapallo y trabajó en diferentes fábricas de Moscú. Genka nació en Moscú y nadie lo consideraba un extranjero: hablaba el ruso muy bien, estudiaba como nosotros, leía los libros que leíamos y cantaba las canciones que formaban parte de nuestra vida cotidiana. En la clase no lo querían, por su arrogancia y fanfarronería; hasta yo lo despreciaba, pero como vivíamos en un mismo edificio, nos sentábamos juntos en la clase y nos considerábamos amigos. En el transcurso de los años, esta amistad se marchitó, al ponerse de manifiesto una

gran diferencia en nuestros puntos de vista, conceptos e intereses. Y cuando toda la familia Müller partió hacia Alemania después de la ocupación de Polonia por Hitler, Genka no se despidió de mí.

En realidad, este Müller de mis años de infancia no era el Müller del diván. Yo mismo no era el Grómov que estaba sentado en ese sillón rojo de cordobán, con el cuerpo abotagado y lleno de vendas. Pero, como me había enseñado la experiencia, las fases no cambiaban en el hombre su temperamento y su carácter. Siendo así, mi Genka Müller tenía todas las bases para convertirse en este Müller oficial de los ejércitos de la S.S. y jefe de la Gestapo de Kolpinck. En consecuencia, también yo podía conducirme tal como era.

El bajó la revista y nuestros ojos se encontraron.

-¡Al fin despertaste! -exclamó.

-Mas bien, volví en mí -apunté.

-No simules. Ya hace dos horas que estás durmiendo, después que nuestro doctor Getzke, mago y divino, te amputó el dedo y te arregló la cara. Dormiste como un lirón.

-Pero, ¿para qué? -inquirí asombrado.

-¿Qué?

-¿Por qué me arreglaron la cara?

-Kreiman se entusiasmó demasiado con el pelo. Bueno, otra vez eres hermoso.

-Seguramente el señor Müller tiene una novia casadera para mí -le dije con cinismo-. Si es así, llega tarde.

-¡Basta de señor Müller! ¡Aquí no hay señor Müller! ¡Sólo Genka Müller y Seriozha Grómov! De alguna forma ellos se pondrán de acuerdo.

-¡Qué interesante! ¿Y en qué?

Müller se levantó del diván, se desperezó y, bostezando, preguntó:

-¿Por qué preguntas siempre: "¿para qué?", "¿por qué?".

-No, no preguntaré. Sé muy bien que quieres hacer de mí un soplón o un canalla; pero yo no sirvo para eso.

-Tú sirves para la tumba.

-Tú también -prorrumpí con coraje-. Yo tengo tiempo para no llegar tarde a la tumba; pero ahora, quiero comer.

El soltó una carcajada.

-¡Ja, ja! Dices verdad, no llegarás tarde. -Se sentó a la mesa y sirvió sendas copas de coñac-: El vodka nuestro es pésimo, pero el coñac es excelente. Lo traen de París y se llama *Martel.* ¿Por qué brindaremos?

-Por el triunfo.

Lanzó otra carcajada con más fuerza.

-Me haces reír, Seriozha. Es un brindis muy razonable. ¡Bebamos!

Bebió su copa y, sirviéndose otra y con sonrisa mordaz, agregó:

-El segundo trago será por nuestra salida inmediata de esta ratonera. En Berlín tengo un pariente con buenas relaciones, quien me prometió un traslado en este verano a París o Atenas, lejos, lejos de los disparos.

-¿Y qué sucede? ¿Hay *alguien* que los enfada? -inquirí riendo.

-¿Y qué crees tú? Siempre se espera de cualquier canalla un atentado con granadas. A mi antecesor lo rompieron en pedacitos. Ahora, soy yo el sentenciado.

-Eso quiere decir, que no vivirás muchos años -afirmé indiferente.

Sin probar bocado, llenó de nuevo la copa. Sus manos temblaban.

-Pues yo estoy impaciente por el traslado. Ojalá que no se retrasen. Allí, en París, la guerra habrá acabado para mí.

-Aún combatiremos -le dije-. Sólo dentro de dos años y medio acabará la guerra.

Su mano, agarrando la copa de coñac, quedó helada sobre la mesa.

-Sí, exactamente dentro de dos años y medio -le aclaré-. Justamente el 8 de mayo de 1945 será firmado el acuerdo de capitulación incondicional. ¿Y sabes quién capitulará? Alemania,

amigo, Alemania. ¿Dónde? En Berlín, casi en las mismas ruinas de la cancillería imperial.

Bajó la copa sin beber y la colocó sobre la mesa. Quedó asombrado y, tras unos instantes, en su rostro surgió el miedo. Dirigió su mirada hacia la mesita de noche situada cerca del diván y en la que estaba su pistola *Walter.* "Seguramente pensó que enloquecí y recordó su pistola". Sonó el teléfono, lo tomó, dio su nombre y pronunció unas palabras en alemán, de las que pude sólo atrapar *Stalingrado.* Recordé las palabras de mi compañero, en el camión verde-oscuro: "...al final de enero o a principios de febrero...". Sí, así era. Colgó el teléfono y, con el rostro sombrío, se sentó en la mesa.

-¿Stalingrado? -pregunté.

-¿Qué? ¿Comprendes alemán?

-No, simplemente adiviné. Paulus fracasó. Kaput.

Él, como amonestándome, golpeó el plato con su cuchillo:

-No hables disparates. Paulus acaba tan sólo de recibir el rango de mariscal de campo. Por lo demás, Manstein ya se acerca a Kotélnikovo.

-Manstein ha sido aplastado. Aplastado y rechazado. Y a Paulus le llegó su fin. ¿A cuánto estamos hoy?

-A 2 de febrero.

Me reí. ¡Qué agradable es conocer el futuro!

-Pues justamente hoy, capitula Paulus en Stalingrado; y el sexto ejército, o más bien lo que quedó de él, loando a su Führer, va hacia el cautiverio.

-¡Cállate! -gritó, tomando la pistola de la mesita de noche-. Yo no le perdono a nadie tales bromas.

-No estoy bromeando -le dije, dirigiendo a mi boca una lonja de jamón-. ¿Tienes cómo comprobarlo? Entonces llama por teléfono.

Müller, taciturno y meditabundo, jugaba con su *Walfer.*

-Bien, comprobaré. Llamaré a von Gennert. Él debe saber. Pero ten en cuenta que, si esto es una burla, yo mismo te fusilo. ¡En el acto!

Diciendo esto, se acercó al teléfono. Durante unos minutos estuvo hablando, firme, como si pasaran revista. Cuando acabó, impávido, dejó caer el auricular y, sin mirarme, lanzó su pistola al diván.

-Bueno, ¿y qué? ¿Me equivoqué? -pregunté acercándome a él.

En su rostro reflejábase una perplejidad ilímite y desconcertante. Me miraba, como preguntándose: ¿no será Serguéi un representante del mando supremo?

Por fin, dijo:

-A pesar de que no lo han informado oficialmente, Gennert lo sabe. Le asombró que yo lo supiera. Tuve que zafarme con astucia para no cometer un error.

-¿Y no te comunicó que ya Hitler declaró el luto en memoria al sexto ejército?

-¿También eso sabes? -preguntó, parado, sin quitarme los ojos de encima, asombrado y sin comprender nada-. ¿Cómo lo sabes? No pudiste saberlo ayer. Está claro. Y hoy, ¿quién te lo pudo decir? ¿Te trajeron con otra persona?

-Hoy por la mañana... -aclaré- hoy por la mañana tu Paulus todavía lanzaba coces.

Parpadeó de prisa:

-Quizás alguien captó la transmisión moscovita.

-¿Dónde? ¿En la Gestapo?

-No comprendo -dijo-. De eso nadie sabe en la ciudad. Estoy convencido de ello.

De pronto, en mi mente surgió una idea, la idea de que aún podía salvar al desafortunado Jekyll: "Hasta la mañana, por lo visto, no lo amenaza nada; pero más tarde cuando recupere su conciencia, liberado ya de mi intromisión, su vida correrá gran peligro; por ella no daría ni un kopek. Müller lo liquidará sin ceremonias, y más aún cuando declare que no recuerda nada de lo que sucedió el día anterior. Siendo así, hay que pensar en algo. El juego será muy difícil".

-No te esfuerces en adivinar, Genka -le dije-, de todas maneras no podrás. Sencillamente, no soy una persona corriente.

-¿Qué quieres decir con eso?

-¿No has escuchado o no has leído lo que sucedió en Moscú con un grupo de investigadores en el año 1940? -pregunté improvisando-: En los países capitalistas hicieron mucho ruido con respecto a esto. En síntesis, era un grupo de telépatas.

-No, no he escuchado nada -contestó perplejo.

-A propósito, ¿sabes qué es la telepatía?

-Es algo así como la transmisión de pensamiento a larga distancia.

-Más o menos. Este problema no es nuevo. Hasta Sinclair escribió sobre él, aunque de una manera idealista. Nuestros científicos, por el contrario, hicieron importantes pruebas en este campo con bases científicas. Según ellos, el cerebro es como un receptor de microondas que capta, a cualquier distancia, el pensamiento, que se mueve en forma de ondas de longitud inconcebibles, mucho menor que el micrón. Cualquier individuo posee esta cualidad en estado embrionario. Sin embargo, si encuentra el cerebro-perceptivo, o sea, el receptivo a la inducción, es posible desarrollarla. Nuestros científicos realizaron experimentos con diferentes individuos y muchos pasaron la prueba, entre ellos yo.

Müller se sentó en el diván frotándose los ojos.

-¿Acaso estoy durmiendo? No comprendo nada.

Por su rostro, comprendí el efecto de mi juego: casi creía. Ahora sólo había que quitar este "casi".

-¿Has leído alguna vez sobre Cagliostro o sobre Saint-Germain? -inquirí, y su mirada vacía me dijo que no-. La historia no ha podido hasta ahora explicarse los secretos que rodearon su vida; especialmente la de Saint-Germain. Este conde, viviendo en el siglo XVIII, relataba sucesos que acaecieron en los siglos XII, XIII y XIV, como si hubiera estado presente cuando ocurrieron. Lo consideraban brujo, astrólogo, etc., y lo llamaban el nuevo Ahasvero, y lo invitaban los monarcas a sus palacios. Podía augurar el futuro con absoluta exactitud. Nadie sabía quién era este individuo. Los historiadores eludían el problema con los despectivos: "charlatán", "descarado"...; pero sólo había que decir "telépata". Captaba el pensamiento del pasado y del futuro, como yo.

Müller callaba. Yo no podía saber en qué pensaba. ¿Quizás comprendía que yo estaba charlataneando? ¡Qué importa! Yo poseía una carta invencible e irrefutable: Stalingrado.

-¿El futuro? -preguntó ensimismado-. ¿Quieres decir que tú puedes predecir el futuro?

"No se deben llevar las cosas muy lejos” pensé. “Müller no es un tonto y está acostumbrado a razonar de un modo realista".

-El tuyo no es difícil de predecir -respondí con perfidia a su astuta pregunta-. Tú mismo comprendes cuál es la situación que se presenta. Después de la batalla de Stalingrado, los guerrilleros y los miembros de las organizaciones clandestinas se esparcirán por todas las regiones. No vivirás hasta el verano, Müller, irrevocablemente morirás.

Sonrió maliciosamente torciendo la boca y aseveró:

-A pesar de todo, el dueño de la situación soy yo. También yo puedo predecir tu futuro; y sin telepatía. Un servicio por otro.

-Por lo visto, ésta es una conversación entre hombres -dije riéndome-. Podríamos cambiar el futuro: tú el mío y yo el tuyo.

Él levantó las cejas sin comprender.

-Bueno, abramos las cartas. Si tú me llevas, hoy mismo, adonde los guerrilleros, yo te garantizo la vida hasta el final de este mes. No te tocarán ni las balas, ni las granadas, nada.

Seguía en silencio.

Y continué:

-Sólo pierdes una cosa muy insignificante: mi vida; y ganas un dineral: la tuya.

-Hasta fin de mes -dijo, riéndose sin ganas.

-Yo no soy todopoderoso.

-¿Cuáles son las garantías?

-Mis palabras y mis pruebas. Las has visto y te has enterado de las cosas que sé.

Empezó a meditar en silencio y paseando su mirada distraídamente por la habitación. Después, sirvió en las dos copas el resto del coñac. Como no había probado bocado, estaba borracho, y sus manos temblaban cada vez más.

Levantó la copa y musitó:

-Bueno, entonces: ¡buena suerte! Brindemos.

-No deseo beber -le dije-. Necesito la cabeza clara y manos seguras. Dame un arma, aunque sea tu "Walter", y amárrame las manos ligeramente para liberarme con facilidad.

-¿Y de qué modo te envío? Sabes que tengo jefes.

-He ahí. Envíame hacia los jefes de más rango por la selva.

-Tendrás que ir con el chofer y la escolta. ¿Te las arreglarás?

-¿No lamentas a tu escolta?

-Sólo lamento el auto -respondió ceñudo.

-Te lo devolveré junto con el chofer. ¿Vamos?

-Bien.

Acercóse al teléfono y llamó.

Quedé sorprendido por la rapidez con que resolvió todo. No pasaron treinta minutos, cuando el "Opel Capitán" rodaba ya con nosotros por el camino cubierto de una capa fina de nieve. Sentado a mi lado, con su metralleta sobre las rodillas, estaba el escolta, un alemán flaco, de rostro malvado. Su maldad me inquietaba tanto como la promesa que le hice a Müller, pues el que prometía era yo y no el Grómov que aparecerá en mi sitio. Pero, ¿cuándo sucederá esto? ¿Y dónde? Debía hacer todo lo posible e imposible para mejorar la situación del desafortunado Jekyll en caso de aparecer en el auto.

Tiré de mis brazos amarrados en la espalda, y la cuerda se distendió aunque no del todo. Sólo necesitaba un pequeño tirón para que mi mano derecha, liberada, empuñara el acero pavonado de la pistola. Ahora sólo debía esperar, porque el sexto sentido, o quizás, el décimo sexto, me hizo prever el acercamiento de la extraña ligereza, el vértigo, y la sombra que apagaba todo: la luz, los sonidos y los pensamientos.

Y, efectivamente, así ocurrió. Aparecí frente a Zargarián, quien me quitaba en la oscuridad los captadores.

-¿Dónde estuviste? -me preguntó, aún invisible.

-En el pasado, Rubén, por desgracia.

Suspiró ruidosamente, con pena. Nikodímov, ya visible, miraba la cinta sacada del container.

-¿Calculó el tiempo, Serguéi Nikolaevich? -me preguntó. ¿Cuándo entró y salió de la fase?

-Entré por la mañana y salí por la noche.

-Ahora son las once y cuarenta minutos. ¿Coincide?

-Aproximadamente.

-Entonces hay un insignificante retraso en el tiempo.

-¿Insignificante? -le pregunté riéndome con tristeza-. ¿Acaso veinte años son pocos?

-Cuando calculamos en milenios veinte años no es nada.

No me inquietaban los milenios, sino el destino de Serguéi Grómov, a quien abandoné hace un cuarto de siglo en un camino suburbano de Kolpinsk. Me figuro que él supo aprovechar su tiempo.

VEINTE AÑOS HACIA EL FUTURO.

El nuevo experimento empezó del modo habitual, como la visita a la policlínica. En vísperas del experimento, no me despedí de nadie, no reuní a mis amigos y no llegué al laboratorio acompañado de Zargarián en su auto, sino en el autobús.

Al entrar en la sala, Nikodímov, rápido como un rayo, me sentó en el sillón. No tuve tiempo ni de darle mi aprobación para la prueba. El tan sólo inquirió:

-¿Cuándo empezaron las contrariedades la vez anterior? ¿A la tarde?

-Quizás. Ya en el camino empezaba a oscurecer.

-Los aparatos grabaron el sueño, después el aumento de la tensión nerviosa y, finalmente, el shock...

-Es exacto todo.

-Pienso que podremos ahora prevenir las complicaciones, si es que surgen -afirmó. En este caso, lo haremos regresar a su mundo psíquico.

-Era esto precisamente lo que no quería -dije-. Ya lo saben.

-Sí, lo sabemos; pero no queremos arriesgarnos.

Zargarián, que había aparecido en la habitación blanco como un fantasma, tronó con voz estentórea:

-¿Y cuáles son los riesgos? ¿Quién está hablando de riesgos? Por un minuto de tu viaje, doy un año de mi vida. Esto no es ciencia, como cree Nikodímov, sino poesía. ¿Te gusta el poeta Voznesenski?

-Me agradan sólo algunas de sus obras -respondí.

Zargarián empezó a declamar:

"En horas del otoño... a *través del bosque salpicado de hojas... furtiva y peligrosamente... vuelan hacia nosotros, como semillas..., destinos y nombres...*"

Interrumpió la cita y preguntó:

-¿Qué recuerdas de estos versos?

-Sólo: *"furtiva y peligrosamente"* -contesté.

Ya no lo veía. Me hablaba desde las tinieblas:

-Lo principal es: ¡furtivamente! Seamos solemnes. Estás frente al futuro.

-¿Estás convencido de ello? -llegó hacia mí la voz apenas inteligible de Nikodímov.

-Por completo.

No escuché nada más. Los sonidos se apagaron y, en el silencio sepulcral empezó a oírse un zumbido monótono.

No había niebla ni silencio. Yo estaba en un sillón muelle cerca de una ventana. Junto a mí, y al frente, estaban sentadas personas desconocidas. El sitio parecía la cabina de un avión o el vagón de un tren suburbano, donde se sienta la gente en filas de tres, a ambos lados, con un pasillo por el medio de puerta a puerta. Este pasillo prolongábase unos cuarenta metros aproximadamente.

Mirando de soslayo a los vecinos y sin levantar la vista, me observé. Mis manos grandes, sumamente blancas y con la piel seca y limpia, como aparecen después de un lavado tenso, llamaron mi atención. Eran las manos de un hombre viejo. "¿Cuántos años tengo y cuál es mi profesión? pensé. ¿Soy laboratorista? ¿O doctor? ¿O científico?" Ni mi traje -también viejo, no muy usado, de un material raro y con un dibujo extravagante- podía orientarme sobre mi profesión.

Miré a través de la ventanilla. No, esto no era un avión, porque viajábamos demasiado bajo, mucho más que en vuelo rasante; aunque tampoco un tren, pues volábamos sobre la tierra, las casas y los boscajes casi cortando las copas de las pinos y los abetos. Tanta era la velocidad, que el paisaje se mezclaba con anarquía. Los ojos, sin poder soportar la fuga de los objetos tras la ventana, empezaron a dolerme. Saqué mi pañuelo y me los froté.

-¿Le duelen? -preguntó uno de los pasajeros de enfrente, flaco, canoso. y con unos lentes áureos sostenidos milagrosamente en el entrecejo-. Algunas veces olvidamos que en estos años no se debe mirar por las ventanillas. Ya no estamos por los años cincuenta, cuando las máquinas andaban lentamente. En estas nuevas máquinas sólo se pueden leer los versos de Pushkin: *"Nebuloso cielo, nebulosa noche..."*

-¿No le gustan? -preguntó objetando un joven sentado al borde de la fila.

-¿Por qué no? ¿A quién no le gustan estas máquinas? Pueden viajar de Leningrado a Moscú en una hora y media. Es algo nuevo.

-¿Por qué nuevo? -inquirió el joven encogiéndose de hombros-. De las vías de un solo rail hablaban hace veinte años. Esto es sólo una modernización. Y -dijo dirigiéndose a mí- si le

fatiga mirar por la ventanilla, por qué no enciende el televisor.

Quedé inmóvil, sin comprender dónde estaba el televisor y cómo encenderlo. El viejo canoso, sin esperar, apretó una palanca lateral y la pantalla conocida del televisor cubrió la ventanilla. La imagen surgía como de muy hondo, permitiendo una clara y cómoda visión para los pasajeros sentados a ambos lados. Era televisión en colores y en relieve. En la pantalla apareció un edificio alto de múltiples pisos, adornado con losetas grises y rojas. Hacia su techo plano, descendía un helicóptero desde el azul inmaculado del cielo. "Transmitimos las noticias del día" dijo un locutor no visible. "Visita de los dirigentes del Partido y del gobierno a la tricentísima casa comunal de la región Kievski, en nuestra capital". Un grupo de personas maduras salió del helicóptero y se ocultó bajo una cúpula de plástico. Y empezaron a refulgir las luces de los veloces ascensores. El objetivo del televisor corrió hacia abajo, hacia las vitrinas del primer piso. "En este piso están instalados los almacenes, comedores y talleres que abastecen a los pobladores del edificio". Los invitados paseaban parsimoniosamente por los pisos y habitaciones, decorados con una incomprensible e insólita elección de formas y colores. "Un solo movimiento y la cama entra en la pared, empujando hacia adelante un armario para libros oculto". "Tirando del marco, esta cama se hace doble". Después aparecieron halls, en los diferentes pisos, con pantallas de cine y televisión. "Este piso está por completo a la disposición de los jóvenes que desean estar a solas" comentó el locutor, aún oculto, abriendo ante nosotros una habitación amueblada de un modo insólito.

-No comprendo, ¿para qué construyen eso? -farfulló con desdén una dama sentada a mi frente, con un tejido en las manos.

Miré al joven sentado al borde de la fila esperando de él la réplica. Y no me equivoqué. ¡Qué similar a los jóvenes que conocía! Él tomaba de ellos la vehemencia, los arrebatos juveniles y la incompatibilidad con lo que no va al ritmo con la época.

-A pesar de que estas casas comunales las empezaron a construir hace tiempo, todavía no comprende para qué...

-¡No, no comprendo! -exclamó la dama con testarudez. ¡Nos libramos, gracias a Dios, de los apartamentos comunales; pero aquí están de nuevo...!

-¿De nuevo qué?

-Estas casas comunales. Estamos haciendo resucitar el modo de vida comunal.

-¡No hable disparates! ¡La gente pasa de los apartamentos aislados y separados a las casas comunales y no a los apartamentos comunales, ni sé lo que es eso! Usted misma, con sus propios ojos, acaba de ver estas casas comunales. ¡Esto ya es un nuevo modo de vida comunal!

La dama calló. Y nadie la defendió.

En la pantalla aparecieron torres petroleras, perforando el cielo plomizo y purpúreo que cubría abetos y alerces. "Estamos en el tercer Bakú" continuó el locutor "en una nueva zona de la región petrolera de Yacutia, en Siberia".

¡El tercer Bakú! En mi época sólo supe de dos. ¿Cuántos años habrán pasado?

Esta pregunta muda se la hice a los cirujanos vestidos de blanco que surgieron en la pantalla realizando una operación sin efusión de sangre, con un haz de rayos de neutrones; y a los inventores de la masa química que cosía la herida; y al propio locutor que apareció, por fin, frente a los televisores: "Para concluir, les quiero hacer recordar las profesiones que más necesita nuestra economía. Nos faltan: ajustadores de talleres automáticos; operadores de minas teledirigidas; mecánicos de centrales eléctricas atómicas, y montadores de computadoras electrónicas universales".

La pantalla se apagó y, de otro lugar, llegó una voz: "Nos acercamos a Moscú. Encendemos las luces de advertencia. Con la luz verde quedará colocado el escalador".

Sobre la puerta delantera centellearon luces rojas; después azules y, luego, verdes. En el pasillo, los pasajeros empezaron a avanzar sobre el piso movible; también yo. Salimos al escalador que, acelerando el movimiento, nos condujo al vestíbulo del subterráneo, y, antes de que tuviese tiempo de echarle una mirada, nos siguió llevando hacia adelante, rápido como un

cohete, disminuyendo el movimiento sólo en las escaleras movibles que nos condujeron al andén. "¿Y dónde están las ranuras para depositar las monedas?" me pregunté. "¿Será posible que el subterráneo sea gratis?" La respuesta afirmativa a mi pregunta la dio el tropel de gente entrando en el tren estacionado.

Salí a la plaza de la Revolución, que conocí en el acto, no sólo bajo tierra, cuando vi las esculturas de bronce en la arcada, sino afuera, donde me miraban las columnas del Bolshói a través de la verde cortina del bulevar. La estatua de Marx estaba en su sitio. Empero, en vez del poco atrayente "Gran Hotel", erguíase un gigantesco edificio blanco de acero inoxidable resplandeciente y por el ala lateral del "Metropol" se extendía ahora una calle bulliciosa de varios pisos. El movimiento de la gente me parecía conocido, casi sin ningún cambio: como siempre, las gotas multicolores de los transeúntes, formando un torrente humano, deslizábanse parsimoniosamente por las anchas veredas. Por el asfalto de la plaza, contorneando las casas y jardines, deslizábase la abigarrada corriente de autobuses y automóviles.

Al observar con atención todo lo que me rodeaba, empecé a encontrar cosas que no existían en mi mundo: las ropas de los transeúntes tenían otro corte; y los autos, de otras líneas y formas, desplazábanse en silencio sobre una almohada de aire, en una niebla color lila, como peces. "¿Cuántos años habrán pasado?" me interrogué, incapaz de responder.

Un enrejado de hierro serpenteaba a lo largo de la acera, con aberturas tan sólo en las paradas de los autobuses; esto me impidió cruzar al otro lado. Empecé a caminar hacia el jardín Alexándrovski; al llegar a la esquina del Museo Histórico, le eché una mirada a la Plaza Roja; allí todo estaba como antes: la antigua muralla dentada; el reloj en la torre Spásskaia; el severo y masivo Mausoleo y la catedral de San Basilio, milagro arquitectónico. Mas, no se veía por ningún lado el hotel que habíamos construido en Zariadie. Del otro lado del río, se veían por detrás de la catedral, edificios altos y desconocidos.

Llegué al jardín Alexándrovski y me senté en un banco. Aquí había calma, una calma que miraba con indiferencia el bullicio agitado y pletórico de la ciudad: lo mismo ocurría en nuestro mundo. A decir verdad, estaba un tanto desconcertado: ¿A dónde ir? ¿Dónde se encontraba mi casa? ¿Cuánto tendría que sufrir en esta nueva vida?

En el bolsillo del saco encontré una cartera compacta de plástico suave y transparente. A través de él, sin sacar la tarjeta, leí mi nombre, profesión y dirección. Yo era de nuevo servidor de Hipócrates, director de una clínica, quirúrgica, y, quizás, muy notable, porque encontré en la cartera los saludos enviados al doctor Grómov por tres organizaciones extranjeras, con motivo de sus sesenta años.

¡He aquí, veinte años hacia el futuro! Para mí, la vejez, para la ciencia pasos gigantescos. Me invadieron reflexiones agobiadoras. ¿No sería triste ver a mis amigos envejecidos? ¿Cómo estarían? Me imaginé la visita a la dirección escrita en la tarjeta: Olga, veinte años mayor, abriría la puerta. ¿Y si no era Olga? Sin deseos de complicar la situación, tomé maquinalmente el dinero de la cartera. Seguramente era suficiente para un día en el futuro. Bueno, ¿qué podría hacer? ¿Callejear, cruzar la ciudad y verlo todo, respirar en sentido literal el aire del futuro? ¿Acaso esto es poco? ¿Poco para Zargarián y Nikodímov? ¿Y qué prueba material podría llevarles del futuro? ¿Sería acaso imprescindible ir a la biblioteca "Lenin" -seguramente, aquí también existe- para hurgar en los catálogos e interesarse por la temática de las revistas científicas? Pero, supongamos que logre encontrar algo muy cercano a los trabajos de mis amigos científicos, ¿podría yo comprender los artículos de los hombres de ciencia de los años ochenta si soy incapaz de entender las explicaciones de Zargarián? No, sería inútil. ¿Y si aprendiera de memoria una fórmula? No, la olvidaría en seguida. ¿Y si aparece un símbolo matemático desconocido? ¡No! ¡Es absurdo! ¡No lograré nada!

Ensimismado en mis pensamientos, llegué a la parada de taxis. Delante de mí sólo había una persona, la que por lo visto estaba apurada, mirando intermitentemente su reloj.

-He esperado diez minutos y no ha aparecido una sola máquina -dijo-. Los autobuses son gratis y puntuales, sin embargo, estos autodirigidos son más cómodos.

-¿Cómo dijo? ¿Autodirigido?

-Usted, seguramente, es forastero -apuntó riéndose-. Llamamos así a los taxis de manejo automático. ¡Son encantadores!

El primer autodirigido apareció por una esquina, acercándose. Temblé. En esta máquina sin ruedas ni chofer, había algo salvaje y antinatural. Venía hacia nosotros en silencio como boyando en un mar de petróleo, y lanzó cuatro patas de araña en la parada. El invisible guía abrió la puerta, la pasajera entró, pronunció unas palabras por un micrófono, el autodirigido recogió las patas y se alejó. Seguí todos estos movimientos, con mirada pueril. Y me inquietaron dos preguntas: ¿Qué dirás por el micrófono? ¿Y qué harás caso de no tener suficiente dinero? Pensé en correr, huir de la parada; pero me detuvo la presencia de otro pasajero que se acercaba. En su señalada delgadez y en sus cabellos canosos con raya, notábase cierta elegancia. Su barba, recortada con escrupulosidad, le daba un aspecto provocador y arrogante:

-Estoy apurado -dijo, mirando la plaza con impaciencia-. Parece que viene uno.

El autodirigido se detuvo.

-Con gusto le cedo mi turno -dije amable, y agregué-: No estoy apurado.

-¿Por qué? Iremos juntos; si no se opone, primero lo llevaré a su destino, después seguiré solo.

En sus ojos negros, brillaba algo conocido. La fisonomía de su rostro, me hacía recordar a una persona amiga: la frente deprimida y la mirada penetrante y burlesca. La barba, por lo contrario, desfiguraba su cara haciéndola irreconocible. ¿Será posible que sea él?

UN ZARGARIÁN ENVEJECIDO

Con curiosidad, lo miré de nuevo. Sí, era mi Zargarián; pero veinte años más viejo. Fingí no conocerlo.

-¿Adónde va usted? -me preguntó.

Me encogí de hombros y repuse:

-Me da igual un sitio u otro. Estuve veinte años fuera de Moscú.

-Entonces, vamos. Yo seré su guía. A propósito, ¿Desea almorzar conmigo en el "Sofía"? A decir verdad, no me gusta comer solo.

A pesar de los años, no perdía su ímpetu juvenil: en el acto transformóse en guía.

-No viajaremos por la calle Gorki. Todavía no la han reconstruido. Nos deslizaremos por la calle Pushkin, completamente nueva. Este es el programa.

Se sentó en el autodirigido y repitió por el micrófono lo que me había dicho, agregando dónde doblar y dónde pararse. El taxi cerró las puertas en silencio y, tras contornear el jardín, echó a andar por la calle.

-¿Y cómo paga? -inquirí curioso.

-Muy fácil. Sólo tengo que depositar el dinero en esta alcancía -repuso señalando una ranura cerca del parabrisas.

-¿Y si no tiene cambio en los bolsillos?

-Entonces molestaríamos a la máquina de cambio.

El taxi viró hacia la calle Pushkin, tan diferente a la de mi época como el Palacio de los Congresos a un club. Esta calle había sido construida con veredas de dos pisos, como en las galerías comerciales, y se unían a través de la calle por medio de puentes parabólicos. Estos puentes unían, además, las casas entre sí, formando encima de la calle un paseo complementario.

-Este paseo fue hecho para los ciclistas. Arriba hay también piscinas, y plazoletas para los helicópteros.

Hacía el papel de guía concienzudamente, saboreando con fruición mi asombro.

Nuestro coche cruzó el bulevar, atravesó la calle Chéjov, transformada por completo, y nos condujo por la calle Sadóvaia hacia el *Sofía.* La plaza situada delante del *Sofía,* era muy diferente a la que yo conocía. En ella, alzábase Maiakovski mucho más alto que la columna

de Nelson, brillando al sol. El paralelepípedo del restaurante "Sofía", refulgente, jugueteaba con el destello solar.

La sala del restaurante sorprendía de tan sólo entrar en ella: las habituales mesitas blancas con los manteles almidonados mezclábanse con figuras geométricas parecidas a tiendas tejidas con agua y luz.

-¿Qué es eso? -pregunté absorto.

Zargarián se sonreía, como un mago que gozara de las reacciones futuras.

-Ahora verá. Sentémonos.

Nos sentamos en una de las habituales mesitas.

-¿No desea que lo vean o lo escuchen?

Haciendo la pregunta y sin esperar mi respuesta, levantó un ángulo del mantel, tocó allí algo y... la sala desapareció. Nos separaba de ella una tienda de lluvia exenta de humedad donde se entrelazaban hilos luminosos. Nos rodeaba un silencio solemne, como en una iglesia desierta.

-¿Y se puede salir?

-Claro. Es aire sin transparencia. Se realiza gracias a un protector de luz-sonido. Nosotros utilizamos en el laboratorio un protector negro que crea una absoluta oscuridad.

-Lo sé -apunté.

Ahora fue él quien se sorprendió.

Ya estaba aburrido de seguir jugando a las "escondidas".

-¿Es usted Zargarián? ¿Rubén Zargarián? -le pregunté, seguro de no equivocarme.

-Me reconoció -afirmó riéndose. ¡Ni la barba me ayuda!

-¡Lo conocí por los ojos!

-¡¿Por los ojos?! -preguntó asombrado-. ¡Pero si en las revistas y periódicos mis ojos no se distinguen bien! ¿Dónde me ha visto antes? ¿En los documentos científicos?

-¿Sigue usted estudiando la física de los biocampos? -le pregunté con cuidado.

-Sí.

-Entonces no se asombre de lo que escuchará. Yo le mentí al decirle que estuve veinte años fuera de Moscú. En verdad, no he estado nunca en *este* Moscú. ¡Nunca! -Me detuve, esperando ver su reacción: él seguía en silencio, mirándome con creciente interés. Y agregué-: Además, yo no soy esta persona que usted está viendo. Soy un viajero de otro mundo. El fenómeno es, seguramente, muy conocido por usted.

-¿Ha leído mis libros? -inquirió desconfiado.

-Por supuesto que no. En nuestro mundo todavía no los ha publicado, porque allá estamos veinte años en el pasado.

Zargarián saltó de la silla.

-Un momento. Sólo ahora he comprendido. ¿Quiere decir que usted es de otra fase? ¿Es así?

-Exacto.

Quedó en silencio, absorto, y dio un paso atrás. La mitad de su cuerpo fue cubierta por la cortina luminosa de agua. Al reaparecer, se sentó de nuevo en la mesa, haciendo un gran esfuerzo por ocultar su inquietud. Su rostro empezó a brillar, y en este brillo, se insinuaba el asombro del hombre que ve por primera vez un milagro; la alegría del científico al notar que este milagro se realiza ante sus ojos y la suerte del científico al saber que es capaz de tales milagros.

-¿Quién es usted? -preguntó al fin-. ¿Cómo se llama y cuál es su profesión?

Me reí y apunté:

-Es extraño hablar en nombre de dos personas, pero no me queda otra alternativa. El nombre es el mismo, aquí y allá. No tengo ningún título, soy una persona corriente. En lo que respecta a la especialidad, aquí soy profesor-cirujano, en tanto que allá soy periodista. Y, como es natural, allá soy veinte años más joven, al igual que usted.

-¡Qué curioso! -musitó, mirándome con atención inefable. Podía esperarlo todo menos

esto. Yo, que he lanzado gente más allá de los límites de nuestro mundo, nunca había soñado encontrar aquí a tal huésped. Pero es natural, porque la materia es idéntica en todas las fases. -Y agregó riéndose-: Y yo estoy aquí y allá, y nos enviamos mutuamente mensajeros. ¿Y quién realizó el experimento?

-Nikodímov y Zargarián -respondí maliciosamente, preparado para otra sorpresa; pero él sólo indagó:

-¿Cuál Nikodímov?

-Pável Nikítich. ¿Acaso no fue él quien hizo el descubrimiento? ¿No trabaja usted con él?

-Pável murió hace once años sin granjearse fama. De hecho, éste es su descubrimiento. Lamentablemente, los primeros éxitos con los biocampos se lograron mucho más, tarde. Yo llegué al problema por otros caminos, pues soy psicofisiólogo. Su hijo y yo hicimos los experimentos.

Ignoraba que Nikodímov tuviera un hijo. Por lo demás, existía seguramente sólo aquí. Él continuó:

-Pero ustedes son más afortunados que nosotros -apuntó pensativo, pues comenzaron antes. Dentro de veinte años, conseguirán más de lo que conseguimos nosotros. ¿Es este el primer experimento?

-No, el tercero. Primeramente estuve en mundos cercanos y muy semejantes al nuestro; después más lejos, en el pasado; y ahora en el futuro.

-¿Y qué significa cercanos y lejanos? -inquirió sarcástico-. ¡Qué terminología tan ingenua!

-Supongo -afirmé vacilante- que los mundos, o como usted dijo, las fases, que tienen una diferencia de tiempo mayor en relación a nuestra fase están... más lejos de nosotros que los coincidentes...

Su carcajada me interrumpió.

Luego, apuntó:

-¡¡¡Más cerca o más lejos!!! ¿Y así lo explican? ¡Qué niños!

Me sentí ofendido al pensar en mis dos amigos. Mi Zargarián, en todos los aspectos, era mejor que éste.

-¿Acaso la cuarta dimensión no tiene extensión? -balbuceé-. ¿Acaso es errónea la teoría de la multiplicidad ilimitada de sus fases?

-¿Por qué cuarta? -inquirió colérico. ¿Y si es la quinta o la sexta? Nuestra teoría no determina su orden y dirección en el espacio. ¿Y quién le dijo que la teoría era errónea? Sólo limitada. La expresión "multiplicidad infinita" no se debe interpretar al pie de la letra, así como tampoco "la infinitud del espacio". Esto lo sabían ya sus contemporáneos. Aun en aquellos tiempos, la cosmología relativa excluía la oposición: finito-infinito.

»Comprenda esta cosa simple: el *infinito* y el *finito* no se excluyen, sino que se ligan intrínsecamente. ¡Se ligan intrínsecamente! -exclamó desaforadamente, y se rió mirando mis ojos vacíos. Luego, agregó-: ¿Qué? ¿Es muy complicado? Así como esto, es de complicado explicarle qué campo está "más cerca" y cuál está "más lejos". Yo podría trasladar su biocampo a un mundo contiguo que nos haya adelantado en cien años; pero no podría determinar geométricamente, dónde se encuentra, si cerca o lejos. -Se detuvo, como si su pensamiento lo hubiese hecho pensar en otra idea. De pronto, exclamó-: ¡No es una mala idea!

-¿Cuál?

-¿Quiere ir más lejos en el futuro?

-No comprendo.

-Ahora comprenderá. En mi laboratorio, podría desconectar su biocampo y trasladarlo a otra fase. ¿Qué me dice?

-Por ahora nada. Estoy meditando.

-¿Tiene miedo? ¡Pero si el riesgo es el mismo! Además, como en su mundo, Ud. tenía cuarenta años y no sesenta como ahora no tiene por qué preocuparse de su corazón: está en regla, de otro modo no lo hubiesen utilizado en el experimento. Yo, con pasión, hubiera

tomado su lugar de haber sido posible; mas no valgo para eso. Usted no sabe lo difícil que es encontrar un cerebro-inductor con una tensión tan fuerte en su campo.

-¿Y todavía no lo han encontrado?

-Sí. Tres en diez años. Usted es el cuarto. Pero usted ha tenido mucha más suerte. Le prometo una excursión interesante: en ella podría encontrar hasta a sus descendientes. Digamos, un salto de cien años hacia el futuro. Bueno, ¿y qué? ¿Qué es lo que lo desconcierta?

-Mi biocampo. ¿Y si lo pierden?

-¿Quiénes?

-Mis amigos.

-No lo perderán. Primeramente, lo haré regresar a su mundo, allá estará por unos minutos, después llegará a otro. No se asuste, no habrá explosiones, erupciones, ni irradiaciones. Por lo demás, vuestros aparatos registrarán todo. ¿Volamos?

El se levantó de la mesa.

-¿Y no almorzaremos?

-Almorzaremos después. Yo aquí, usted en el futuro.

Tras pensar que no tenía nada que perder en el experimento, afirmé levantándome:

-¡Volemos!

UNA LEJANA ESPERANZA

Repetí la expresión de Zargarián maquinalmente, sin sospechar que justamente íbamos a volar. Primero nos elevamos al techo del edificio en veloz ascensor, allí entramos en un taxi-helicóptero y partimos hacia Yugo-Zapad ojeando los techos de Moscú.

Este panorama de Moscú hacia fin de siglo, no lo olvidaré jamás. Constantemente me decía que no era el Moscú en el que había nacido y crecido, separado de éste por la frontera invisible del espacio-tiempo y por veinte años de construcciones gigantescas. Pero mis ojos me afirmaban lo contrario, porque también en mi Moscú se desarrollaban las construcciones con este mismo ritmo. Esto quería decir, que aún en nuestro mundo se levantaría una ciudad tan bella como ésta, o quizás más bella.

Parecía como si un mago con un proyector de cine reprodujera ante mis ojos cuadros asombrosos del futuro. Escudriñaba cada región, buscando detalles que me recordaran a mi Moscú, alegrándome como un niño al divisar lugares conocidos de mi ciudad, y conmoviéndome al saber que estaban en este nuevo Moscú. Todo lo conocido surgía ante mí: el Palacio de los Congresos; las cúpulas áureas de las iglesias del Kremlin; los puentes a través del río Moscú; el Bolshoi, de juguete desde el aire, la universidad Lomonósov y el estadio Luzhnikí. Otros altos edificios de mi ciudad, se perdían quizás en el alto bosque granítico, o simplemente no existían. La ciudad vertía sus construcciones más allá de la carretera circular que la rodeaba, como en nuestro mundo, y por ella se arrastraban máquinas pequeñas y ágiles, como hormigas.

Me admiraba, ante todo, el gigantesco movimiento urbano: automóviles radiantes que inundaban calles y ríos; bicicletas y motocicletas que corrían por las galerías asfaltadas cruzando la ciudad de techo en techo; vagones que se perseguían por el monoriel y, sobre ellos, helicópteros que volaban de plazoletas a plazoletas, moviéndose como libélulas en el cielo sin límites. En una de estas plazoletas descendimos.

En el techo plano del edificio, orlado por una redecilla metálica, observé una piscina de cincuenta metros de largo. El agua era pura y transparente, iluminada desde el fondo por una luz verdosa y centelleante. A su alrededor había colchonetas de goma, tiendas de campaña y una mesa servida bajo un pabellón tenso de lona.

-Hay un descanso para comer -afirmó Zargarián, buscando a alguien entre el tumulto de hombres y mujeres en trajes de baño-. Ahora lo encontraremos. ¡Igor! -gritó de pronto.

Un atleta tostado por el sol, anteojos oscuros, que jugaba al tenis no lejos de nosotros,

acercóse, sosteniendo en su mano la raqueta.

-¿Hay alguien en el laboratorio? -preguntó Zargarián.

-¿Para qué? -preguntó a su vez el atleta perezosamente-. Todos están en el sexto sector.

-¿No está desconectada la instalación?

-No. ¿Por qué?

-Primeramente, te presento al profesor Grómov.

-Mucho gusto. Nikodímov -dijo el atleta quitándose los anteojos.

No se parecía en nada a aquel Fausto de largos cabellos.

-¿Ha sucedido algo? -dijo intrigado.

-Sí. Algo imprevisible y curioso. Ahora lo sabrás -pronunció Zargarián con solemnidad.

Cualquiera hubiese encontrado algo de común entre esta visita y la que realicé por primera vez al laboratorio de Fausto. Hasta al apretar el botón de la escalera, revivía en el rostro de este Zargarián aquel aire significativo de mi amigo.

En mi primera visita al laboratorio noté que ante él se extendía un largo corredor, que ahora no existía: desde el techo descendía hasta la misma puerta una escalera automática movible, arrastrándose suavemente y chasqueando en las curvas.

-Perdóneme -me dijo Zargarián-. Le explicaré todo a este joven en el argot de los biofísicos. Será más exacto y simple.

Y empezó a hablar. Escuchándolo, yo trataba de comprender algo en el amontonamiento de términos desconocidos, de cifras y letras griegas; pero todo fue en vano. Cuando "mi" Zargarián hablaba, a pesar del éxtasis y ensimismamiento que empleaba al conversar no me abrumaba tanto como ahora, pues en la conversación lograba captar una que otra idea. Nikodímov entendía todo al vuelo mirándome con palpable interés. Después de escucharlo todo, se acercó a la máquina, y con una agilidad inefable, se lanzó sobre la maraña de enchufes, palancas y manivelas. A propósito, este laboratorio era mucho más grande, extenso y complicado que el de Fausto. Si aquél era comparable al gabinete de un médico, éste se igualaba a la sala de dirección de una gran fábrica automática. Sin embargo, los dos tenían detalles que los identificaban. Por ejemplo, las lamparillas de control, las pantallas de televisión y los alambres que se extendían hasta el sillón situado en el centro de la sala.

Al prestar atención a la disposición de las pantallas, observé que se alargaban en forma de parábola a lo largo de los paneles ubicados en la sala, parecidos a los de las calculadoras electrónicas. Por lo visto, el movible cuadro de mando podía deslizarse por las pantallas, si así lo deseaba el observador. Las pantallas provocaban en el espectador un gran interés, porque, a pesar de estar apagadas, resplandecían como si reflejaran una luz inmensa.

-¿No se parece al otro laboratorio? -quiso saber Zargarián.

-No -respondí.

-¿En qué no se parece?

-En estas pantallas. En el nuestro están dispuestas de otro modo; además, este sillón carece de casco -le dije, señalándolo.

El sillón no tenía casco, ni captadores.

Me senté en él.

Zargarián señaló:

-Comprendo las inquietudes de los científicos de su mundo. ¡Cuántas veces Igor y yo estuvimos en tales situaciones! ¡Cuántas noches insomnes pasamos! ¡Cuántos cálculos errados! ¡Cuántas esperanzas vanas se apoderaron de nuestra mente! Y al fin, encontramos un cerebro-inductor desarrollado en matemáticas. Este cerebro nos trajo una fórmula tan fantástica, que cuando los académicos la vieron, se quedaron impávidos. Ahora se conoce como la ecuación de Yanovski y se utiliza al calcular las rutas interplanetarias más complejas. Por desgracia, su memoria no le ayudaría a recordar esta ecuación. Y he aquí, que ahora, usted se encuentra conmigo y se vislumbra una lejana esperanza, distante, pero palpable. Bueno, ya es hora de despedirse, Serguéi Nikoláevich. ¡Buen viaje! Quizás ya no nos encontraremos.

Sólo a hora comprendí la idea terrible que rondaba por las mentes de estos científicos. ¡Un salto de cien años al futuro! No a un mundo cercano y vecino; sino a uno con cosas completamente diferentes, con otras máquinas, costumbres y relaciones en la gente. Por unas horas, quizás por un día, Hide se apoderaría del alma de Jekyll. Pero, ¿lograría él engañar a los que lo rodearan en caso de querer pasar de incógnito? Aunque su ropa y rostro lo encubrieran, su lenguaje y su hábito, extraños a ese mundo lo delatarían. ¿No me estaría arriesgando demasiado?

Estos pensamientos se agitaban en mi cerebro, pero sin revelar mis inquietudes, permanecí impertérrito y no temblé al escuchar la voz de Zargarián ordenando enchufar el protector.

La oscuridad y el silencio me rodearon de nuevo; y a través de ellos, se abrieron paso voces apenas inteligibles, pero conocidas, que se fueron olvidando lentamente como si las separara de mí el salto de cien años al futuro.

-No comprendo nada. ¿Qué ves?

-Desapareció. Algo se mueve, pero no hay ninguna imagen.

-Pero en el sexto hay; a pesar de que la luminosidad es muy débil. ¿Comprendes algo?

-Creo que está fuera de la fase, como la otra vez.

-Pero si no hemos registrado el shock.

-Tampoco lo registramos aquella vez.

-Aquella vez los encefalógrafos grabaron el sueño en la fase del sueño paradójico. ¿Recuerdas?

-Creo que ahora existe otra clase de sueño. Fíjate en la cuarta: las curvas fluctúan.

-¿No puedes aumentar?

-Esperemos, mejor.

-¿Tienes miedo?

-Por ahora no hay motivo. Comprueba su respiración.

-Ya la comprobé.

-¿Y su pulso?

-También. Por ahora no ha aumentado la presión. ¿Quizás es debido al cambio de los procesos bioquímicos?

-No hay ninguna indicación. Tengo la impresión de que existe una interferencia. Posiblemente es la oposición del receptor o alguna inhibición artificial.

-¡Pero eso es fantástico!

-No sé. Esperemos.

-Estoy esperando; aunque...

-¡Mira! ¡Mira!

-No comprendo. ¿De dónde ha surgido esto?

-No trates de adivinar. ¿Y dónde está la imagen?

-En la misma fase.

-¿En la misma o en otra?

Y de nuevo me rodeó el silencio al tragarse todos los sonidos. Yo no oía nada, no veía y no sentía.

EL SALTO DE CIEN AÑOS AL FUTURO

El paso de las tinieblas a la luz iba acompañado de un estado de tranquilidad absoluta. Me sentí a extraño, como si estuviera flotando en un espacio blanco. Y... aparecí en una cámara en la que reinaba un silencio infinito.

Miré hacia los lados: la cámara no tenía ni ventanas ni puertas y, sin embargo, estaba inundada de luz pálida, tibia, a semejanza de las nubes cuando las hiere el sol. Esta nube blanca me rodeaba, e iba transformándose lentamente en una espuma nebulosa en forma de pared. La cama donde descansaba se disolvía en la blancura de la habitación. No sentía el roce de la manta ni de la sábana, como si hubieran sido tejidas con aire.

Lentamente, empecé a distinguir las cosas que me rodeaban. A duras penas, vi una caja blanca con una pantalla, después al perfilarse la visión, me pareció muy semejante a una hoja metálica que reflejase la blancura de la habitación, la cama y a mí; la pantalla estaba dirigida hacia el lugar donde me encontraba y parecía escuchar y vigilar cada uno de mis movimientos y de mis propósitos. Esta conjetura fue corroborada posteriormente.

Al lado de la cama, nadaba una almohada plana y blanca, de superficie granulada. Cuando la alcancé con el brazo, resultó ser el asiento de una silla de tres patas hecha de un plástico transparente y duro. Más lejos había una mesa del mismo material y un termómetro, o quizás un barómetro, encerrado en una campana de cristal: de seguro un instrumento que registraba los cambios de la atmósfera.

Esa como nube que me rodeaba, que quizás debía crear una sensación de quietud, me angustiaba.

Lanzando a un lado la imponderable manta, me senté.

Al mirar de nuevo la pantalla, me estremecí: en ella surgió la figura vaga de un hombre sentado en la cama. Era muy diferente a mí; parecía más alto, joven y fuerte.

-¡Levántese y camine para adelante y para atrás! -me dijo una voz femenina.

Involuntariamente, miré alrededor; aunque sabía que en la habitación no había nadie. "Nil admirari" me dije, y obediente, me dirigí a la pared y regresé.

-¡Otra vez! -ordenó la voz.

Repetí el ejercicio, sospechando de que alguien me estaba observando.

-Levante los brazos.

Levanté los brazos.

-¡Déjelos caer! ¡Otra vez! ¡Ahora siéntese! ¡Levántese!

Repetí todo lo que me exigían, sin hacer ninguna protesta.

-Bueno, ahora, ¡acuéstese!

-No quiero. ¿Para qué? -prorrumpí.

-Para comprobar de nuevo el estado de su organismo en completa calma.

Una fuerza invisible me derribó a la cama, haciendo que mis propias manos agarraran la manta y me arroparan.

"Qué interesante. ¿Y cómo mi observador invisible lo ha podido hacer? ¿Mecánicamente o por hipnotismo?"

Protesté tempestuosamente:

-¿Dónde estoy?

-En su casa.

-¡Esto es la habitación de un hospital!

-¡Ja, ja! ¿Ha dicho habitación? -repitió la voz, y agregó-: Es un aposento vitalizador corriente. Nosotros lo acabamos de instalar en su casa.

-¿Y quiénes son esos "nosotros"?

-El Semc de la región treinta y dos.

-¿El Semc?

-Sí, el Servicio Médico Central. ¿Hasta esto ha olvidado?

Callé. ¿Qué podía responder?

-Ha sufrido la pérdida parcial de la memoria después del shock -aclaró la voz-. No se esfuerce en recordar, ni se ponga en tensión. Pero pregunte lo que quiera.

-Estoy preguntando -le respondí-: ¿Quién es usted?

-El interno de guardia. Vera-séptima.

-¿Cómo? -exclamé asombrado-. ¿Por qué Séptima?

-De nuevo empieza a bromear: "¿Por qué séptima?". Simplemente, porque además de mí, en este sector están Vera-primera, Vera-segunda, etc.

-¿Y el apellido?

-No tengo. Todavía no he hecho nada excepcional o extraordinario.

Pensé que sería mejor no seguir preguntando. Ya empezaba a surgir la curva peligrosa.

Pero, imponiéndome al miedo, pregunté:

-¿Usted no se puede mostrar?

-Eso no es necesario.

"Seguramente es una vieja despreciable, malvada, pedante y criticona" pensé.

Escuché una risa. Y la voz dijo:

-Sí, soy criticona, es verdad, y un poco pedante.

-¿Puede leer el pensamiento? -farfullé sorprendido.

-No yo, sino el cogitador. Es una instalación especial.

Hice silencio, pensando cómo engañar a esa diabólica instalación.

-No la podrá engañar -dijo la voz.

-¡Qué deshonesto!

-¿Qué?

-¡Qué deshonesto! -exclamé rabioso-. ¡Qué horrible! ¡Qué impúdico! Si es deshonesto mirar y escuchar furtivamente, tanto más canallesco y vil es meterse en el cráneo de las otras personas.

La voz calló; después dijo precipitadamente:

-En lo que llevo trabajando, usted es el primer enfermo que ha protestado contra el cogitador. Es una instalación que se le pone sólo a los enfermos. Gracias a ella podemos mirarlo todo: el neurosistema, las válvulas cardíacas, el aparato respiratorio y todas las funciones del organismo.

-Pero, ¿por qué me la colocaron a mí, si yo estoy más fuerte que un toro?

-Por lo general -siguió diciendo ella, sin responder a mi pregunta-, a los observadores no les dan permiso para presentarse ante los enfermos; sin embargo, a mí me lo permitieron.

Al decir esto, la superficie plana de la pantalla se ensombreció e iluminó. Me miraban ahora los ojos de una muchacha joven, vestida de blanco y con un peinado corto con ondas.

-Si lo desea, puede hacer preguntas. Ya su memoria retornó -dijo ella.

-¿Qué es lo que tengo?

-A usted le hicieron una operación. Le trasplantaron el corazón, después de la catástrofe. ¿Recuerda?

-Sí, recuerdo -mentí-. ¿Me lo pusieron de plástico o de metal?

-¿Qué?

-El corazón, pues.

Se rió con la misma sonrisa de la profesora al escuchar la pregunta tonta del alumno.

-Por algo dicen que usted vive en el siglo XX.

Me asusté. ¿Será posible que estén enterados? Bah, qué importa, quizás eso sea lo mejor: ni explicaría nada, ni fingiría. Para aclarar las dudas, pregunté:

-¿Y por qué dicen eso?

-El corazón artificial se utilizaba hace tiempo. Ahora lo hemos cambiado por el orgánico, cuidado en ambientes especiales. Y, a pesar de eso, usted razona como si fuese del siglo XX, como lo haría un historiador. Según dicen, usted conoce el siglo XX como la palma de sus manos. Hasta sabe qué zapatos se utilizaban.

-Sí, tenían clavos -le dije alegremente.

-¿Qué tenían?

-Clavos.

-No sé qué son esas cosas.

Suspiré. La palabra más difundida en los tiempos de la física atómica, no existía en los diccionarios del siglo XXI. Sería interesante saber, cuál ha sido el suplente. ¿Quizás la cola?

-Escúcheme, señorita...

Su risa me interrumpió.

-¿Hablaban así hace un siglo: *“señorita"?*

-Sí, por supuesto -afirmé severo-. Escuche. Estoy cansado de estar acostado. Quiero vestirme e irme de aquí.

Ella arrugó el entrecejo:

-Podrá vestirse, le traerán la ropa; pero no podrá salir: el proceso de la observación aún no ha concluido. Tanto más después de un shock con pérdida de la memoria. Tenemos que comprobar de nuevo su organismo en las neurofunciones a que está adaptado.

-¿Aquí?

-Naturalmente. Vendrá su "historiador mecánico". Es uno de los mejores, de último modelo, sin dirección de botones y adaptado a su voz.

-¿Y usted verá y escuchará furtivamente?

-Por supuesto.

-Entonces no conseguirá nada -le dije-, porque no me vestiré ni trabajaré frente a usted.

Un alegre asombro reflejóse en su rostro, estremeciéndose para no estallar de risa, y preguntó:

-Pero, ¿por qué?

-Porque vivo en el siglo XX -le dije.

-Bueno -acordó-, apagaré el videógrafo; aunque seguiremos observando sus procesos orgánicos internos.

-Bien -le dije-. Aunque eres la séptima eres inteligente.

No comprendió esta última frase y le hice un gesto indiferente con la mano. Por lo visto, no había leído a Chéjov, o quizá lo leyó; pero olvidó esta frase. Desapareció junto con la pared y entró en la habitación algo parecido a un radiador hecho de tubos rectangulares entrelazados Este "algo" resultó ser un guardarropa corriente donde había sido colocada mi supuesta ropa. Elegí unos pantalones estrechos, blancos, fijados en los ruedos como los de nuestros gimnastas, y un suéter similar. En la pantalla cristalina se reflejó una figura parecida a la mía, más respetable y agradable a la vista. ¡Cómo iba a saludar a la gente del siglo XXI en ropa de cama! Me di vuelta al escuchar un ruido a mi espalda como si alguien anduviese en puntillas. Lo que vi, era algo muy diferente a un hombre; era una caja fuerte o una heladera que había entrado misteriosamente en la habitación ocupando el lugar del desaparecido guardarropa. Al entrar, quedó inmóvil, haciendo pestañear su ojo verde indicador.

-Qué interesante -dije en voz alta-, quizás éste sea mi "historiador mecánico".

El ojo verde se puso rojo.

-Sí, soy yo. Abreviado es "Himec-12" -pronunció la caja fuerte con voz privada de entonación-. Le escucho.

EL GLOSARIO "HIMEC"

A pesar de tener la plena convicción de que la muchacha no miraría ni escucharía, mantuve silencio, intrigado y sin saber qué hablar con el cíclope mecánico. "No creo que con esta máquina se pueda entablar una conversación" pensé.

-¿Cuál es el volumen de tu información? -inquirí con prudencia.

-Enciclopédico -respondió rápido-. Más de un millón de informaciones. Le podría dar la cifra exacta.

-No, no es necesario. ¿Desde cuándo hasta cuándo?

-Desde la antigüedad hasta el límite del glosario: el siglo XX. El carácter de la información es ilimitado.

Quise comprobarlo:

-Dime el nombre del tercer cosmonauta.

-Andrián Nikoláev.

Sí, coincidía. Y pregunté de nuevo:

-¿Quién recibió el premio Nobel de literatura en el año 1964?

-Sartre. Pero él se negó a recibirlo.

-¿Quién era Sartre?

-Un escritor y filósofo existencialista francés. Podría explicarle la esencia del

existencialismo.

-No, no vale la pena. ¿Cuándo fue acabada de construir la represa de Asuán?

-La primera etapa en el año 1969. La segunda en...

-Basta -lo interrumpí; en nuestro mundo la primera etapa fue acabada de construir cinco años antes. Por lo visto, no todo coincidía con esta fase.

El "Himec" estaba en silencio. Era un erudito.

Yo sentía un deseo inmenso de conversar con él sobre los complejísimos problemas relacionados con nuestro experimento; pero no me decidía.

-¿Cuál ha sido el descubrimiento científico más eminente a principios del siglo pasado? -pregunté con cuidado.

Él respondió sin titubeos:

-La teoría de la relatividad.

-¿Y al final de siglo?

-La doctrina de Nikodímov-Yanovski sobre las fases del espacio.

Casi salté de mi sitio para besar a la caja erudita de ojo pestañeante (pestañeaba al responder a las preguntas).

-¿Por qué Yanovski y no Zargarián?

-Porque hacia los años noventa, el matemático polaco Yanovski hizo correcciones básicas a esa doctrina. Zargarián tomó parte en los experimentos sólo al principio. Pereció en un accidente automovilístico mucho antes de que el éxito del primer viajero por mundos simultáneos le permitiera a Nikodímov publicar el descubrimiento.

A pesar de que comprendía que éste no era mi Zargarián, mi corazón se contrajo de dolor.

-¿Y quién fue ese primer viajero?

-Serguéi Grómov, su bisabuelo -apuntó el "Himec" con su voz seca y metálica.

No se sorprendió por mi pregunta. Si todos debían saberlo, tanto más el descendiente. Además, en los cristales del cerebro cibernético del "Himec" no había sido programado el asombro.

-¿Necesita bibliografía informativa?

-No -respondí sentándome en la cama y apretando mis sienes con las manos.

Vera-séptima, la invisible, no me olvidaba.

-El pulso se le aceleró -dijo.

-Es posible.

-Encenderé el videógrafo.

-Espere -la detuve-. Me interesa mucho este "Himec". Es una máquina excepcional. Gracias por haberlo traído.

El "Himec" esperaba. Su ojo rojo se puso verde.

-¿Existieron o no científicos que se opusieran a la teoría de Nikodímov? -inquirí.

-Hasta Einstein tuvo opositores -respondió el "Himec"-. ¿Quién les hace caso?

-¿Y cuáles eran sus argumentos?

-Los sacerdotes rechazaban en general toda la teoría. El Congreso Ecuménico de las organizaciones clericales celebrado en Bruselas en el año 1980, la declaró como la más grande herejía de los últimos dos milenios. Tres años antes, una encíclica papal extraordinaria consideró la teoría una tergiversación profana de la doctrina sobre Cristo, el regreso a la doctrina pagana del politeísmo: tantos mundos, tantos Cristos. Esto no lo podían soportar los obispos y los patriarcas. Por otra parte, Pirelli, eminente teórico católico y fisiólogo italiano, llamó a la teoría de fases el descubrimiento científico más eficiente del siglo en su tendencia antirreligiosa, y absolutamente incompatible con la idea de un solo Dios, único e indivisible. Otros se esforzaron en combinar esta teoría con algo. Así, el filósofo norteamericano Hellman, explicaba la "cosa en sí" de Berkeley como producto del movimiento en fases de la materia.

-Estaba más loco que una cabra.

-No comprendo -dijo el "Himec"-. Loco: demente. Cabra: ganado caprino femenino.

¿Cabra loca? Solicito explicación.

-Es simplemente una locución idiomática. El sentido más aproximado sería: absurdo, disparate.

-Apunto -dijo el "Himec"-. Enmienda de Grómov a la idiomática rusa.

-Basta. Cuéntame mejor algo sobre las fases. ¿Son todas semejantes?

-La ciencia marxista asevera que todas son semejantes. Por medio de experimentos se ha podido comprobar la semejanza de muchas de ellas. Teóricamente, se supone que todas son iguales.

-¿Hubo oposición?

-Naturalmente. Los opositores del marxismo decían que tal similitud no era obligatoria. Ellos se basaban en la casualidad de los procesos en la vida del hombre y de la sociedad. "Si no hubiesen existido las cruzadas -decían ellos-, la historia del medioevo hubiera sido otra. Sin Napoleón, otro hubiese sido el mapa de Europa actual. La ausencia de Hitler no hubiera abocado al mundo a la Segunda Guerra Mundial". Todo esto ha sido refutado hace tiempo. Los procesos históricos y sociales no dependen de las casualidades, capaces sólo de cambiar uno u otro destino individual; sino de las leyes del desarrollo, comunes a todos.

De pronto, recordé mi conversación con Kliónov y repetí la pregunta que él me hizo:

-Supongamos que Hitler, casualmente, no hubiera existido... ¿Qué habría sucedido?

Y el "Himec" repitió las mismas palabras de Kliónov.

-Hubiese surgido otro Führer. Antes o después, pero hubiera existido, pues el factor decisivo para su aparición no fue la personalidad, sino la situación económica imperante en los años treinta. La casualidad objetiva capaz de ayudar al surgimiento de tal personalidad depende de las leyes de la necesidad histórica.

-¿Quiere decir que en todos los lugares es igual? ¿En todas las fases y en todos los mundos? ¿Existen pues siempre las mismas figuras históricas? ¿Las mismas cruzadas? ¿El mismo cambio de las relaciones sociales?

-Sí, en todas partes es igual. Sólo cambia el tiempo y no el desarrollo. El cambio de las relaciones sociales y económicas es igual en todas las fases, es dictado por el desarrollo de las fuerzas de producción.

-Bueno, así pensaban en el siglo pasado; pero ¿ahora?

-No sé. No me lo han dictado. Sin embargo, soy una máquina analizadora de probabilidades y puedo sacar conclusiones independientemente de lo programado. Según creo, las leyes del materialismo dialéctico son exactas para todos los tiempos.

-Espera, "Himec", te quiero hacer otra pregunta: ¿Es muy larga la fórmula matemática que representa la teoría de las fases?

-En esta fórmula están incluidas las fórmulas generales, los cálculos de Yanovski y el sistema de ecuaciones de Shual. Todo esto llena tres hojas de un libro de texto. Si desea, la podría repetir.

-¿Sólo hablando?

-Y gráficamente.

-¿Habrá que esperar mucho?

-Cerca de un minuto.

Se escuchó un zumbido parecido al de una máquina de afeitar. El panel anterior del "Himec" se levantó y, desde dentro, surgieron dos manos metálicas con dos cartones triangulares abigarrados de signos y cifras. Cuando los tomé, la tapa se cerró y quedó tan hermética, que no distinguí su línea divisoria.

Tras de mí, gritó la voz de un niño:

-Papá, estoy aquí. ¿No te enojas?

Me di vuelta. Cerca de la pared había un niño de unos seis años vestido con ropa azul apretada. Parecía un modelo de revista de modas.

LOS DERECHOS DEL PADRE

-¿Cómo has entrado? -le pregunté intrigado.

El dio un paso atrás y desapareció al cruzar la pared. Después, a través de ella se asomó un rostro picarón, y el niño, como "el hombre atravesador de paredes", entró de nuevo en la habitación.

"Protector luz-sonido" pensé. Aquí utilizan el color blanco, creando paredes ilusorias.

-Entré a escondidas -reconoció el chico-, mamá no me vio y Vera desconectó el ojo.

-¿Y cómo sabes que lo desconectó?

-Porque el ojo mira hacia acá a través de la sala de gimnasia y a pesar de que corrí hacia allá, no gritó. En caso de verme hubiera gritado: "Vete, Rem, estás en el campo de visión".

-¿Dónde hubiese gritado?

-Allá lejos. En el hospital -respondió señalando indeterminadamente.

Yo estaba en la luna.

-Y Yulia lloraba -siguió diciendo Rem.

-¿Por qué lloraba?

-Porque no le permiten tomar parte en el experimento.

-¿Cuál experimento? -pregunté, sintiendo una gran curiosidad.

-El experimento con el cual la transformarán en una nubécula invisible, como en los cuentos. La nube volará y volará y después regresará, y aparecerá Yulia.

-¿Ah, sí?

-Y no la dejas. Tienes miedo de que la nube no regrese.

Estaba completamente confundido. Vera me sacó del aprieto haciéndome recordar el pulso.

-Vera -le dije suplicante-, explícame por qué no le permito a Yulia hacerse invisible. ¡Oh, mi maldita memoria!

La risa conocida llegó a mis oídos.

-¡Qué cómico! "Mal-di-ta". Da risa. Debe resolverlo solo; es un asunto de familia. Justamente para eso, acaba de llegar Aglaya; y desea verlo. No se lo permito, porque tengo miedo de que usted se intranquilice. Pero ella insiste en entrar en la cámara.

-Que venga -le dije-. Trataré de no inquietarme.

Aunque no sabía quién era Aglaya, pensé que de algún modo me ayudaría a salir de este enredo.

Miré por dónde había desaparecido Rem, pero entró por el lado opuesto de la habitación. Entró como si fuera la reina del lugar y se sentó frente a mí: era alta, de unos cuarenta años y estaba vestida con un traje de colores extraños.

-Te ves muy bien -empezó diciendo ella, mirándome con atención-. Hasta mejor que antes de la operación. Con este nuevo corazón vivirás cien años más.

-¿Y si no sobrevivo? -dije.

-¿Por qué no? La incompatibilidad biológica sólo era un riesgo en tu siglo amado.

Me encogí de hombros. Ya comenzaba el juego de sorpresas. ¿Quién era ella? ¿Quién era ella para mí? ¿Qué sería yo de ella? ¿Qué era lo que me exigían? Caminar sobre arenas movedizas exigía ingenio e imaginación.

-¿Quiere decir que estás de acuerdo?

-¿De acuerdo con qué?

-Preguntas como si no supieras. Acabo de hablar con Ana.

-¿Sobre qué?

-No finjas. Hablamos de lo mismo. Estás de acuerdo con el experimento. ¿Te convencieron?

-¿Quién?

-No digas nada, hasta un niño comprende. Después de la operación, seguramente, te dijeron: "¡Apruébalo y se acabó!".

-No hay que exagerar -le dije cautelosamente.

-No exagero. Lo sé bien. Ana defiende esta empresa, no por grandes principios, sino

porque no tiene ningún vínculo biológico con Yulia, pero Yulia es tu hija y mi nieta.

Recordé las palabras de Rem y me reí.

-¿De qué te ríes? -gritó mi interlocutora.

Tuve que contarle el cuento de Rem sobre la nube invisible.

-Eso quiere decir -siguió diciendo ella-, que Ana no le ha dicho nada a ella. En este caso, tú puedes objetar lo acordado.

-¿Por qué?

-¿Quieres que tu hija se transforme en una nube? ¿Y si se disipa? ¿Y si su estructura atómica no se restablece? ¡Deja que el profesor Bogomólov pruebe su invento! ¡Que sufra su descubrimiento! Pero, sabes, a él no se lo permiten por su vejez y su débil salud. ¿Entonces nosotros debemos aceptarlo simplemente porque ella es joven y saludable? -balbuceó, caminando por la habitación-. No te reconozco, Serguéi, después que te opusiste con tanto fervor...

-Bueno, pues estoy de acuerdo -farfullé.

-Y no creo en tu consentimiento -gritó furibunda. Luego, tras una pausa, agregó-: Por lo demás, Yulia no está enterada. Vendrá ahora, dile que no lo consentirás. El hombre no es el único dueño de su vida mientras exista el padre o la madre.

Al pensar que quizás el experimento no se realizaría pronto, pregunté:

-¿Y cuándo harán el experimento?

-Hoy.

Yulia seguramente tenía cerca de veinte años, sería ayudante de algún profesor e iba a participar en un experimento extraordinariamente fantástico para nosotros, tan fantástico que hasta aquí encerraba peligro de muerte. Su padre tenía derecho a permitirlo o no. Ahora, este derecho lo tenía yo. Y no podía negarme a él sin crear una situación aún más crítica. Los ojos de Aglaya me miraban con ira; y no podía contestarle: ¿Tendría que decir "no" y evitar la alarma de las personas que la quieren? Si dijera "no" el sitio vacante sería ocupado por otra persona, y con los mismos riesgos. ¿Debía yo quitarle a Yulia su derecho a la hazaña?

-Entonces -repetí pensativo las palabras de Aglaya-, el hombre no es el único dueño de su vida mientras exista el padre o la madre.

Ella apuntó:

-Tal es la tradición.

-Esta tradición es loable cuando se arriesga la vida de un modo irreflexivo y desatinado; pero ¿y si ocurre lo contrario? ¿Y si el hombre arriesga su vida en aras de intereses mucho más altos que lo que pueda significar la felicidad o la no felicidad de su familia?

-¿Y cuáles son esos intereses?

-La patria, por ejemplo.

-Nadie la amenaza.

-La ciencia.

-No necesita cadáveres. Si alguien perece en un experimento, no es la ciencia la culpable, sino los científicos.

-¿Y si no hay culpables, si el riesgo se transforma en hazaña?

Aglaya se levantó majestuosamente de su asiento y afirmó:

-Por lo visto, no te cambiaron sólo el corazón.

Y, sin mirarme, se alejó cruzando la pared.

-Ha actuado bien -apoyó Vera.

Suspiré: "¿Y si no es así?"

-Todavía le falta una entrevista. Cuando la concluya, suspenderemos nuestra observación -agregó ella.

La persona con quien tenía que hablar se encontraba ya en la habitación. Estaba vestida con una ropa cuya moda no se diferenciaba mucho de la nuestra. Involuntariamente, quedé cautivado por los rasgos severos y discretos de su rostro, con el aire de los Grómov.

-Estoy esperando, papá -dijo ella con sequedad-. Y en el instituto también esperan.

-¿Será posible que aún no te lo hayan dicho?

-¿Qué?

-Que no me opongo.

Se sentó y, rápida como un rayo, se levantó con los labios temblorosos.

-Papá querido... -dijo sollozando, y hundió su nariz en mi suéter.

Sentí el olor de un perfume delicado y desconocido, parecido al de las flores en la pradera después de la lluvia.

-¿Tienes tiempo para conversar conmigo? -le pregunté.

-Sí.

-Entonces, cuéntame algo sobre el experimento en que participarás, pues después del shock lo he olvidado todo.

-Lo sé. Pero no te preocupes, eso pasará.

-Naturalmente. Yulia, ¿es tuyo ese descubrimiento?

-¡Qué pregunta! No, no es mío... -respondió riéndose-, ni de Bogomólov, es un descubrimiento del futuro, de una de las fases vecinas. Gracias a él, es posible transformar objetos en nubes electrónicas enrarecidas. Su velocidad es gigantesca y ningún obstáculo es capaz de detenerlas, pues los atraviesan sin dificultad. Como nos enseñaron las pruebas, es posible trasladar a distancias indeterminadas y al instante, cuadros, estatuas, árboles, edificios, etc. Hace unos días, lanzaron un puente desde Moscú a Bakú a través del Mar Caspio, y allí lo instalaron, entre Bakú y Krasnovodsk. Ahora quieren hacer pruebas con personas, aunque sólo hasta los límites de la ciudad.

-No comprendo, cómo...

-Sí, y no comprenderás, papá, mi topo histórico. En palabras generales esto ocurre por las siguientes razones:

»En cualquier cuerpo sólido, los átomos, con sus capas electrónicas, se adhieren con fuerza. A su vez, debido a la fuerza electrostática de atracción y repulsión, no se dispersan en el espacio, ni penetran unos en otros. Ahora, imagínate que sea posible reconstruir estas relaciones atómicas internas y conducir la estructura atómica del cuerpo sin cambiarla al estado de enrarecimiento en el que se encuentran, por ejemplo, los átomos de los gases. ¿Qué se obtendría? Una nube electrónico-atómica que es posible condensar de nuevo hasta adquirir la estructura cristalino-molecular del cuerpo sólido.

-¿Y si...?

-¿Cuáles "si"? La tecnología de este proceso ha sido dominada hace tiempo. -Se levantó y agregó-: Deséame suerte, papá.

-Espera, quiero hacerte la última pregunta -le rogué reteniéndola por una mano-: ¿Conoces las fórmulas de la teoría de las fases?

-Por supuesto. Las estudiamos en las escuelas.

-Bueno, yo no las estudié, pero necesito saberlas, aunque sea mecánicamente.

-No hay nada más simple. Deberías pedírselo a Torik, el hipnólogo de mamá. Lo has olvidado todo, papá. Tenemos un concentrador hipnótico y un dispersador. -Levantó una mano y, por un micrófono diminuto incrustado en su pulsera, dijo-: Sí, sí, ahora, ahora ya estoy preparada. Todo está en orden. No, no es necesario, no envíen nada, llegaré en la calzada móvil. Naturalmente, es mucho más simple y cómodo. En dos minutos estaré con ustedes. -Me abrazó, y al despedirse, agregó-: Desconecté el super. Les informarán con regularidad y a su tiempo. Y diles a Erik y a Dir que no molesten ni conecten la red.

Y desapareció tras la pared.

Me acerqué a lo que parecía pared. Vera no hablaba. Mirando furtivamente como un ladrón hacia todos los lados di un paso hacia adelante y la atravesé. Frente a mí se extendía un pasillo que llegaba hasta el mirador. A través del vidrio de una de las puertas laterales se veía un cielo gris que ennegrecía y, a lo lejos, el contorno de un alto edificio. Me acerqué más a la puerta: no había vidrio. Entré en la habitación. Allí, ante una diminuta mesa, estaban sentados dos hombres y una mujer. Rem saltaba a la pata coja a lo largo del mirador cercado por

arbustos pequeños. Sus colores vivos me parecían conocidos porque me recordaban los adornos de los arbolitos de Navidad.

-¡Llegó papá! -gritó Rem colgándose de mi cuello.

-¡Deja a tu papá tranquilo! -ordenó con severidad la mujer.

La débil luz que caía desde arriba deslizábase frente a ella, dejándola en las tinieblas.

"Seguramente es Ana" pensé.

-La observación fue suspendida, Serguéi -continuó ella.

-Ya tiene completa libertad para moverse -dijo riéndose el hombre de más edad.

"¿Será éste Erik?" me pregunté.

-No, todavía no es completa -corrigió la mujer-, ya que no puede salir del mirador.

El hombre más joven, por lo visto Dir, saltó de su asiento y, sin mirarme, echó a caminar a lo largo de los arbustos. Parecía un atleta entrenándose, con sus pantalones cortos y sus largas piernas desnudas.

-Yulia acaba de irse -dije.

-No había que permitírselo -dijo Dir, sin mirarme.

-Lo escuchamos todo -me dijo Ana.

"Por lo visto, en esta casa todo se ve y se escucha. ¡Intenta vivir aislado! ¡Es imposible! Aquí se vive como en el teatro, actuando frente a los espectadores" pensé enfadado.

-En verdad, has cambiado mucho -afirmó Ana sonriendo-. Pero no sé bien en qué. Quizá sea mejor este cambio.

Mantuve silencio. Los ojos de Erik me miraban con atención estudiándome.

-Yulia Grómova acaba de entrar en la cámara de pruebas -dijo una voz llegada de no se sabe dónde.

-¿Escucharon? -inquirió Dir, dándose vuelta hacia nosotros-. Siempre había sido Yulia segunda; ahora es Yulia Grómova.

-La gloria empieza por el apellido -afirmó Erik riéndose.

-Les recuerdo a los invitados que el super está desconectado; además, Yulia rogó no tocar la red -les dije.

-¿Cómo dijiste? ¿Invitados? -indagó Ana asombrada.

-Aja -dije con cautela.

-Tienes en realidad muchas fallas en la memoria: hace medio siglo que no utilizamos la palabra "invitado" según su antigua significación. Te has encerrado tanto en la historia, que hasta eso has olvidado.

-Ahora llamamos "invitados" a los que llegan de otras fases del espacio-tiempo -aclaró Erik.

Antes de que pudiese contestarles, la voz habló de nuevo:

-La preparación del experimento se realiza conforme a los ciclos. Hasta ahora no hay ninguna desviación.

-No empezarán antes de veinte minutos -afirmó Erik.

Todos callaron. Erik no me quitaba los ojos de encima. En ellos no había rechazo, pero me alarmaban.

-Oí cuando le pidió a Yulia las fórmulas -me dijo, con un tono de voz benevolente-, y con todo placer le ayudaré. Tenemos tiempo, vamos.

Me levanté del asiento mirando de soslayo por encima de la barrera de arbustos. El mirador colgaba a la altura de un rascacielos. Abajo se oscurecían las copas de los árboles. Seguramente era un parque.

-¡Luz! -ordenó Erik, al entrar en otra habitación y, sin dirigirse a nadie, agregó-: ¡Sólo en el rostro y la mesita!

La luz de la habitación se estrechó en un solo rayo que iluminaba ahora la mesita y nuestras caras.

-¿Tiene las fórmulas? -inquirió Erik.

Le entregué los cartones con las fórmulas.

-Yo no las necesito -dijo riéndose-, serán su lección. Colóquelas sobre la mesa y mírelas con atención. Fije la vista sólo en las líneas de arriba, en las de abajo no es necesario. Lea las líneas de arriba unas tras otras.

-No las comprendo -aclaré.

-No importa. Solamente mire.

-¿Cuánto tiempo?

-Hasta que le avise.

-Ustedes tienen un concentrador hipnótico aquí -dije recordando las palabras de Yulia.

-¿Para qué lo queremos? -repuso riéndose-. Yo trabajo en base al viejo método. Ahora, míreme los ojos.

Le miré: sólo vi sus dos grandes pupilas, enormes como lámparas.

-¡Duerma! -dijo.

No recuerdo lo que sucedió después. Creo que abrí los ojos y vi la mesita vacía.

-¿Dónde están las fórmulas? -pregunté.

-Las tiré.

-¡Pero si no las recuerdo!

-Así le parece. Las recordará cuando esté en su mundo. Usted es un "invitado", ¿verdad?

-Sí, es verdad -repuse.

-¿De qué tiempo?

-Del siglo pasado. De los años sesenta.

Se sonrió en silencio, satisfecho.

-Lo comprendí al ver los datos de la observación médica. Me pareció bastante sospechosa la pérdida de la memoria. Mientras Yulia conversaba con Bogomólov, yo lo observaba. Tenía una expresión extraña al despertar en cámara, la del hombre que ve un milagro. Cuando Yulia dijo que iría en la calzada móvil, noté que usted nunca la había pisado a pesar de que corremos en ella desde hace medio siglo. Olvidó todo lo que existe en la realidad, hasta la semántica de la palabra "invitado". Así es posible engañar a los médicos; pero no a un parapsicólogo.

-Tanto mejor -dije-, ya que tengo suerte de encontrarlo. Lo más triste de todo es que me voy sin haber visto nada: ni edificios, ni calles, ni la técnica y la estructura social. ¡Aparecí en la cima de la sociedad comunista y no vi nada, a excepción de una habitación de hospital!

-¿Y por qué dice: "en la cima"? El comunismo no es estable, sino una formación que se desarrolla constantemente. Para llegar a la cima, falta mucho todavía. Cuando se realice el sueño de Yulia, habremos dado un paso gigantesco hacia el futuro. Su siglo también lo dará, cuando haya podido reproducir las fórmulas grabadas en la mente de sus embajadores. Aunque hasta ahora se encuentren tan sólo los pensamientos y no la gente, estos encuentros enriquecerán el pensamiento de la humanidad en su avance impetuoso.

-Yo quisiera dejarle una nota a este mundo y al hombre a quien le usurpé la mente. ¿Es posible? Yo la escribiría...

-¿Para qué? Simplemente tiene que hablar. Será la voz de él, pero las palabras de nuestro "invitado".

Miré inquieto hacia los lados.

-¿Está buscando el grabador? No; poseemos aparatos mucho más perfectos que reproducen perfectamente la voz. Si empezara a explicarle, perderíamos mucho tiempo, mejor hable.

-Le pido perdón, Grómov, por haber usurpado su sitio en la vida durante nueve o diez horas -dije inseguro. El consentimiento de Erik me dio nuevos bríos, y agregué-: Yo soy sólo un "invitado". Grómov, y me iré tan inesperadamente como llegué. Pero deseo decirle que fui feliz al experimentar estas horas de su vida. Me entrometí en ella al lanzar a Yulia a la aventura, porque no pude actuar de otra forma. Si me hubiese negado habría actuado cobardemente, y si hubiera tratado de impedirlo habría sido un oscurantista. Sólo lamento no ver el triunfo de su hija, y junto con ella, el de la ciencia. Esta gran suerte le queda a usted.

-¡Serguéi, Erik! -gritó Dir, entrando en la habitación-. ¡Ya empezó!

-Ya es tarde -dije al sentir acercarse la niebla.
-Ya me voy. ¡Adiós!

EN LUGAR DE EPILOGO

A través de la ventana, la calle, el viento y la lluvia. Un farol eléctrico danza en la niebla tejiendo sombras. Un autobús aparece en la calle y pasa rompiendo la barrera acuática. Es una noche otoñal de Moscú.

Yo escribo las últimas líneas de mi relato, memoria, o quizás, diario íntimo que no osaré publicar; pero que concluiré.

Kliónov llamó por la mañana informándome con exactitud la cantidad de renglones que debo escribir. Especificó que todo dependía de la reacción de la opinión científica mundial.

La sesión de la Academia de Ciencias se abrirá mañana a las diez e ignoro cuándo terminará. El programa consiste en los informes de Nikodímov y Zargarián. Hablaré yo, y luego, los científicos nacionales y extranjeros. Según Kliónov, se reunirán más de doscientas personas, sin contar periodistas e invitados, y entre ellas se encontrarán todas las estrellas eminentes de la galaxia físico-matemática. No escribo sobre el comunicado del Gobierno, por ser de, todos conocido. Las coronas de laurel, no sólo cubrieron las cabezas de Nikodímov y Zargarián, sino también la mía.

Han pasado dos meses desde aquel día en que regresé del futuro, pero me parece que fue ayer. Ese día, desperté en el laboratorio de Fausto. Me sentía cansado y como si hubiese perdido a un ser querido. A las preguntas de Zargarián respondí de mala gana. Mientras, Nikodímov me observaba y miraba lo grabado en el oscilógrafo.

-Empezamos el experimento a las diez y quince -dijo Nikodímov-, y a la una lo perdimos a usted...

-No del todo -corrigió Zargarián.

-Correcto. La visibilidad primeramente llegó hasta cero, después se restableció con debilidad y luego se elevó hasta la cifra crítica, y con una puntería mucho más exacta que la nuestra. Hablando sinceramente, no comprendíamos ni comprendemos por qué sucedió esto.

-A la una -contesté meditabundo y mirando a Zargarián-, estuvimos tú y yo en el "Sofía".

-¿Estás loco?

-No, no estoy loco, ni delirando. Estuve contigo; aún llevabas una barba larga y tenías veinte años más. En una palabra, nos vimos en Moscú hacia el final de siglo, en el "Sofía". A propósito, aquel "Sofía" era muy diferente de éste, hasta Maiakovski parecía distinto. -Suspiré y agregué-: Y tú me lanzaste a cien años hacia el futuro. En ese momento, ustedes me perdieron... en el segundo disparo.

Ellos me miraban dudando de mis palabras. Y yo, sin fuerzas para levantarme del asiento, continué:

-¿No lo creen? Naturalmente, es muy difícil creerlo, es demasiado fantástico. A propósito, ellos tienen en el laboratorio una pantalla parabólica con el panel movible; y en el techo una piscina... -Tragué saliva y callé.

-Necesitas un trago de coñac -dijo Zargarián.

Tomó medio vaso de coñac, batió en él dos yemas de huevo y, casi derramándolo por el nerviosismo, me lo dio.

La bebida me ayudó a continuar. Y continué. Y, mientras relataba mis aventuras, me miraban estupefactos, fascinados como si veneraran a un Dios. Luego, llegaron las preguntas y tuve que rememorar de nuevo el monoriel, el paralelepípedo del "Sofía", el sillón sin casco, la habitación vitalizadora, la invisible enfermera Vera-séptima, el "Himec" y su glosario, y la fantástica aventura de Yulia, donde se reflejaba el empuje de aquel siglo: Y cuando empecé a hablar sobre mi encuentro con Erik, una chispa encendió mi mente.

-¡Denme un papel! -grité ronco-. ¡Rápido! ¡Y un lápiz!

Zargarián me entregó una estilográfica y una libreta. Cerré los ojos. Veía las fórmulas

completamente claras, como si estuviesen ante mis ojos: las líneas de cifras y letras que creaban las fórmulas de los cartones del "Himec". Podía reproducirlas una tras otra sin omitir nada y sin confundirme, haciendo surgir con claridad en este mundo lo grabado en otro. Escribía a ciegas, escuchando la voz de Zargarián: "Mira, mira... escribe automáticamente, con los ojos cerrados". En verdad, así escribía, sin abrir los ojos y sin detenerme, con rapidez febril y exactitud. Hasta que al fin estampé en el papel la última ecuación matemática.

Cuando abrí los ojos, el rostro de Nikodímov estaba pálido, mirando con éxtasis lo escrito en el papel.

-Esto es todo -dije, dejando caer la estilográfica.

Nikodímov tomó la libreta.

-Esta matemática es complicadísima -afirmó, dándole la libreta a Zargarián-. Sin la ayuda de la computadora no se logrará nada. Hay que calcular como se debe.

Nikodímov y Zargarián pasaron dos meses sin poder desentrañar los secretos encerrados en las fórmulas. Junto con ellos lo intentaron académicos, estudiantes y graduados. Hasta que al fin, Yuri Priválov, el doctor en ciencias matemáticas más joven del mundo, pudo lograrlo. Ahora, gracias a una base matemática sólida, traída del futuro, la teoría de fases Nikodímov-Zargarián estaba corroborada. Las ecuaciones se llamaron desde este momento de Shual-Priválov.

Olga duerme, iluminada débilmente por el reflejo de mi lámpara. En su rostro se insinúa cierta inquietud. Antes, había expresado su temor a la propaganda. "Complicará nuestra vida" -había dicho-. No dejo de admitir que mi vida va adquiriendo el plumaje idiota de los artistas de Hollywood. Los reporteros extranjeros me persiguen por las calles. Mi teléfono suena de día y de noche. Y una redacción norteamericana me ha ofrecido sumas fabulosas por mis impresiones; pero prefiero entregárselas a las páginas de las revistas soviéticas. Kliónov bromea diciéndome que de todas maneras debo terminar "Viaje por tres mundos".

No estoy de acuerdo. No son tres mundos, son más. Y entre ellos está el mundo que no pude ver, ese mundo”. como un cuento de hadas, el mundo de Yulia y Erik.